

L. Frank Baum

La maravillosa Tierra de Oz



E LEJANDRIA

L. Frank Baum

La maravillosa Tierra de Oz



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA MARAVILLOSA TIERRA DE OZ

L. FRANK BAUM

PUBLICADO: 1904
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
EDICIÓN ORIGINAL: TAE REILLY AND BRITTON Co, 1904
ILUSTRADOR: JOHN R. NEILL

LA MARAVILLOSA TIERRA DE OZ

I. TIP FABRICA UN CABEZA DE CALABAZA

En el País de los Gillikins, que se encuentra al norte del País de Oz, vivía un muchacho llamado Tip. Su nombre tenía más que eso, pues la vieja Mombi solía declarar que su nombre completo era Tippetarius; pero a nadie se le podía exigir que dijera semejante palabrota cuando «Tip» bastaba igual de bien.

El chico no recordaba nada de sus padres, pues lo habían llevado siendo muy pequeño para que lo criara la anciana conocida como Mombi, cuya reputación, debo decirlo, no era de las mejores. Los habitantes de los Gillikins tenían razones para sospechar que se entregaba a las artes mágicas, y por eso se resistían a relacionarse con ella.

Mombi no era exactamente una Bruja, porque la Bruja Buena que gobernaba aquella parte del País de Oz había prohibido la existencia de cualquier otra Bruja en sus dominios. Así que la tutora de Tip, por mucho que aspirara a practicar la magia, comprendía que era ilegal ser más que una Hechicera, o a lo sumo una Maga.

A Tip le tocaba acarrear leña del bosque para que la anciana pudiera hervir su puchero. También trabajaba en los campos de maíz, azadonando y desgranando; y daba de comer a los cerdos y ordeñaba la vaca de cuatro cuernos que era el orgullo particular de Mombi.

Pero no hay que imaginarse que trabajaba todo el tiempo, pues él mismo consideraba que eso le sentaría mal. Cuando lo mandaban al bosque, Tip solía trepar a los árboles en busca de huevos de pájaro, o se entretenía persiguiendo a los veloces conejos blancos, o pescaba en los arroyos con anzuelos improvisados con alfileres doblados. Luego recogía apresuradamente su brazada de leña y la llevaba a casa. Y cuando se suponía que estaba trabajando en los campos de maíz, y los altos tallos lo ocultaban de la vista de Mombi, Tip se ponía a escarbar en las madrigueras de los topos, o si le venía el humor —se tumbaba boca arriba entre las hileras de maíz y echaba una siesta. Así, cuidando de no agotar sus fuerzas, fue creciendo tan fuerte y robusto como puede serlo un muchacho.

La peculiar magia de Mombi asustaba a menudo a sus vecinos, quienes la trataban con timidez, aunque con respeto, a causa de sus extraños poderes. Pero Tip la detestaba abiertamente, y no se molestaba en disimularlo. Es más, a veces le faltaba al respeto a la anciana más de lo que hubiera sido conveniente, teniendo en cuenta que era su tutora.

En los campos de maíz de Mombi había calabazas, doradas y rojizas entre las hileras de tallos verdes; las habían plantado y cuidado con esmero para que la vaca de cuatro cuernos pudiera comerlas en invierno. Pero un día, después de que se hubiera cortado y apilado todo el maíz, mientras Tip acarreaba las calabazas al establo, se le ocurrió la idea de hacer un «farol de calabaza» e intentar darle un buen susto a la vieja.

Así que escogió una calabaza grande y hermosa —de un color anaranjado rojizo y brillante— y se puso a tallarla. Con la punta de su navaja le hizo dos ojos redondos, una nariz triangular y una boca con forma de luna nueva. El rostro resultante no podía considerarse

estrictamente bello; pero lucía una sonrisa tan grande y ancha, y tenía una expresión tan alegre, que hasta el propio Tip se rió al contemplar admirado su obra.

El chico no tenía compañeros de juego, así que no sabía que los niños suelen vaciar el interior de un «farol de calabaza» y colocar una vela encendida dentro para que la cara resulte más aterradora; pero concibió una idea propia que prometía ser igual de efectiva. Decidió fabricar la figura de un hombre que llevara esa cabeza de calabaza y colocarla en algún lugar donde la vieja Mombi se encontrara cara a cara con ella.

—Y entonces —se dijo Tip para sus adentros, con una carcajada—, chillará más fuerte que la cerda parda cuando le retuerzo el rabo, ¡y temblará de miedo peor que yo el año pasado cuando tuve las fiebres!

Tenía tiempo de sobra para llevar a cabo su plan, pues Mombi había salido hacia un pueblo —a comprar víveres, según dijo— y el viaje duraba al menos dos días.

Así que fue al bosque con el hacha, escogió unos arbolillos rectos y robustos, los taló y los despojó de todas sus ramas y hojas. Con ellos haría los brazos, las piernas y los pies de su hombre. Para el cuerpo, arrancó una lámina de corteza gruesa de alrededor de un árbol grande y, con no poco esfuerzo, la moldeó en un cilindro del tamaño aproximado, uniendo los bordes con clavijas de madera. Luego, silbando alegremente mientras trabajaba, ensambló con cuidado los miembros y los fijó al cuerpo con clavijas que había afilado con su navaja.

Cuando terminó esta tarea empezaba a oscurecer, y Tip recordó que tenía que ordeñar la vaca y dar de comer a los cerdos. Así que tomó a su hombre de madera y lo llevó consigo de vuelta a la casa.

Durante la velada, a la luz del fuego de la cocina, Tip redondeó cuidadosamente todos los bordes de las articulaciones y alisó las partes ásperas con esmero y buen oficio. Luego puso la figura de pie contra la pared y la contempló. Parecía extraordinariamente alta,

incluso para un hombre adulto; pero eso era un punto a favor a ojos de un niño pequeño, y a Tip no le importó en absoluto el tamaño de su creación.

A la mañana siguiente, al volver a mirar su obra, Tip vio que había olvidado darle cuello al muñeco, con el que poder fijar la cabeza de calabaza al cuerpo. Así que volvió al bosque, que no estaba lejos, y talló de un árbol varios trozos de madera con los que completar su trabajo. Al regresar, fijó una pieza transversal en el extremo superior del cuerpo, haciendo un agujero en el centro para sujetar el cuello en posición vertical. El trozo de madera que formaba este cuello estaba también afilado en su extremo superior, y cuando todo estuvo listo Tip colocó la cabeza de calabaza, encajándola bien sobre el cuello, y comprobó que ajustaba perfectamente. La cabeza podía girar a un lado o al otro a su antojo, y las articulaciones de los brazos y las piernas le permitían colocar al muñeco en cualquier postura que quisiera.

—Pues bien —declaró Tip con orgullo—, este es realmente un hombre muy logrado, ¡y debería arrancarle más de un alarido a la vieja Mombi! Aunque parecería mucho más real si estuviera debidamente vestido.

Encontrar ropa no parecía tarea fácil; pero Tip se atrevió a registrar el gran arcón en el que Mombi guardaba todos sus recuerdos y tesoros, y en el fondo descubrió unos pantalones morados, una camisa roja y un chaleco rosa con lunares blancos. Los llevó hasta su hombre y logró, aunque las prendas no le sentaban muy bien, vestir a la criatura con cierto garbo. Unas medias de lana de Mombi y un par de zapatos muy gastados que eran suyos completaron el atuendo del hombre, y Tip estaba tan encantado que se puso a dar saltos y reír a carcajadas con alegría infantil.

—¡Tengo que ponerle nombre! —exclamó—. ¡Un hombre tan bueno como este ha de tener nombre, sin duda! Creo —añadió tras un momento de reflexión— que llamaré a este individuo «¡Jack Cabezadecalabaza!»

II. EL MARAVILLOSO POLVO DE VIDA

Después de pensarlo bien, Tip decidió que el mejor sitio para colocar a Jack era en la curva del camino, un poco más allá de la casa. Así que se dispuso a llevarlo hasta allí, pero lo encontró pesado y bastante difícil de manejar. Tras arrastrarlo un trecho, lo puso de pie y, doblando primero las articulaciones de una pierna y luego las de la otra, empujando al mismo tiempo desde atrás, el muchacho consiguió que Jack caminara hasta la curva. No se logró sin alguna que otra caída, y Tip trabajó de verdad más que en los campos o en el bosque; pero el gusto por la travesura le animaba, y le complacía poner a prueba el ingenio de su trabajo.

—¡Jack está perfecto y funciona de maravilla! —se dijo, jadeando por el esfuerzo inusitado.

Pero en ese momento descubrió que el brazo izquierdo del muñeco se había caído durante el trayecto, así que volvió a buscarlo y, después de tallar una clavija nueva y más resistente para la articulación del hombro, reparó el desperfecto con tal éxito que el brazo quedó más fuerte que antes. Tip notó también que la cabeza de calabaza de Jack había girado hasta quedar de cara a su espalda; pero eso tenía fácil remedio. Cuando por fin el hombre quedó colocado de frente a la curva del sendero donde debía aparecer la vieja Mombi, tenía el aspecto suficientemente natural para pasar por una imitación razonable de un campesino de los Gillikins —y suficientemente antinatural para sobresaltar a cualquiera que se lo encontrara de improviso.

Como aún era demasiado temprano para esperar el regreso de la anciana, Tip bajó al valle que había bajo la granja y se puso a recoger nueces de los árboles que crecían allí.

Sin embargo, la vieja Mombi regresó antes de lo habitual. Se había encontrado con un mago torcido que vivía en una cueva solitaria en las montañas, y con él había negociado varios secretos importantes de magia. Habiendo obtenido de ese modo tres recetas nuevas, cuatro polvos mágicos y una selección de hierbas de extraordinaria fuerza y potencia, se apresuró a volver a casa lo más rápido que pudo para probar sus nuevas sortilegios.

Tan absorta iba Mombi en los tesoros que había conseguido, que cuando dobló la curva del camino y vio al hombre, se limitó a saludar con una inclinación de cabeza:

—Buenas tardes, señor.

Pero un momento después, al notar que la persona no se movía ni contestaba, le lanzó una mirada perspicaz a la cara y descubrió su cabeza de calabaza, primorosamente tallada con la navaja de Tip.

—¡Bah! —exclamó Mombi, con una especie de gruñido—. ¡Ese bribón de muchacho ha vuelto a hacer de las suyas! ¡Muy bien, muy bien! Le pondré morado a palos por intentar asustarme de esta manera.

Levantó el bastón con rabia para destrozar la cabeza de calabaza sonriente del muñeco; pero un pensamiento repentino la detuvo, con el bastón en alto e inmóvil en el aire.

—Pero si aquí tengo una magnífica oportunidad para probar mi polvo nuevo —dijo con avidez—. Y así podré comprobar si ese mago torcido ha hecho un intercambio honrado, o si me ha engañado tan villanamente como yo lo engañé a él.

Dejó su cesta en el suelo y empezó a hurgar en ella en busca de uno de los preciosos polvos que había obtenido.

Mientras Mombi se ocupaba de esto, Tip regresaba tranquilamente con los bolsillos llenos de nueces, y vio a la anciana junto a su

muñeco, sin que aparentemente le hubiera asustado lo más mínimo.

Al principio se sintió profundamente decepcionado; pero al momento siguiente le entró curiosidad por saber qué iba a hacer Mombi. Así que se escondió detrás de un seto desde donde podía ver sin ser visto, y se dispuso a observar.

Tras buscar un poco, la mujer sacó de la cesta un viejo bote de pimienta, en cuya ajada etiqueta el mago había escrito con un lapicero:

«Polvo de Vida.»

—¡Ah, aquí está! —exclamó con alegría—. Y ahora veamos si es eficaz. El mago roñoso no me dio mucho, pero creo que habrá suficiente para dos o tres dosis.

Tip se quedó muy sorprendido al escuchar estas palabras. Luego vio a la vieja Mombi levantar el brazo y espolvorear el polvo del bote sobre la cabeza de calabaza de su muñeco Jack. Lo hizo del mismo modo que se pimentan unas patatas al horno, y el polvo fue descendiendo desde la cabeza de Jack y esparciéndose por la camisa roja y el chaleco rosa y los pantalones morados con que Tip lo había vestido, y una parte cayó incluso sobre los zapatos remendados y gastados.

Luego, guardando el bote de pimienta en la cesta, Mombi levantó la mano izquierda con el meñique apuntando hacia arriba, y dijo:

—¡Weaugh!

Después levantó la mano derecha con el pulgar apuntando hacia arriba, y dijo:

—¡Teaugh!

Luego levantó ambas manos con todos los dedos y los pulgares extendidos, y gritó:

—¡Peaugh!

Jack Cabezadecalabaza dio un paso atrás y dijo en tono de reproche:

—¡No chilles así! ¿Crees que soy sordo?

La vieja Mombi bailó a su alrededor, frenética de alegría.

—¡Vive! —chilló—. ¡Vive! ¡Vive!

Luego lanzó el bastón al aire y lo recogió al caer; se abrazó a sí misma con los dos brazos e intentó dar unos pasos de jiga; y todo el tiempo repetía con arrobo:

—¡Vive! ¡Vive! ¡Vive!

Puede suponerse que Tip presenció todo esto con el mayor asombro.

Al principio estaba tan asustado y horrorizado que quiso salir corriendo, pero le temblaban las piernas de tal manera que no podía. Luego le pareció algo muy cómico que Jack cobrara vida, sobre todo porque la expresión de su cara de calabaza era tan graciosa y divertida que provocaba risa al instante. Así que, repuesto de su primer susto, Tip empezó a reírse; y sus alegres carcajadas llegaron a los oídos de la vieja Mombi, que se apresuró a ir al seto, donde agarró a Tip del cuello y lo arrastró de vuelta adonde había dejado su cesta y el hombre de cabeza de calabaza.

—¡Muchacho perverso, fisgón y malvado! —exclamó con furia—. ¡Te voy a enseñar a espiar mis secretos y a reírte de mí!

—No me estaba riendo de ti —protestó Tip—. ¡Me reía del viejo Cabezadecalabaza! Míralo, ¿a que está para enmarcar?

—Espero que no esté usted hablando de mi aspecto personal —dijo Jack; y fue tan gracioso escuchar su voz solemne mientras su cara seguía luciendo su alegre sonrisa, que Tip volvió a estallar en carcajadas.

Incluso Mombi sentía una curiosidad particular por el hombre que su magia había traído a la vida; pues, después de mirarlo fijamente un buen rato, le preguntó:

—¿Qué sabes?

—Pues eso es difícil de decir —respondió Jack—. Porque aunque noto que sé muchísimas cosas, aún no sé cuántas cosas hay en el mundo por descubrir. Necesitaré un poco de tiempo para averiguar si soy muy sabio o muy tonto.

—Es verdad —dijo Mombi, pensativa.

—Pero ¿qué va a hacer con él, ahora que está vivo? —preguntó Tip, intrigado.

—Tengo que pensarlo —respondió Mombi—. Pero debemos ir a casa enseguida, que ya está oscureciendo. Ayuda al Cabezadecalabaza a caminar.

—No se preocupen por mí —dijo Jack—. Puedo caminar tan bien como cualquiera. ¿Acaso no tengo piernas y pies, y no están articulados?

—¿Lo están? —preguntó la mujer, volviéndose hacia Tip.

—Claro que sí; yo mismo los hice —respondió el muchacho con orgullo.

Así que se pusieron en marcha hacia la casa; pero al llegar al corral la vieja Mombi llevó al hombre de calabaza al establo de las vacas y lo encerró en un compartimento vacío, asegurando bien la puerta por fuera.

—Ahora me ocupo de ti —le dijo a Tip con un gesto de cabeza.

Al oír esto, el muchacho se inquietó; pues sabía que Mombi tenía un corazón malvado y vengativo, y no vacilaría en hacer cualquier maldad.

Entraron en la casa. Era una construcción redonda con forma de cúpula, como casi todas las granjas del País de Oz.

Mombi le ordenó al muchacho que encendiera una vela mientras ella guardaba la cesta en un armario y colgaba la capa en un gancho. Tip obedeció rápidamente, pues le tenía miedo.

Una vez encendida la vela, Mombi le ordenó que encendiera fuego en el hogar, y mientras Tip se ocupaba de ello la anciana cenó.

Cuando las llamas empezaron a crepitar, el muchacho se acercó a pedirle un trozo de pan y queso; pero Mombi se lo negó.

—¡Tengo hambre! —dijo Tip en tono hosco.

—No tendrás hambre por mucho tiempo —respondió Mombi con una mirada sombría.

Al muchacho no le gustó esa frase, pues sonaba a amenaza; pero recordó que tenía nueces en el bolsillo, así que cascó algunas y las fue comiendo mientras la mujer se levantaba, sacudía las migas del delantal y colgaba sobre el fuego una pequeña marmita negra.

Luego midió partes iguales de leche y vinagre y las vertió en la marmita. A continuación sacó varios paquetitos de hierbas y polvos y empezó a añadir una porción de cada uno al contenido de la marmita. De vez en cuando se acercaba a la vela y leía en un papel amarillento la receta del brebaje que estaba preparando.

Mientras la miraba, la inquietud de Tip fue en aumento.

—¿Para qué es eso? —preguntó.

—Para ti —respondió Mombi escuetamente.

Tip se removió en su taburete y estuvo un rato mirando la marmita, que empezaba a burbujear. Luego echó un vistazo a las facciones severas y arrugadas de la bruja y deseó estar en cualquier otro sitio que no fuera aquella cocina oscura y humeante, donde hasta las sombras que la vela proyectaba en la pared bastaban para ponerle a uno los pelos de punta. Así pasó una hora, en la que el silencio solo se rompía con el borboteo del puchero y el crepitar de las llamas.

Al cabo, Tip habló de nuevo.

—¿Tengo que beber eso? —preguntó, señalando con la cabeza hacia la olla.

—Sí —dijo Mombi.

—¿Qué me hará? —preguntó Tip.

—Si está bien preparado —respondió Mombi—, te cambiará o transformará en una estatua de mármol.

Tip gimió y se limpió el sudor de la frente con la manga.

—¡No quiero ser una estatua de mármol! —protestó.

—Eso no importa. Yo quiero que lo seas —dijo la anciana, mirándole con severidad.

—¿De qué me serviré? —preguntó Tip—. No habrá nadie que trabaje para ti.

—Haré que el Cabezadecalabaza trabaje para mí —dijo Mombi.

Tip volvió a gemir.

—¿Por qué no me conviertes en una cabra, o en una gallina? —preguntó con ansiedad—. Con una estatua de mármol no puedes hacer nada.

—Oh, sí puedo —respondió Mombi—. La próxima primavera voy a plantar un jardín, y te pondré en el centro como adorno. No sé cómo no se me había ocurrido antes; llevas años siendo una molestia para mí.

Ante tan terrible declaración, Tip sintió el sudor brotarle por todo el cuerpo, pero se quedó quieto, temblando, mirando ansiosamente la marmita.

—A lo mejor no funciona —murmuró en voz baja, con tono débil y desanimado.

—Oh, creo que sí funcionará —respondió Mombi con alegría—. Raramente me equivoco.

Siguió otro período de silencio —un silencio tan largo y sombrío— que cuando Mombi por fin retiró la marmita del fuego era casi medianoche.

—No puedes beberlo hasta que esté del todo frío —anunció la anciana, que a pesar de la ley había reconocido practicar la brujería

—. Los dos debemos acostarnos ahora, y al amanecer te llamaré para completar tu transformación en estatua de mármol.

Con esto entró en su habitación cojeando, llevando consigo la marmita humeante, y Tip la oyó cerrar y echar el pestillo a la puerta.

El muchacho no se fue a la cama como le habían mandado, sino que siguió sentado mirando las brasas del fuego que se apagaba.

III. LA HUIDA DE LOS FUGITIVOS

Tip reflexionó.

«Es muy duro ser una estatua de mármol», pensó con rebeldía, «y no pienso aguantarlo. Desde hace años soy una molestia para ella, dice; así que quiere deshacerse de mí. Bueno, hay una manera más fácil que convertirse en estatua. ¡Ningún niño podría divertirse pasándose la vida de pie en el centro de un jardín! Huiré, eso es lo que haré, y será mejor que me vaya antes de que me obligue a beber ese líquido asqueroso de la marmita.»

Esperó a que los ronquidos de la vieja bruja anunciaran que dormía profundamente, y entonces se levantó en silencio y fue al armario a buscar algo de comer.

«Inútil emprender un viaje sin provisiones», decidió, registrando en los estrechos estantes.

Encontró unos mendruos de pan; pero tuvo que hurgar en la cesta de Mombi para encontrar el queso que había traído del pueblo. Al revolver el contenido de la cesta, topó con el bote de pimienta que contenía el «Polvo de Vida».

«Será mejor que me lleve esto», pensó, «o Mombi lo usará para hacer más maldades.» Así que se lo metió en el bolsillo, junto con el pan y el queso.

Luego salió de la casa con cuidado y cerró el pestillo al salir. Afuera brillaban la luna y las estrellas, y la noche parecía tranquila e invitadora después del encierro mal oliente de la cocina.

—Me alegra marcharme —dijo Tip en voz baja—. Nunca me cayó bien esa vieja. Me pregunto cómo llegué a vivir con ella.

Caminaba despacio hacia el camino cuando un pensamiento lo detuvo.

—No me gusta dejar a Jack Cabezadecalabaza a la tierna merced de la vieja Mombi —murmuró—. Y Jack es mío, porque yo lo hice, aunque la vieja bruja le diera vida.

Volvió sobre sus pasos hasta el establo de las vacas y abrió la puerta del compartimento donde habían dejado al hombre de cabeza de calabaza.

Jack estaba de pie en el centro del compartimento, y a la luz de la luna Tip pudo ver que sonreía con la misma jovialidad de siempre.

—¡Vamos! —dijo el muchacho, haciéndole una señal.

—¿Adónde? —preguntó Jack.

—Lo sabrás en cuanto lo sepa yo —respondió Tip, sonriéndole a la cara de calabaza con simpatía—. Lo único que tenemos que hacer ahora es caminar.

—Muy bien —dijo Jack, y salió torpemente del establo a la luz de la luna.

Tip se encaminó hacia el camino y el hombre lo siguió. Jack caminaba con una especie de cojera, y de vez en cuando alguna de las articulaciones de sus piernas se le giraba hacia atrás en lugar de hacia delante, a punto de hacerlo caer. Pero el Cabezadecalabaza se percató enseguida de esto y comenzó a poner más cuidado en dónde pisaba, de modo que tuvo pocos accidentes.

Tip lo condujo por el sendero sin detenerse un instante. No podían ir muy deprisa, pero caminaban sin parar; y cuando la luna se hundió y el sol asomó por encima de las colinas ya habían recorrido una distancia tan grande que el muchacho no tenía razón para temer que la vieja bruja los alcanzara. Es más, había tomado primero por un sendero y luego por otro, de modo que si alguien los seguía le

resultaría muy difícil adivinar por dónde habían ido o dónde buscarlos.

Bastante satisfecho con haber escapado —al menos de momento— de convertirse en estatua de mármol, el muchacho detuvo a su compañero y se sentó en una roca junto al camino.

—Desayunemos —dijo.

Jack Cabezadecalabaza miraba a Tip con curiosidad, pero se negó a acompañarlo en la comida.

—Creo que no estoy hecho igual que tú —dijo.

—Ya lo sé —respondió Tip—. Porque te hice yo.

—¡Oh! ¿De veras? —preguntó Jack.

—Por supuesto. Y te ensambíé. Y te tallé los ojos, la nariz, las orejas y la boca —dijo Tip con orgullo—. Y te vestí.

Jack se miró el cuerpo y los miembros con ojo crítico.

—Me parece que hiciste un trabajo muy bueno —observó.

—Regular —respondió Tip con modestia, pues empezaba a ver ciertos defectos en la construcción de su muñeco—. Si hubiera sabido que íbamos a viajar juntos, quizás habría tenido un poco más de cuidado.

—Pues entonces —dijo el Cabezadecalabaza, en un tono que expresaba sorpresa—, idebes de ser mi creador, mi progenitor, mi padre!

—O tu inventor —respondió el muchacho con una carcajada—. Sí, hijo mío; creo de veras que lo soy.

—Entonces te debo obediencia —continuó el hombre—, y tú me debes sustento.

—Eso es exactamente —declaró Tip, levantándose de un salto—. Así que, en marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jack cuando reanudaron el camino.

—No estoy del todo seguro —dijo el muchacho—, pero creo que vamos hacia el sur, y eso nos llevará, tarde o temprano, a la Ciudad Esmeralda.

—¿Qué ciudad es esa? —preguntó el Cabezadecalabaza.

—Pues el centro del País de Oz, y la mayor de todo el país. Yo nunca he estado allí, pero he oído contar toda su historia. La construyó un Mago poderoso y maravilloso llamado Oz, y en ella todo es de color verde, igual que en este País de los Gillikins todo es de color morado.

—¿Aquí todo es morado? —preguntó Jack.

—Claro que sí. ¿No lo ves? —respondió el muchacho.

—Creo que debo de ser daltónico —dijo el Cabezadecalabaza, mirando a su alrededor.

—Pues mira: la hierba es morada, y los árboles son morados, y las casas y las vallas son moradas —explicó Tip—. Hasta el barro de los caminos es morado. Pero en la Ciudad Esmeralda todo es verde donde aquí es morado. Y en el País de los Munchkins, al este, todo es azul; y en el País del Sur de los Quadlings, todo es rojo; y en el País del Oeste de los Winkies, donde gobierna el Leñador de Hojalata, todo es amarillo.

—¡Vaya! —dijo Jack. Luego, tras una pausa, preguntó—: ¿Has dicho que un Leñador de Hojalata gobierna los Winkies?

—Sí; fue uno de los que ayudaron a Dorothy a destruir a la Malvada Bruja del Oeste, y los Winkies le quedaron tan agradecidos que lo invitaron a ser su gobernante, igual que los habitantes de la Ciudad Esmeralda invitaron al Espantapájaros a gobernarlos.

—¡Dios mío! —dijo Jack—. Me estoy liando con tanta historia. ¿Quién es el Espantapájaros?

—Otro amigo de Dorothy —respondió Tip.

—¿Y quién es Dorothy?

—Una niña que vino de Kansas, un lugar del gran Mundo de fuera. Llegó al País de Oz arrastrada por un ciclón, y mientras estuvo aquí el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata la acompañaron en sus viajes.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó el Cabezadecalabaza.

—Glinda la Buena, que gobierna los Quadlings, la mandó de vuelta a su casa —dijo el muchacho.

—Ah. ¿Y qué fue del Espantapájaros?

—Ya te lo dije. Gobierna la Ciudad Esmeralda —respondió Tip.

—Creía que habías dicho que la gobernaba un Mago maravilloso —objetó Jack, que parecía cada vez más confundido.

—Bueno, eso también lo dije. Ahora presta atención y te lo explico —dijo Tip, hablando despacio y mirando al sonriente Cabezadecalabaza directamente a los ojos—. Dorothy fue a la Ciudad Esmeralda a pedirle al Mago que la mandara de vuelta a Kansas, y el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata fueron con ella. Pero el Mago no pudo mandarla de vuelta, porque no era tan Mago como podría haberlo sido. Y entonces se enfadaron con el Mago y amenazaron con delatarlo; así que el Mago fabricó un gran globo y escapó en él, y nadie ha vuelto a verle desde entonces.

—Vaya, eso sí que es una historia muy interesante —dijo Jack muy satisfecho—. Y la entiendo perfectamente, todo excepto la explicación.

—Me alegra que así sea —respondió Tip—. Después de que el Mago se marchara, los habitantes de la Ciudad Esmeralda nombraron rey a Su Majestad el Espantapájaros, y he oído decir que llegó a ser un gobernante muy querido.

—¿Vamos a ver a ese rey tan peculiar? —preguntó Jack con interés.

—Creo que bien podemos —respondió el muchacho—, a menos que tengas algo mejor que hacer.

—Oh, no, querido padre —dijo el Cabezadecalabaza—. Estoy dispuesto a ir adonde te plazca.

IV. TIP HACE UN EXPERIMENTO DE MAGIA

El muchacho, pequeño y de aspecto algo delicado, parecía un tanto incómodo al ser llamado «padre» por el alto y torpe hombre de cabeza de calabaza, pero negar ese parentesco supondría otra larga y tediosa explicación; así que cambió de tema preguntando bruscamente:

—¿Estás cansado?

—¡Claro que no! —respondió el otro—. Pero —continuó, tras una pausa— es bien cierto que acabaré gastando las articulaciones de madera si sigo caminando.

Tip reflexionó, mientras seguían su camino, en que eso era verdad. Empezó a lamentarse de no haber construido los miembros de madera con más cuidado y solidez. Pero ¿cómo iba a imaginar que el muñeco que había fabricado únicamente para asustar a la vieja Mombi cobraría vida gracias a un polvo mágico contenido en un viejo bote de pimienta?

Así que dejó de reprocharse nada y empezó a pensar cómo podría remediar las deficiencias de las débiles articulaciones de Jack.

Mientras así cavilaba llegaron al borde de un bosque, y el muchacho se sentó a descansar en un viejo caballete que algún leñador había dejado allí abandonado.

—¿Por qué no te sientas? —le preguntó al Cabezadecalabaza.

—¿No me forzaré las articulaciones? —preguntó el otro.

—Claro que no. Las descansará —declaró el muchacho.

Así que Jack intentó sentarse; pero en cuanto dobló las articulaciones más de lo habitual le fallaron por completo y se desplomó al suelo con tal estrépito que Tip temió que se hubiera roto del todo.

Corrió hasta él, lo puso de pie, le enderezó los brazos y las piernas y le palpó la cabeza para ver si acaso se había agrietado. Pero Jack parecía estar bastante bien, y Tip le dijo:

—Creo que será mejor que te quedes de pie a partir de ahora. Es la postura más segura.

—Como quieras, querido padre —respondió el sonriente Jack, que no había perdido la compostura lo más mínimo con su caída.

Tip volvió a sentarse. Al poco el Cabezadecalabaza preguntó:

—¿Qué es eso en lo que estás sentado?

—Oh, esto es un caballo —respondió el muchacho, despreocupadamente.

—¿Qué es un caballo? —preguntó Jack.

—¿Un caballo? Pues hay dos clases de caballos —respondió Tip, algo perplejo por cómo explicarlo—. Una clase de caballo está vivo, tiene cuatro patas, cabeza y cola. Y la gente se monta en su lomo.

—Entiendo —dijo Jack con alegría—. Esa es la clase de caballo en que estás sentado ahora.

—No, no lo es —respondió Tip con prontitud.

—¿Por qué no? Ese tiene cuatro patas, cabeza y cola.

Tip miró el caballete con más detenimiento, y comprobó que el Cabezadecalabaza tenía razón. El cuerpo estaba formado por el tronco de un árbol, y de un extremo sobresalía una rama que parecía mucho una cola. En el otro extremo había dos nudos grandes que se asemejaban a ojos, y había una parte desbastada que bien podía confundirse con la boca del caballo. En cuanto a las

patas, eran cuatro palos rectos cortados de árboles y clavados en el cuerpo, bien abiertos para que el caballete se sostuviera firme cuando se tendía un tronco encima para serrarlo.

—Este artilugio se parece a un caballo de verdad más de lo que yo creía —dijo Tip, intentando explicarlo—. Pero un caballo de verdad está vivo, y trota y se encabrita y come avena, mientras que esto no es más que un caballo muerto, hecho de madera, que sirve para serrar troncos.

—Si estuviera vivo, ¿no trotaría, y se encabritaría, y comería avena? —preguntó el Cabezadecalabaza.

—Trotaría y se encabritaría, quizás; pero no comería avena —respondió el muchacho, riéndose de la idea—. Y claro está que nunca podrá estar vivo, porque está hecho de madera.

—Yo también —respondió el hombre.

Tip lo miró sorprendido.

—¡Pues es verdad! —exclamó—. ¡Y el polvo mágico que te dio la vida lo tengo aquí en el bolsillo!

Sacó el bote de pimienta y lo examinó con curiosidad.

—Me pregunto —dijo pensativo— si le daría vida al caballete.

—Si lo hiciera —respondió Jack con calma, pues nada parecía sorprenderle—, podría montarme en su lomo, y eso evitaría que se me gastaran las articulaciones.

—¡Lo voy a probar! —exclamó el muchacho, poniéndose de pie de un salto—. Pero me pregunto si recordaré las palabras que dijo la vieja Mombi, y cómo levantaba las manos.

Lo pensó un minuto y, como había seguido desde el seto cada movimiento de la vieja bruja con mucha atención y escuchado sus palabras, creyó que podría repetir exactamente lo que ella había dicho y hecho.

Así que empezó espolvoreando un poco del mágico Polvo de Vida del bote de pimienta sobre el cuerpo del caballete. Luego levantó la

mano izquierda con el meñique apuntando hacia arriba, y dijo:
«¡Weaugh!»

—¿Qué significa eso, querido padre? —preguntó Jack con curiosidad.

—No lo sé —respondió Tip. Luego levantó la mano derecha con el pulgar apuntando hacia arriba, y dijo: «¡Teaugh!»

—¿Y eso qué es, querido padre? —preguntó Jack.

—¡Significa que tienes que callarte! —respondió el muchacho, contrariado por la interrupción en un momento tan importante.

—¡Qué de prisa aprendo! —observó el Cabezadecalabaza con su eterna sonrisa.

Tip levantó entonces ambas manos por encima de la cabeza con todos los dedos y los pulgares extendidos, y gritó en voz alta:
«¡Peaugh!»

Al instante el caballete se movió, estiró las patas, bostezó con su boca desbastada y sacudió unos granos de polvo que tenía en el lomo. El resto del polvo pareció absorberse en el cuerpo del caballo.

—¡Bien! —exclamó Jack, mientras el muchacho contemplaba la escena con asombro—. ¡Eres un hechicero muy hábil, querido padre!

V. EL DESPERTAR DEL CABALLETE

El Caballete, al encontrarse vivo, parecía aún más asombrado que Tip. Fue girando sus ojos nudosos de un lado a otro, contemplando por primera vez y con maravilla el mundo en el que acababa de adquirir tan importante existencia. Luego intentó mirarse a sí mismo; pero, en efecto, no tenía cuello que girar, de modo que en el empeño por ver su propio cuerpo no hacía más que dar vueltas y vueltas sin conseguir ni vislumbrarlo. Sus patas eran rígidas y torpes, pues no tenían articulación en las rodillas; así que al poco chocó con Jack Cabezadecalabaza y mandó a ese personaje rodando por el musgo que bordeaba el camino.

Tip se alarmó ante este accidente, y también ante la obstinación del Caballete en seguir dando vueltas en círculo; así que gritó:

—¡So! ¡So!

El Caballete no hizo el menor caso de esta orden, y al momento siguiente le bajó una de sus patas de madera encima del pie a Tip con tal fuerza que el muchacho se alejó bailando de dolor hasta ponerse a una distancia más segura, desde donde volvió a gritar:

—¡So! ¡So, digo!

Jack había conseguido ya sentarse, y miraba al Caballete con mucho interés.

—No creo que el animal pueda oírte —observó.

—¿Es que no grito bastante fuerte? —respondió Tip, enojado.

—Sí; pero el caballo no tiene orejas —dijo el sonriente Cabezadecalabaza.

—¡Cierto! —exclamó Tip, percatándose del hecho por primera vez—. Entonces, ¿cómo voy a pararlo?

Pero en ese instante el Caballete se detuvo solo, al convencerse de que era imposible verse el propio cuerpo. Vio a Tip, sin embargo, y se acercó al muchacho para observarlo con más detenimiento.

Era realmente cómico ver caminar a la criatura, pues movía a la vez las patas del lado derecho y las del lado izquierdo, como un caballo de paso; lo que hacía que su cuerpo se balanceara de un lado a otro como una cuna.

Tip le dio unas palmaditas en la cabeza y le dijo «¡Buen chico! ¡Buen chico!» en tono zalamera; y el Caballete se alejó trotando para examinar con sus ojos saltones la figura de Jack Cabezadecalabaza.

—Tengo que encontrarle una brida —dijo Tip; y habiendo buscado en el bolsillo sacó un ovillo de cuerda resistente. La fue desenrollando y se acercó al Caballete para atarle la cuerda alrededor del cuello, sujetando el otro extremo a un árbol grande. El Caballete, sin comprender la acción, retrocedió y rompió la cuerda de un tirón; pero no hizo ningún intento de escapar.

—Es más fuerte de lo que pensaba —dijo el muchacho—, y además bastante testarudo.

—¿Por qué no le haces unas orejas? —preguntó Jack—. Así podrás decirle lo que tiene que hacer.

—¡Magnífica idea! —dijo Tip—. ¿Cómo se te ocurrió?

—Pues no se me ocurrió —respondió el Cabezadecalabaza—; ni falta que me hacía, porque es lo más sencillo y fácil que hay.

Así que Tip sacó su navaja y talló unas orejas con la corteza de un arbolillo.

—No debo hacerlas demasiado grandes —dijo mientras las tallaba—, o nuestro caballo se convertiría en burro.

—¿Cómo es eso? —preguntó Jack desde el borde del camino.

—Pues porque un caballo tiene las orejas más grandes que un hombre, y un burro las tiene más grandes que un caballo —explicó Tip.

—¿Entonces, si mis orejas fueran más largas, sería un caballo? —preguntó Jack.

—Amigo mío —dijo Tip con gravedad—, nunca serás otra cosa que un Cabezadecalabaza, tengas las orejas que tengas.

—Ah —dijo Jack asintiendo—. Creo que entiendo.

—Si lo entiendes, es un milagro —comentó el muchacho—, pero no hay ningún mal en creer que lo entiendes. Creo que las orejas ya están listas. ¿Puedes sujetar al caballo mientras yo se las pego?

—Por supuesto, si me ayudas a levantarme —dijo Jack.

Así que Tip lo puso de pie, y el Cabezadecalabaza fue a sujetar la cabeza del caballo mientras el muchacho hacía dos agujeros en ella con su navaja e insertaba las orejas.

—Le dan un aspecto muy elegante —dijo Jack admirativamente.

Pero esas palabras, pronunciadas cerca del Caballete y siendo los primeros sonidos que había escuchado en su vida, lo asustaron de tal manera que dio un salto hacia delante y tiró a Tip a un lado y a Jack al otro. Luego siguió lanzándose hacia delante como espantado por el traqueteo de sus propios cascos.

—¡So! —gritó Tip, levantándose del suelo—. ¡So, idiota, so!

El Caballete probablemente no le hubiera hecho ningún caso, pero en ese momento metió una pata en una madriguera de topo y cayó de bruces al suelo, donde quedó boca arriba, agitando frenéticamente las cuatro patas en el aire.

Tip corrió hacia él.

—¡Menudo caballo estás hecho! —exclamó—. ¿Por qué no te has parado cuando he gritado «so»?

—¿«So» significa pararse? —preguntó el Caballete con voz sorprendida, girando los ojos hacia arriba para mirar al muchacho.

—Pues claro —respondió Tip.

—Y un agujero en el suelo también significa pararse, ¿verdad? —continuó el caballo.

—Desde luego; a menos que lo saltes —dijo Tip.

—Qué lugar tan extraño este —exclamó la criatura como si lo estupefaciera—. ¿Qué estoy haciendo aquí, de todos modos?

—Pues te he dado vida —respondió el muchacho—, pero no te hará ningún daño si me obedeces y haces lo que te digo.

—Entonces haré lo que me digas —respondió el Caballete humildemente—. Pero ¿qué me pasó hace un momento? No creo estar del todo bien.

—Estás boca arriba —le explicó Tip—. Pero quédate quieto con las patas un momento y te pondré del derecho.

—¿Cuántos lados tengo? —preguntó la criatura con admiración.

—Varios —dijo Tip brevemente—. Pero quieto con esas patas.

El Caballete se quedó quieto y mantuvo las patas rígidas; de modo que Tip, tras varios intentos, logró hacerlo rodar y ponerlo en pie.

—Ah, ahora parece que estoy bien —dijo el extraño animal con un suspiro.

—Tienes una oreja rota —anunció Tip después de examinarlo con cuidado—. Tendré que hacerte una nueva.

Lo llevó entonces hasta donde Jack luchaba en vano por ponerse de pie, y después de ayudar al Cabezadecalabaza a levantarse, Tip talló una oreja nueva y la fijó a la cabeza del caballo.

—Ahora —le dijo, dirigiéndose a su montura—, presta atención a lo que voy a decirte. «So» significa pararse; «¡Arre!» significa caminar hacia delante; «¡Trote!» significa ir tan rápido como puedas. ¿Entendido?

—Creo que sí —respondió el caballo.

—Muy bien. Vamos todos de camino a la Ciudad Esmeralda para ver a Su Majestad el Espantapájaros; y Jack Cabezadecalabaza va a montarte en el lomo para que no se le gasten las articulaciones.

—No me importa —dijo el Caballete—. Lo que a ti te convenga, a mí me conviene.

Entonces Tip ayudó a Jack a subirse al caballo.

—Agárrate bien —le advirtió—, o podrías caerte y romperte la cabeza de calabaza.

—¡Eso sería horrible! —dijo Jack con un estremecimiento—. ¿De qué me agarro?

—Pues agárrate a las orejas —respondió Tip tras un momento de vacilación.

—¡No hagas eso! —protestó el Caballete—. ¡Que entonces no podré oír!

Eso parecía razonable, así que Tip intentó pensar en otra cosa.

—¡Ya lo tengo! —dijo al fin. Fue al bosque y cortó un trozo corto de rama de un árbol joven y robusto. Un extremo lo afiló hasta hacer una punta y luego cavó un agujero en el lomo del Caballete, justo detrás de la cabeza. A continuación tomó una piedra del camino y clavó la estaca firmemente en el lomo del animal.

—¡Para, para! —gritó el caballo—. ¡Me estás sacudiendo de un modo horrible!

—¿Te duele? —preguntó el muchacho.

—Exactamente no duele —respondió el animal—, pero me pone muy nervioso que me sacudan.

—Bueno, ya está todo —dijo Tip con ánimo—. Ahora, Jack, agárrate bien a esta estaca y así no podrás caerte ni hacerte daño.

Jack se agarró con fuerza, y Tip le dijo al caballo:

—¡Arre!

La obediente criatura echó a andar de inmediato, bamboleándose de un lado a otro al levantar las patas del suelo.

Tip caminaba junto al Caballete, muy satisfecho con esta nueva incorporación a su grupo. Al poco empezó a silbar.

—¿Qué significa ese sonido? —preguntó el caballo.

—No le prestes atención —dijo Tip—. Solo estoy silbando, y eso solo significa que estoy bastante contento.

—Yo también silbaría si pudiera juntar los labios —observó Jack—. Me temo, querido padre, que en algunos aspectos soy lamentablemente incompleto.

Tras viajar un buen trecho, el estrecho sendero que seguían desembocó en una amplia calzada empedrada con ladrillos amarillos. Al borde del camino, Tip vio un poste indicador que decía:

«NUEVE MILLAS A LA CIUDAD ESMERALDA.»

Pero ya oscurecía, así que decidió acampar aquella noche junto al camino y reanudar el viaje a la mañana siguiente al amanecer. Llevó al Caballete hasta un montículo cubierto de hierba en el que crecían varios árboles frondosos, y ayudó con cuidado al Cabezadecalabaza a bajarse.

—Creo que te voy a tumbar en el suelo esta noche —dijo el muchacho—. Así estarás más seguro.

—¿Y yo qué? —preguntó el Caballete.

—A ti no te hará ningún daño quedarte de pie —respondió Tip—; y como de todos modos no puedes dormir, bien puedes montar guardia y asegurarte de que nadie se acerque a molestarnos.

Luego el muchacho se tumbó en la hierba junto al Cabezadecalabaza, y agotado por el viaje no tardó en quedarse profundamente dormido.

VI. EL VIAJE DE JACK CABEZADICALABAZA A LA CIUDAD ESMERALDA

Al amanecer Tip fue despertado por el Cabezadecalabaza. Se restregó el sueño de los ojos, se lavó en un arroyo y luego comió un trozo de su pan y queso. Así preparado para el nuevo día, el muchacho dijo:

—Partamos enseguida. Nueve millas es una buena distancia, pero si no hay contratiempos deberíamos llegar a la Ciudad Esmeralda antes del mediodía.

Así que el Cabezadecalabaza volvió a subirse al lomo del Caballete y se reanudó la marcha.

Tip observó que el tono morado de la hierba y los árboles había ido apagándose hasta convertirse en un lavanda apagado, y que al poco ese lavanda empezaba a adquirir un tinte verdoso que fue intensificándose a medida que se acercaban a la gran Ciudad donde gobernaba el Espantapájaros.

El pequeño grupo apenas había recorrido dos millas del camino cuando la calzada de ladrillos amarillos fue cortada por un río ancho y de corriente rápida. Tip no sabía cómo cruzarlo; pero al cabo de un rato divisó a un hombre en una barca que se acercaba desde la otra orilla.

Cuando el hombre llegó a la ribera, Tip le preguntó:

—¿Nos cruzaría al otro lado?

—Sí, si tenéis dinero —respondió el barquero, con una cara que parecía extraordinariamente malhumorada.

—Pero no tengo dinero —dijo Tip.

—¿Nada en absoluto? —preguntó el hombre.

—Nada en absoluto —respondió el muchacho.

—Entonces no pienso romperme el espinazo remándoos al otro lado —dijo el barquero con decisión.

—¡Qué hombre tan amable! —observó el Cabezadecalabaza con su mejor sonrisa.

El barquero lo miró fijamente, pero no dijo nada. Tip intentaba pensar, pues le supuso una gran decepción ver su viaje truncado de repente.

—Tengo que llegar a la Ciudad Esmeralda sin falta —le dijo al barquero—; pero ¿cómo voy a cruzar el río si no nos lleva usted?

El hombre se rió, y no fue una risa agradable.

—Ese caballo de madera flota —dijo—; podéis cruzar montados en él. En cuanto a ese tonto de cabeza de calabaza que va con vosotros, que se hunda o nade, que tampoco importa mucho lo uno o lo otro.

—No se preocupe por mí —dijo Jack, sonriendo amablemente al hosco barquero—; estoy seguro de que flotaré de maravilla.

Tip pensó que el experimento valía la pena intentarse, y el Caballete, que no sabía lo que era el peligro, no puso ninguna objeción. Así que el muchacho lo llevó hasta el agua y se subió a su lomo. Jack también se metió hasta las rodillas y se agarró a la cola del caballo para mantener la cabeza de calabaza por encima del agua.

—Ahora —le instruyó Tip al Caballete—, si agitas las patas probablemente nadarás; y si nadas probablemente llegaremos al otro lado.

El Caballete empezó enseguida a agitar las patas, que hacían de remos y fueron moviendo a los aventureros lentamente hacia la orilla opuesta. La travesía resultó tan exitosa que al poco estaban trepando, mojados y chorreando, por la ribera herbosa.

Los pantalones y los zapatos de Tip estaban completamente empapados; pero el Caballete había flotado tan bien que desde las rodillas para arriba el muchacho estaba del todo seco. En cuanto al Cabezadecalabaza, chorreaba agua hasta el último hilo de su magnífico atuendo.

—El sol nos secará pronto —dijo Tip—, y además hemos cruzado sin contratiempos a pesar del barquero, y podemos continuar el viaje.

—A mí nadar no me ha importado nada —observó el caballo.

—A mí tampoco —añadió Jack.

Enseguida recuperaron la calzada de ladrillos amarillos, que resultó ser la continuación del camino que habían dejado en la otra orilla, y entonces Tip volvió a montar al Cabezadecalabaza sobre el lomo del Caballete.

—Si vas a buen paso —le dijo—, el viento nos ayudará a secarnos. Yo me agarraré a la cola del caballo y correré detrás. Así todos nos secaremos en muy poco tiempo.

—Entonces el caballo tiene que galopar —dijo Jack.

—Haré lo que pueda —respondió el Caballete con ánimo.

Tip se agarró al extremo de la rama que hacía de cola al Caballete y gritó: «¡Arre!»

El caballo arrancó a buen paso, y Tip fue detrás. Luego decidió que podían ir más rápido, así que gritó: «¡Trote!»

Ahora bien, el Caballete recordaba que esa palabra era la orden de ir tan rápido como pudiera; así que empezó a avanzar por el camino a una velocidad tremenda, y Tip tuvo que trabajar duro —corriendo más que en toda su vida— para no quedarse atrás.

Al poco le faltó el aliento, y aunque quería gritar «¡So!» al caballo, no le salía la palabra de la garganta. Entonces el extremo de la cola a la que se aferraba, no siendo más que una rama muerta, se rompió de repente, y al momento siguiente el muchacho rodaba por el polvo del camino, mientras el caballo y su jinete de cabeza de calabaza salían disparados y desaparecían rápidamente en la distancia.

Cuando Tip se levantó y se limpió el polvo de la garganta para poder decir «¡So!», ya no había necesidad de decirlo, pues el caballo hacía tiempo que estaba fuera de su vista.

Así que hizo lo único sensato que podía hacer. Se sentó a descansar un buen rato, y después emprendió la marcha por el camino.

«Tarde o temprano los alcanzaré», reflexionó, «pues el camino termina en las puertas de la Ciudad Esmeralda, y ellos no pueden ir más allá de eso.»

Mientras tanto Jack se aferraba a la estaca y el Caballete corría por el camino como en una carrera. Ninguno de los dos sabía que Tip se había quedado atrás, pues el Cabezadecalabaza no miraba hacia atrás y el Caballete no podía hacerlo.

Mientras cabalgaba, Jack observó que la hierba y los árboles se habían vuelto de un verde esmeralda brillante, y dedujo que se acercaban a la Ciudad Esmeralda incluso antes de que aparecieran en el horizonte las altas agujas y cúpulas.

Por fin surgió ante ellos una alta muralla de piedra verde, tachonada de esmeraldas; y temiendo que el Caballete no supiera que tenía que pararse y los estampara a ambos contra la muralla, Jack se atrevió a gritar «¡So!» con toda la fuerza que pudo.

Tan de repente obedeció el caballo que, de no haber sido por la estaca, Jack habría salido disparado de cabeza y su hermosa cara habría quedado destruida.

—¡Vaya viaje tan rápido, querido padre! —exclamó; y entonces, al no recibir respuesta, se volvió y descubrió por primera vez que Tip no estaba.

Este aparente abandono desconcertó al Cabezadecalabaza y lo puso inquieto. Y mientras se preguntaba qué habría sido del muchacho y qué debería hacer a continuación en tan difícil trance, la puerta de la muralla verde se abrió y salió un hombre.

Era un hombre bajo y redondo, con una cara gordezuela que parecía de un carácter extraordinariamente bonachón. Vestía todo de verde y llevaba en la cabeza un alto sombrero de pico verde y sobre los ojos unas gafas verdes. Haciendo una reverencia ante el Cabezadecalabaza, dijo:

—Soy el Guardián de las Puertas de la Ciudad Esmeralda. ¿Podría preguntarle quién es usted y cuál es su propósito?

—Me llamo Jack Cabezadecalabaza —respondió el otro con una sonrisa—; pero en cuanto a mi propósito, no tengo la menor idea en el mundo de cuál es.

El Guardián de las Puertas pareció sorprendido y sacudió la cabeza como si no le satisficiera la respuesta.

—¿Qué es usted, un hombre o una calabaza? —preguntó cortésmente.

—Las dos cosas, si le parece bien —respondió Jack.

—¿Y ese caballo de madera está vivo? —preguntó el Guardián.

El caballo puso un ojo nudoso en blanco y le guiñó el ojo a Jack. Luego dio un encabritamiento y le bajó una pata encima del pie al Guardián.

—¡Ay! —exclamó el hombre—. Lamento haber hecho esa pregunta. Pero la respuesta es de lo más convincente. ¿Tiene usted algún asunto que atender, señor, en la Ciudad Esmeralda?

—Me parece que sí —respondió el Cabezadecalabaza con seriedad—, pero no consigo recordar cuál es. Mi padre lo sabe todo, pero él

no está aquí.

—Esto es muy extraño, ¡muy extraño! —declaró el Guardián—. Pero parece usted inofensivo. La gente no sonríe con tanta gracia cuando tiene malas intenciones.

—En cuanto a eso —dijo Jack—, no puedo evitar mi sonrisa, pues me la tallaron en la cara con una navaja.

—Bien, acompáñeme a mi despacho —respondió el Guardián—, y veremos qué podemos hacer por usted.

Así que Jack cabalgó sobre el Caballete a través de la puerta y entró en una pequeña habitación construida en el interior de la muralla. El Guardián tiró de un cordón de campana, y enseguida entró por la puerta opuesta un soldado muy alto vestido con uniforme verde. Este soldado llevaba al hombro un largo fusil verde y lucía unos hermosos bigotes verdes que le caían hasta las rodillas. El Guardián se dirigió a él de inmediato, diciéndole:

—Aquí hay un extraño caballero que no sabe por qué ha venido a la Ciudad Esmeralda ni qué quiere. Dígame, ¿qué hacemos con él?

El Soldado de los Bigotes Verdes examinó a Jack con mucho cuidado y curiosidad. Al fin sacudió la cabeza con tal determinación que pequeñas ondas recorrieron sus bigotes, y luego dijo:

—Tengo que llevarlo ante Su Majestad el Espantapájaros.

—Pero ¿qué hará Su Majestad el Espantapájaros con él? —preguntó el Guardián de las Puertas.

—Eso es asunto de Su Majestad —respondió el soldado—. Yo tengo ya bastantes problemas con los míos propios. Todos los problemas de fuera hay que trasladarlos a Su Majestad. Así que póngale las gafas a este individuo, y yo lo llevaré al palacio real.

Así que el Guardián abrió una gran caja de gafas e intentó ajustar un par a los grandes ojos redondos de Jack.

—No tengo en existencias ningún par que cubra bien esos ojos —dijo el hombrecillo con un suspiro—; y su cabeza es tan grande que

me veré obligado a atárselas.

—Pero ¿para qué necesito gafas? —preguntó Jack.

—Es la moda aquí —dijo el Soldado—, y lo protegerán de quedarse ciego con el brillo y el resplandor de la magnífica Ciudad Esmeralda.

—¡Oh! —exclamó Jack—. Átemelas sin más demora. No quiero quedarme ciego.

—¡Ni yo! —intervino el Caballete; así que enseguida le colocaron también un par de gafas verdes sobre los nudos salientes que le hacían de ojos.

Entonces el Soldado de los Bigotes Verdes los condujo a través de la puerta interior y al momento se encontraron en la calle mayor de la magnífica Ciudad Esmeralda.

Piedras preciosas verdes adornaban las fachadas de las hermosas casas, y las torres y chapiteles estaban todos revestidos de esmeraldas. Hasta el pavimento de mármol verde relucía con piedras preciosas, y era en verdad un espectáculo grandioso y maravilloso para quien lo veía por primera vez.

Sin embargo, el Cabezadecalabaza y el Caballete, que nada sabían de riquezas ni bellezas, prestaban poca atención a los maravillosos espectáculos que contemplaban a través de sus gafas verdes. Siguieron tranquilamente al soldado verde y apenas repararon en las multitudes de gente verde que los miraban atónitos. Cuando un perro verde salió corriendo y les ladró, el Caballete le dio un patadón con su pata de madera y mandó al animalillo aullando al interior de una casa; pero nada más serio que esto interrumpió su avance hasta el palacio real.

El Cabezadecalabaza quería montar escalera arriba por los peldaños de mármol verde y entrar directamente a la presencia del Espantapájaros; pero el soldado no lo permitió. Así que Jack se desmontó con mucha dificultad, un criado llevó al Caballete a la

parte trasera, y el Soldado de los Bigotes Verdes acompañó al Cabezadecalabaza al palacio por la entrada principal.

Al forastero lo dejaron en una elegante sala de espera mientras el soldado iba a anunciarlo. Sucedió que en ese momento Su Majestad estaba ocioso y sumamente aburrido por falta de entretenimiento, así que ordenó que llevaran a su visitante de inmediato a la sala del trono.

Jack no sintió ningún temor ni turbación al ir a ver al gobernante de esta magnífica ciudad, pues ignoraba por completo las costumbres del mundo. Pero cuando entró en la sala y vio por primera vez a Su Majestad el Espantapájaros sentado en su trono reluciente, se detuvo en seco de asombro.

VII. SU MAJESTAD EL ESPANTAPÁJAROS

Supongo que todo lector de este libro sabe lo que es un espantapájaros; pero Jack Cabezadecalabaza, que nunca había visto semejante criatura, quedó más sorprendido al conocer al notable Rey de la Ciudad Esmeralda que por cualquier otra experiencia de su breve vida.

Su Majestad el Espantapájaros vestía un traje de ropa azul desteñida, y su cabeza no era más que un pequeño saco relleno de paja, sobre el que se habían pintado toscamente ojos, orejas, nariz y boca para representar un rostro. La ropa también estaba rellena de paja, y de un modo tan desigual y descuidado que los brazos y las piernas de Su Majestad parecían más abultados de lo necesario. En las manos llevaba guantes de dedos largos, rellenos de algodón. Mechas de paja asomaban por el abrigo del monarca, así como por el cuello y por la parte superior de las botas. En la cabeza lucía una pesada corona de oro tachonada de joyas relucientes, y el peso de esa corona le hacía fruncir la frente en arrugas, dando una expresión pensativa a la cara pintada. En verdad, solo la corona denotaba majestad; en todo lo demás, el Rey Espantapájaros no era más que un simple espantapájaros: endeble, torpe e inconsistente.

Pero si el extraño aspecto de Su Majestad el Espantapájaros resultó sorprendente para Jack, no menos asombrosa fue la figura del Cabezadecalabaza para el Espantapájaros. Los pantalones morados, el chaleco rosa y la camisa roja colgaban holgadamente sobre las articulaciones de madera que había fabricado Tip, y la cara

tallada en la calabaza sonreía de continuo, como si su portador considerara la vida la cosa más alegre imaginable.

Al principio, en efecto, Su Majestad creyó que su extraño visitante se estaba riendo de él, y estuvo tentado de tomárselo a mal; pero no sin razón el Espantapájaros se había ganado la reputación de ser el personaje más sabio del País de Oz. Examinó a su visitante con mayor atención y pronto descubrió que las facciones de Jack estaban talladas en una sonrisa y que no podía poner cara seria aunque lo quisiera.

Fue el Rey quien habló primero. Después de observar a Jack durante unos minutos, dijo en tono de asombro:

—¿De dónde demonios has salido, y cómo es que estás vivo?

—Ruego a Vuestra Majestad que me disculpe —respondió el Cabezadecalabaza—, pero no le entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó el Espantapájaros.

—Pues no entiendo su idioma. Verá, yo vengo del País de los Gillikins, de modo que soy extranjero.

—¡Ah, claro! —exclamó el Espantapájaros—. Yo mismo hablo la lengua de los Munchkins, que es también la lengua de la Ciudad Esmeralda. Pero tú, supongo, hablas la lengua de los Cabezas de Calabaza.

—Exactamente, Vuestra Majestad —respondió el otro, haciendo una reverencia—. Por lo tanto será imposible que nos entendamos.

—Eso es sin duda una contrariedad —dijo el Espantapájaros, pensativo—. Necesitamos un intérprete.

—¿Qué es un intérprete? —preguntó Jack.

—Una persona que entiende tanto mi idioma como el tuyo. Cuando yo digo algo, el intérprete puede explicarte lo que quiero decir; y cuando tú dices algo, el intérprete puede explicarme a mí lo que quieres decir. Porque el intérprete puede hablar los dos idiomas además de entenderlos.

—Eso es sin duda muy ingenioso —dijo Jack, muy complacido de encontrar una salida tan sencilla al problema.

Así que el Espantapájaros ordenó al Soldado de los Bigotes Verdes que buscara entre su gente a alguien que entendiera tanto la lengua de los Gillikins como la de la Ciudad Esmeralda, y que lo trajera de inmediato.

Cuando el Soldado se fue, el Espantapájaros dijo:

—¿No quieres sentarte mientras esperamos?

—Vuestra Majestad olvida que no puedo entenderle —respondió el Cabezadecalabaza—. Si desea que me siente, debe hacerme una seña.

El Espantapájaros bajó del trono y empujó un sillón hasta colocarlo detrás del Cabezadecalabaza. Luego le dio a Jack un empujón repentino que lo mandó despatarrado sobre los cojines de un modo tan torpe que se dobló como una navaja, y tuvo bastante trabajo para desenredarse.

—¿Has entendido esa seña? —preguntó Su Majestad cortésmente.

—Perfectamente —declaró Jack, levantando los brazos para poner su cabeza de frente, pues la calabaza había girado sobre el palo que le servía de cuello.

—Pareces hecho con prisa —observó el Espantapájaros, mirando los esfuerzos de Jack por enderezarse.

—No más que Vuestra Majestad —fue la franca respuesta.

—Hay esta diferencia entre nosotros —dijo el Espantapájaros—: que yo puedo doblarse sin romperse, mientras que tú puedes romperte sin doblarte.

En ese momento el soldado regresó llevando de la mano a una joven. Era muy dulce y recatada, con una cara bonita y unos preciosos ojos y cabellos verdes. Una delicada falda de seda verde le llegaba hasta las rodillas, dejando ver unas medias de seda bordadas con vainas de guisantes, y unos escarpines de raso verde

decorados con manojos de lechuga en lugar de lazos o hebillas. En su blusa de seda había tréboles bordados, y llevaba una coqueta chaquetilla adornada con esmeraldas relucientes de tamaño uniforme.

—¡Pero si es la pequeña Jellia Jamb! —exclamó el Espantapájaros, cuando la joven de verde hizo una reverencia ante él—. ¿Entiendes la lengua de los Gillikins, querida?

—Sí, Vuestra Majestad —respondió ella—. Nací en el País del Norte.

—Entonces serás nuestra intérprete —dijo el Espantapájaros—, y le explicarás a este Cabezadecalabaza todo lo que yo diga, y también me explicarás a mí todo lo que él diga. ¿Le parece bien este arreglo? —preguntó, volviéndose hacia su visitante.

—Perfectamente bien, en verdad —fue la respuesta.

—Entonces pregúntale, para empezar —continuó el Espantapájaros, dirigiéndose a Jellia—, qué le ha traído a la Ciudad Esmeralda.

Pero en lugar de eso la muchacha, que no había dejado de mirar a Jack, le dijo:

—Eres sin duda una criatura maravillosa. ¿Quién te hizo?

—Un muchacho llamado Tip —respondió Jack.

—¿Qué dice? —preguntó el Espantapájaros—. Mis oídos deben de haberme engañado. ¿Qué ha dicho?

—Dice que a Vuestra Majestad se le deben de haber soltado los sesos —respondió la muchacha con recato.

El Espantapájaros se removió incómodo en el trono y se palpó la cabeza con la mano izquierda.

—¿Qué cosa tan magnífica es entender dos idiomas distintos —dijo con un suspiro perplejo—. Pregúntale, querida, si tiene algún inconveniente en que lo encierren en la cárcel por insultar al gobernante de la Ciudad Esmeralda.

—¡Yo no le he insultado! —protestó Jack indignado.

—¡Chitón! —le advirtió el Espantapájaros—. Espera a que Jellia traduzca mis palabras. ¿Para qué tenemos intérprete, si te adelantas de esa manera tan imprudente?

—Bien, esperaré —respondió el Cabezadecalabaza en tono hosco, aunque su cara sonreía con la misma afabilidad de siempre—. Traduce las palabras, jovencita.

—Su Majestad pregunta si tiene usted hambre —dijo Jellia.

—¡Oh, en absoluto! —respondió Jack con más agrado—, pues me es imposible comer.

—A mí me pasa igual —observó el Espantapájaros—. ¿Qué ha dicho, Jellia, querida?

—Ha preguntado si Vuestra Majestad sabe que tiene un ojo pintado más grande que el otro —dijo la muchacha con malicia.

—No le creas, Vuestra Majestad —exclamó Jack.

—Oh, no le creo —respondió el Espantapájaros con calma. Luego, lanzando a la muchacha una mirada penetrante, preguntó—: ¿Estás completamente segura de que entiendes tanto la lengua de los Gillikins como la de los Munchkins?

—Completamente segura, Vuestra Majestad —dijo Jellia Jamb, esforzándose por no reírse en las narices de la realeza.

—Entonces, ¿cómo es que yo mismo parezco entenderlos? —preguntó el Espantapájaros.

—¡Porque son el mismo! —declaró la muchacha, echándose a reír con alegría—. ¿Acaso no sabe Vuestra Majestad que en todo el País de Oz solo se habla una lengua?

—¿Es así de veras? —exclamó el Espantapájaros, muy aliviado al escuchar esto—. ¡Pues habría podido ser mi propio intérprete!

—La culpa es toda mía, Vuestra Majestad —dijo Jack, con cara un poco avergonzada—. Creí que forzosamente hablaríamos idiomas

distintos, pues veníamos de países diferentes.

—Que esto te sirva de advertencia para no pensar nunca —respondió el Espantapájaros con severidad—. Porque si uno no puede pensar con juicio, es mejor que se quede como lo que indudablemente eres: un muñeco.

—¡Lo soy, sin duda lo soy! —asintió el Cabezadecalabaza.

—Me parece —continuó el Espantapájaros, en tono más suave— que tu fabricante estropeó unos cuantos pasteles de calabaza para crear un hombre mediocre.

—Aseguro a Vuestra Majestad que yo no pedí que me crearan —respondió Jack.

—¡Ah! A mí me pasó lo mismo —dijo el Rey amablemente—. Y así, como ambos somos distintos de las personas ordinarias, hagámonos amigos.

—¡De todo corazón! —exclamó Jack.

—¡Cómo! ¿Tienes corazón? —preguntó el Espantapájaros sorprendido.

—No; eso era solo una forma de hablar —dijo el otro.

—Bien, tu figura más prominente parece ser una figura de madera; así que debo pedirte que refrenees una imaginación que, al carecer de sesos, no tienes ningún derecho a ejercitar —sugirió el Espantapájaros en tono de advertencia.

—¡Sin duda! —dijo Jack, sin entenderlo en lo más mínimo.

Su Majestad despidió entonces a Jellia Jamb y al Soldado de los Bigotes Verdes, y cuando se hubieron marchado tomó a su nuevo amigo del brazo y lo llevó al patio a jugar a los tejos.

VIII. EL EJÉRCITO DE LA REVUELTA DE LA GENERAL JINJUR

Tip estaba tan ansioso por reunirse con su Jack y con el Caballete que recorrió a pie casi la mitad del camino hasta la Ciudad Esmeralda sin detenerse a descansar. Entonces advirtió que tenía hambre, y que las galletas y el queso que había preparado para el viaje se habían acabado del todo.

Mientras cavilaba qué hacer en esa emergencia, se encontró con una muchacha sentada a la vera del camino. Llevaba un traje que al muchacho le pareció llamativamente vistoso: la blusa de seda era verde esmeralda y la falda tenía cuatro colores bien distintos —azul por delante, amarillo por el lado izquierdo, rojo por detrás y morado por el derecho—. La blusa se abrochaba por delante con cuatro botones: el primero azul, el segundo amarillo, el tercero rojo y el último morado.

El esplendor de ese atuendo era casi bárbaro, de modo que Tip estuvo plenamente justificado en contemplar el vestido durante unos momentos antes de que su mirada se viera atraída por la cara bonita que había sobre él. Sí, la cara era bastante bonita, decidió; pero lucía una expresión de descontento unida a un matiz de desafío o audacia.

Mientras el muchacho miraba, la chica le observó con calma. Había una cesta de merienda a su lado, y sostenía en una mano un delicado bocadillo y en la otra un huevo duro, comiendo con un apetito evidente que despertó la simpatía de Tip.

Estaba a punto de pedirle que le diera algo cuando la muchacha se puso de pie y sacudió las migas del regazo.

—¡Ea! —dijo—. Es hora de irme. Lleva esa cesta y sírvete de lo que hay si tienes hambre.

Tip se apoderó de la cesta con avidez y empezó a comer, siguiendo por un rato a la extraña muchacha sin molestarse en hacer preguntas. Ella caminaba delante de él a grandes zancadas, y había en su porte un aire de determinación e importancia que le hizo sospechar que era algún personaje de categoría.

Por fin, cuando hubo saciado el hambre, corrió a ponerse a su lado e intentó seguir el ritmo de sus rápidos pasos, lo cual resultó muy difícil, pues ella era bastante más alta que él y evidentemente tenía prisa.

—Muchas gracias por los bocadillos —dijo Tip mientras trotaba junto a ella—. ¿Me permite preguntarle su nombre?

—Soy la General Jinjur —fue la escueta respuesta.

—¡Oh! —dijo el muchacho, sorprendido—. ¿Y qué clase de general?

—Mando el Ejército de la Revuelta en esta guerra —respondió la General con una brusquedad innecesaria.

—¡Oh! —exclamó de nuevo—. No sabía que había una guerra.

—No se suponía que lo supierais —respondió ella—, pues lo hemos mantenido en secreto; y teniendo en cuenta que nuestro ejército está compuesto enteramente de mujeres —añadió con cierto orgullo—, es sin duda notable que nuestra Revuelta no haya sido descubierta todavía.

—Desde luego que sí —reconoció Tip—. Pero ¿dónde está su ejército?

—A una milla de aquí —dijo la General Jinjur—. Las fuerzas se han reunido de todos los rincones del País de Oz, por orden expresa mía. Pues hoy es el día en que conquistaremos a Su Majestad el

Espantapájaros y le arrebataremos el trono. El Ejército de la Revuelta solo espera mi llegada para marchar sobre la Ciudad Esmeralda.

—¡Vaya! —dijo Tip, tomando aliento—. ¡Esto sí que es una sorpresa! ¿Me permite preguntarle por qué desea conquistar a Su Majestad el Espantapájaros?

—Entre otras razones, porque ya es hora de que la Ciudad Esmeralda deje de estar gobernada por hombres —dijo la muchacha—. Además, la Ciudad reluce de preciosas gemas que estarían mucho mejor aprovechadas en anillos, pulseras y collares; y hay dinero suficiente en el tesoro del Rey para comprarle a cada mujer de nuestro Ejército una docena de vestidos nuevos. Así que pensamos conquistar la Ciudad y gobernarla a nuestro gusto.

Jinjur pronunció estas palabras con una resolución y un entusiasmo que demostraban que hablaba en serio.

—Pero la guerra es una cosa terrible —dijo Tip, pensativo.

—Esta guerra será agradable —respondió la muchacha con alegría.

—¡Muchas de vosotras moriréis! —continuó el muchacho con voz llena de asombro.

—Oh, no —dijo Jinjur—. ¿Qué hombre se opondría a una mujer, o se atrevería a hacerle daño? Y no hay una sola cara fea en todo mi Ejército.

Tip se rió.

—Puede que tenga razón —dijo—. Pero el Guardián de la Puerta es considerado un guardián fiel, y el Ejército del Rey no dejará que la Ciudad sea conquistada sin resistencia.

—El Ejército es viejo y decrepito —respondió la General Jinjur con desdén—. Ha gastado todas sus fuerzas en hacerse crecer los bigotes, y su mujer tiene tan mal genio que ya le ha arrancado de raíz más de la mitad. Cuando reinaba el Maravilloso Mago, el

Soldado de los Bigotes Verdes era un muy buen Ejército Real, pues la gente le tenía miedo al Mago. Pero nadie le tiene miedo al Espantapájaros, de modo que su Ejército Real no vale gran cosa en tiempos de guerra.

Tras esta conversación siguieron caminando un buen trecho en silencio, y al poco llegaron a un gran claro en el bosque donde se habían reunido más de cuatrocientos jóvenes. Estas reían y charlaban entre sí con tanta alegría como si se hubieran congregado para una merienda en lugar de para una guerra de conquista.

Estaban divididas en cuatro compañías, y Tip observó que todas vestían trajes similares al de la General Jinjur. La única diferencia real era que las muchachas del País de los Munchkins llevaban la franja azul por delante de la falda, las del País de los Quadlings la roja, las del País de los Winkies la amarilla, y las Gillikins la morada. Todas llevaban la blusa verde, que representaba la Ciudad Esmeralda que pensaban conquistar, y el botón superior de cada blusa indicaba por su color de qué país era la portadora. Los uniformes eran ariosos y favorecedores, y muy llamativos cuando se veían en conjunto.

Tip pensó que aquel extraño Ejército no llevaba arma alguna; pero en esto se equivocaba. Pues cada muchacha llevaba clavadas en el moño dos largas agujas de hacer punto, brillantes y con las puntas muy afiladas.

La General Jinjur se subió de inmediato al tocón de un árbol y se dirigió a su ejército.

—¡Amigas, conciudadanas y mujeres! —dijo—. ¡Estamos a punto de iniciar nuestra gran Revuelta contra los hombres de Oz! Marchamos para conquistar la Ciudad Esmeralda, para derrocar al Rey Espantapájaros, para hacernos con miles de preciosas gemas, para saquear el tesoro real y para obtener poder sobre nuestros antiguos opresores.

—¡Hurra! —dijeron quienes la escuchaban; pero Tip tuvo la impresión de que la mayor parte del Ejército estaba demasiado

ocupada charlando para prestar atención a las palabras de la General.

Acto seguido se dio la orden de marchar, y las muchachas se formaron en cuatro bandas o compañías y se pusieron en marcha con paso decidido hacia la Ciudad Esmeralda.

El muchacho las siguió, cargando varias cestas, mantas y paquetes que distintas integrantes del Ejército de la Revuelta habían puesto a su cuidado. No tardaron en llegar a las murallas de granito verde de la Ciudad y se detuvieron ante la entrada.

El Guardián de las Puertas salió enseguida y las miró con curiosidad, como si hubiera llegado un circo a la ciudad. Llevaba un manajo de llaves colgado del cuello con una cadena de oro; tenía las manos metidas descuidadamente en los bolsillos, y no parecía tener ni la menor idea de que la Ciudad se veía amenazada por rebeldes. Dirigiéndose amablemente a las muchachas, dijo:

—¡Buenos días, señoritas! ¿En qué puedo servirles?

—¡Rendíos de inmediato! —respondió la General Jinjur, plantándose ante él y frunciendo el ceño con toda la ferocidad que su cara bonita le permitía.

—¿Rendirnos? —repitió el hombre, atónito—. Pero eso es imposible. ¡Va contra la ley! En mi vida he oído semejante cosa.

—¡Aun así, debéis rendiros! —exclamó la General con ferocidad—. ¡Estamos en plena revuelta!

—Pues no lo parece —dijo el Guardián, mirándolas con admiración de una en una.

—¡Pues lo estamos! —gritó Jinjur, golpeando el suelo con el pie con impaciencia—. ¡Y pensamos conquistar la Ciudad Esmeralda!

—¡Santo cielo! —respondió el sorprendido Guardián de las Puertas—. ¡Qué idea tan disparatada! Volved a casa con vuestras madres, buenas muchachas, y ordeñad las vacas y haced el pan. ¿No sabéis que es peligroso conquistar una ciudad?

—¡No tenemos miedo! —respondió la General; y tenía un aspecto tan resuelto que el Guardián empezó a inquietarse.

Así que llamó al timbre para que viniera el Soldado de los Bigotes Verdes, y al momento siguiente se arrepintió de haberlo hecho. Porque enseguida se vio rodeado por un grupo de muchachas que sacaron las agujas de hacer punto del moño y empezaron a pincharle con las afiladas puntas, peligrosamente cerca de sus gordas mejillas y sus ojos parpadeantes.

El pobre hombre pidió clemencia a gritos y no opuso ninguna resistencia cuando Jinjur le arrancó el manojó de llaves del cuello.

Seguida de su Ejército, la General se lanzó entonces hacia la puerta de entrada, donde se encontró cara a cara con el Ejército Real de Oz —que era el otro nombre del Soldado de los Bigotes Verdes.

—¡Alto! —gritó este, apuntando su largo fusil directamente a la cara de la jefa.

Algunas de las muchachas chillaron y echaron a correr hacia atrás, pero la General Jinjur se mantuvo firme en su puesto y dijo en tono de reproche:

—Pero, ¿cómo es esto? ¿Dispararía usted a una pobre muchacha indefensa?

—No —respondió el soldado—, porque el fusil no está cargado.

—¿Sin cargar?

—Sin cargar; por precaución. Y he olvidado dónde guardé la pólvora y la bala para cargarlo. Pero si quieren esperar un momento, intentaré buscarlas.

—No se moleste —dijo Jinjur con alegría. Luego se volvió hacia su Ejército y gritó—: ¡Muchachas, el fusil no está cargado!

—¡Hurra! —chillaron las rebeldes, encantadas con la buena noticia, y se lanzaron en tropel sobre el Soldado de los Bigotes

Verdes de tal manera que fue un milagro que no se clavaran las agujas de hacer punto unas a otras.

Pero el Ejército Real de Oz le tenía demasiado miedo a las mujeres para hacer frente a la embestida. Sencillamente dio media vuelta y salió corriendo a toda velocidad a través de la puerta hacia el palacio real, mientras la General Jinjur y su muchedumbre se vertían en la desprotegida Ciudad.

Así fue como se conquistó la Ciudad Esmeralda sin que se derramara una sola gota de sangre. ¡El Ejército de la Revuelta se había convertido en un Ejército de Conquistadoras!

IX. EL ESPANTAPÁJAROS PLANEA LA HUIDA

Tip se escabulló de las muchachas y siguió rápidamente al Soldado de los Bigotes Verdes. El ejército invasor entró en la Ciudad más despacio, pues se detenía a arrancar esmeraldas de las paredes y los adoquines con las puntas de sus agujas de hacer punto. De modo que el Soldado y el muchacho llegaron al palacio antes de que se hubiera corrido la voz de que la Ciudad estaba conquistada.

El Espantapájaros y Jack Cabezadecalabaza seguían jugando a los tejos en el patio cuando el juego fue interrumpido por la aparición brusca del Ejército Real de Oz, que entró volando sin sombrero ni fusil, con la ropa en lamentable desorden y la larga barba flotando a una vara de distancia a sus espaldas mientras corría.

—Un tanto para mí —dijo el Espantapájaros con calma—. ¿Qué ocurre, amigo mío? —añadió, dirigiéndose al Soldado.

—¡Oh, Vuestra Majestad, Vuestra Majestad! ¡La Ciudad está conquistada! —jadeó el Ejército Real, completamente sin aliento.

—Esto es muy repentino —dijo el Espantapájaros—. Pero vaya y atranche todas las puertas y ventanas del palacio mientras le enseño a este Cabezadecalabaza cómo se lanza un tejo.

El Soldado se apresuró a obedecer, mientras Tip, que había llegado a sus talones, se quedaba en el patio mirando al Espantapájaros con ojos asombrados.

Su Majestad siguió lanzando tejos con tanta calma como si ningún peligro amenazara su trono, pero el Cabezadecalabaza, al ver a Tip,

se acercó al muchacho dando tumbos lo más rápido que sus piernas de madera le permitían.

—¡Buenas tardes, noble progenitor! —exclamó con alegría—. Me alegra verte aquí. Ese horrible Caballete se desbocó conmigo.

—Ya me lo imaginaba —dijo Tip—. ¿Te hiciste daño? ¿Te has rajado?

—No, llegué sano y salvo —respondió Jack—, y Su Majestad ha sido muy amable conmigo.

En ese momento regresó el Soldado de los Bigotes Verdes, y el Espantapájaros preguntó:

—Por cierto, ¿quién me ha conquistado?

—Un regimiento de muchachas reunidas de los cuatro rincones del País de Oz —respondió el Soldado, aún pálido de miedo.

—¿Y dónde estaba mi Ejército Permanente en ese momento? —preguntó Su Majestad, mirando al Soldado con gravedad.

—Su Ejército Permanente estaba corriendo —respondió el hombre con honradez—, pues ningún hombre podría hacer frente a las terribles armas de las invasoras.

—Bien —dijo el Espantapájaros, tras un momento de reflexión—, no me importa demasiado perder el trono, pues es un trabajo agotador gobernar la Ciudad Esmeralda. Y esta corona pesa tanto que me produce jaqueca. Pero espero que las Conquistadoras no tengan intención de hacerme daño solo porque resulte que soy el Rey.

—Las he oído decir —comentó Tip con cierta vacilación— que piensan hacer una alfombra de trapo con tu exterior y rellenar sus cojines de sofá con tu interior.

—Entonces sí que estoy en peligro real —declaró Su Majestad con convicción—, y será prudente que piense en un modo de escapar.

—¿Adónde irás? —preguntó Jack Cabezadecalabaza.

—Pues a casa de mi amigo el Leñador de Hojalata, que gobierna los Winkies y se llama a sí mismo su Emperador. Estoy seguro de que me protegerá.

Tip miraba por la ventana.

—El palacio está rodeado por el enemigo —dijo—. Es demasiado tarde para escapar. Pronto te harían pedazos.

El Espantapájaros suspiró.

—En una emergencia —anunció—, siempre es bueno detenerse y reflexionar. Os ruego que me disculpéis mientras me detengo y reflexiono.

—Pero nosotros también estamos en peligro —dijo el Cabezadecalabaza con ansiedad—. ¡Si alguna de esas muchachas sabe cocinar, mi fin está próximo!

—¡Tonterías! —exclamó el Espantapájaros—. ¡Están demasiado ocupadas para cocinar, aunque supieran hacerlo!

—Pero si permanezco aquí prisionero durante algún tiempo —protestó Jack—, me arriesgo a estropearme.

—¡Ah! Entonces ya no serías una compañía deseable —respondió el Espantapájaros—. El asunto es más grave de lo que suponía.

—Tú —dijo el Cabezadecalabaza con sombría tristeza—, puedes vivir muchos años. Mi vida es necesariamente breve. Así que debo aprovechar los pocos días que me quedan.

—¡Vamos, vamos! No te preocupes —respondió el Espantapájaros en tono tranquilizador—. Si te callas el tiempo suficiente para que pueda pensar, intentaré encontrar algún modo de que todos escapemos.

Así que los demás esperaron en silencioso paciencia mientras el Espantapájaros iba a un rincón y se quedaba mirando a la pared durante un buen cuarto de hora. Al cabo de ese tiempo se volvió hacia ellos con una expresión más alegre en la cara pintada.

—¿Dónde está el Caballete en el que llegaste? —le preguntó al Cabezadecalabaza.

—Pues dije que era una joya, y tu hombre lo encerró en el tesoro real —dijo Jack.

—Era el único sitio que se me ocurrió, Vuestra Majestad —añadió el Soldado, temiendo haber cometido un error.

—Me complace mucho —dijo el Espantapájaros—. ¿Han dado de comer al animal?

—Oh, sí; le he dado un buen montón de serrín.

—¡Excelente! —exclamó el Espantapájaros—. Traed el caballo aquí de inmediato.

El Soldado se apresuró a obedecer, y al poco se oyó el traqueteo de las patas de madera del caballo sobre el pavimento al ser conducido al patio.

Su Majestad estudió al animal con ojo crítico.

—No parece especialmente ágil —murmuró pensativo—, pero supongo que puede correr.

—Vaya si puede —dijo Tip, mirando al Caballete con admiración.

—Entonces, llevándonos a lomos, debe abrirse paso entre las filas de las rebeldes y llevarnos hasta mi amigo el Leñador de Hojalata —anunció el Espantapájaros.

—¡No puede llevar a cuatro! —objetó Tip.

—No, pero tal vez se le pueda persuadir de que lleve a tres —dijo Su Majestad—. Por lo tanto dejaré atrás a mi Ejército Real. Pues, dada la facilidad con que fue conquistado, tengo poca confianza en sus capacidades.

—Aunque eso sí, puede correr —declaró Tip riendo.

—Esperaba este golpe —dijo el Soldado con mal humor—; pero puedo soportarlo. Me disfrazaré cortándome los magníficos bigotes verdes. Y después de todo, no es más peligroso enfrentarse a esas

imprudentes muchachas que montar en este fogoso e indómito caballo de madera.

—Puede que tengas razón —observó Su Majestad—. Pero por mi parte, al no ser soldado, me gustan los peligros. Ahora, muchacho, debes subir el primero. Y siéntate lo más cerca posible del cuello del caballo.

Tip trepó rápidamente a su sitio, y el Soldado y el Espantapájaros se las apañaron para izar al Cabezadecalabaza a un asiento justo detrás de él. Quedaba tan poco espacio para el Rey que corría el riesgo de caerse en cuanto el caballo arrancara.

—Traed un trozo de cuerda —le dijo el Rey a su Ejército—, y atadnos a todos. Así, si uno cae, caemos todos.

Y mientras el Soldado iba a buscar la cuerda, Su Majestad continuó: «es conveniente que yo sea prudente, pues mi propia existencia está en peligro».

—Yo también he de ser tan prudente como tú —dijo Jack.

—No exactamente —respondió el Espantapájaros—. Porque si a mí me pasara algo, eso sería mi fin. Pero si a ti te pasara algo, podrían usarte para semilla.

El Soldado regresó con una cuerda larga y los ató a los tres firmemente, sujetándolos también al cuerpo del Caballete; de modo que parecía haber poco peligro de que se cayeran.

—Ahora abrid las puertas —ordenó el Espantapájaros—, y nos lanzaremos a la libertad o a la muerte.

El patio en el que se encontraban estaba ubicado en el centro del gran palacio, que lo rodeaba por todos lados. Pero en un lugar había un pasadizo que conducía a una puerta exterior, que el Soldado había atronado por orden de su soberano. Por esa puerta proponía Su Majestad escapar, y el Ejército Real condujo ahora al Caballete por el pasadizo y descorrió el cerrojo de la puerta, que se abrió hacia atrás con gran estrépito.

—Ahora —le dijo Tip al caballo—, tienes que salvarnos a todos. Corre tan rápido como puedas hacia la puerta de la Ciudad, y no dejes que nada te detenga.

—¡Bien! —respondió el Caballete con voz ronca, y salió disparado tan de repente que Tip tuvo que jadear para recobrar el aliento y aferrarse con fuerza a la estaca que había clavado en el cuello de la criatura.

Varias de las muchachas que hacían guardia fuera del palacio fueron derribadas por la loca carrera del Caballete. Otras se apartaron corriendo y chillando, y solo una o dos pincharon frenéticamente con sus agujas de hacer punto a los fugitivos. Tip recibió un pequeño pinchazo en el brazo izquierdo que le escoció durante una hora; pero las agujas no tuvieron ningún efecto sobre el Espantapájaros ni sobre Jack Cabezadecalabaza, que ni siquiera se enteraron de que los estaban pinchando.

En cuanto al Caballete, estableció un magnífico historial: volcó un puesto de fruta, derribó a varios hombres de aspecto tranquilo, y finalmente derribó a la nueva Guardiana de la Puerta, una mujer gorda y presumida que había nombrado la General Jinjur.

Ni siquiera entonces se detuvo el impetuoso corcel. Una vez fuera de las murallas de la Ciudad Esmeralda, se lanzó por el camino hacia el Oeste dando saltos rápidos y violentos que sacudían el aliento del muchacho y llenaban de asombro al Espantapájaros.

Jack había cabalgado a esa velocidad enloquecida una vez antes, así que dedicó todos sus esfuerzos a sujetar con ambas manos su cabeza de calabaza sobre el palo, soportando entretanto los espantosos zarandeos con la entereza de un filósofo.

—¡Que frene, que frene! —gritaba el Espantapájaros—. ¡Toda mi paja se está bajando hasta las piernas!

Pero Tip no tenía aliento para hablar, de modo que el Caballete prosiguió su desenfundada carrera sin control y sin reducir la velocidad.

Al poco llegaron a la orilla de un río ancho, y sin detenerse el corcel de madera dio un salto final y los lanzó a todos al aire.

Un segundo después rodaban, salpicando y chapoteando en el agua, el caballo forcejeando frenéticamente para encontrar dónde apoyar las patas, y sus jinetes primero sumergidos bajo la rápida corriente y luego flotando en la superficie como corchos.

X. EL VIAJE AL LEÑADOR DE HOJALATA

Tip estaba completamente empapado y chorreaba agua por todos los ángulos del cuerpo. Pero logró inclinarse hacia delante y gritarle al oído al Caballete:

—¡Quieto, pedazo de tonto! ¡Quieto!

El caballo dejó de forcejear de inmediato y flotó tranquilamente en la superficie, pues su cuerpo de madera era tan boyante como una balsa.

—¿Qué significa la palabra «tonto»? —preguntó el caballo.

—Es un término de reproche —respondió Tip, algo avergonzado de la expresión—. Solo lo uso cuando estoy enfadado.

—Entonces me complace poder llamarte tonto a ti también —dijo el caballo—. Pues yo no hice el río ni lo puse en nuestro camino; así que solo merece un término de reproche quien se enfada conmigo por caer en el agua.

—Eso es bastante evidente —respondió Tip—; así que reconoceré que me equivoqué. —Luego llamó al Cabezadecalabaza—: ¿Estás bien, Jack?

No hubo respuesta. Así que el muchacho llamó al Rey—: ¿Está bien, Vuestra Majestad?

El Espantapájaros gimió.

—Estoy del todo mal, de algún modo —dijo con voz débil—. ¡Qué mojada está esta agua!

Tip estaba tan bien atado con la cuerda que no podía volver la cabeza para mirar a sus compañeros; así que le dijo al Caballete:

—Rema con las patas hacia la orilla.

El caballo obedeció, y aunque avanzaban despacio llegaron por fin a la orilla opuesta del río en un lugar donde era lo bastante baja para que la criatura pudiera trepar a tierra firme.

Con cierta dificultad el muchacho logró sacar la navaja del bolsillo y cortar las cuerdas que ataban a los jinetes entre sí y al caballo de madera. Oyó al Espantapájaros caer al suelo con un golpe sordo, y luego él mismo se apeó rápidamente y miró a su amigo Jack.

El cuerpo de madera, con su magnífico atuendo, seguía sentado erguido en el lomo del caballo; pero la cabeza de calabaza había desaparecido, y solo se veía el palo afilado que le servía de cuello. En cuanto al Espantapájaros, la paja de su cuerpo se había ido bajando con los zarandeos y se había apelmazado en las piernas y en la parte inferior del cuerpo, que parecía muy rellena y redonda, mientras que la parte superior parecía un saco vacío. En la cabeza el Espantapájaros seguía llevando la pesada corona, que le habían cosido para que no la perdiera; pero la cabeza estaba ahora tan húmeda y lacia que el peso del oro y las joyas le caía hacia delante y le aplastaba la cara pintada en una masa de arrugas que le hacía parecer exactamente un perro pug japonés.

Tip se habría reído de no ser porque estaba demasiado preocupado por su Jack. Pero el Espantapájaros, aunque deteriorado, estaba completo, mientras que la cabeza de calabaza que era tan necesaria para la existencia de Jack había desaparecido; así que el muchacho cogió un palo largo que por fortuna había cerca y se volvió ansiosamente hacia el río.

Muy lejos sobre las aguas divisó el tono dorado de la calabaza, que se mecía suavemente arriba y abajo con el movimiento de las olas. En ese momento estaba completamente fuera del alcance de Tip, pero al cabo de un rato fue flotando más cerca, cada vez más cerca, hasta que el muchacho pudo alcanzarla con el palo y

arrastrarla hasta la orilla. Luego la subió al borde de la ribera, le secó cuidadosamente la cara con su pañuelo y corrió con ella hasta Jack para volvérsela a poner en el cuello.

—¡Dios mío! —fueron las primeras palabras de Jack—. ¡Qué experiencia tan espantosa! Me pregunto si el agua es capaz de estropear las calabazas.

Tip pensó que no era necesario responder, pues sabía que el Espantapájaros también necesitaba su ayuda. Así que retiró con cuidado la paja del cuerpo y las piernas del Rey, y la extendió al sol para que se secara. La ropa mojada la colgó sobre el cuerpo del Caballete.

—Si el agua estropea las calabazas —observó Jack con un profundo suspiro—, mis días están contados.

—Nunca he notado que el agua estropee las calabazas —respondió Tip—, a menos que sea agua hirviendo. Si tu cabeza no está rajada, amigo mío, debes de estar en bastante buenas condiciones.

—Oh, mi cabeza no está rajada en absoluto —declaró Jack con más ánimo.

—Entonces no te preocupes —replicó el muchacho—. Las preocupaciones mataron al gato.

—Entonces —dijo Jack con seriedad—, me alegro muchísimo de no ser un gato.

El sol fue secando rápidamente su ropa, y Tip esponjó la paja de Su Majestad para que los cálidos rayos absorbieran la humedad y la dejaran tan crujiente y seca como siempre. Cuando esto estuvo hecho, rellenó al Espantapájaros dándole una forma simétrica y le alisó la cara para que luciera su habitual expresión alegre y encantadora.

—Muchas gracias —dijo el monarca con viveza, mientras caminaba un poco y comprobaba que estaba bien equilibrado—. Ser un espantapájaros tiene varias ventajas bien claras. Pues si uno tiene

amigos cerca que reparen los desperfectos, no puede pasarle nada verdaderamente grave.

—Me pregunto si el sol caliente puede rajar las calabazas —dijo Jack con un tono de ansiedad en la voz.

—¡En absoluto, en absoluto! —respondió el Espantapájaros alegremente—. Lo único que debes temer, muchacho mío, es la vejez. Cuando tu dorada juventud se marchite nos separaremos rápidamente; pero no tienes que anticiparlo: nos daremos cuenta nosotros mismos y te avisaremos. ¡Pero vamos! Reanudemos el viaje. Tengo muchas ganas de saludar a mi amigo el Leñador de Hojalata.

Así que volvieron a montar en el Caballete, Tip agarrado a la estaca, el Cabezadecalabaza aferrado a Tip, y el Espantapájaros con los dos brazos alrededor de la figura de madera de Jack.

—Ve despacio, que ya no hay peligro de que nos persigan —le dijo Tip a su montura.

—¡Bien! —respondió la criatura con voz algo ronca.

—¿No estás un poco ronco? —preguntó el Cabezadecalabaza con cortesía.

El Caballete dio un encabritamiento enojado y volvió un ojo nudoso hacia atrás en dirección a Tip.

—Oye —gruñó—, ¿no puedes protegerme de los insultos?

—¡Claro que sí! —respondió Tip en tono apaciguador—. Estoy seguro de que Jack no quería ofender. Y no debemos reñir, ya sabes; todos tenemos que seguir siendo buenos amigos.

—No quiero saber nada más de ese Cabezadecalabaza —declaró el Caballete con rencor—. Pierde la cabeza con demasiada facilidad para mi gusto.

No parecía haber respuesta adecuada a esas palabras, así que durante un rato caballaron en silencio.

Al cabo de un rato el Espantapájaros observó:

—Esto me recuerda a los viejos tiempos. Fue en este montículo cubierto de hierba donde una vez salvé a Dorothy de las Abejas Ponzoñosas de la Malvada Bruja del Oeste.

—¿Las Abejas Ponzoñosas pican las calabazas? —preguntó Jack, mirando a su alrededor con aprensión.

—Están todas muertas, así que no importa —respondió el Espantapájaros—. Y aquí fue donde Nick Chopper destruyó a los Lobos Grises de la Malvada Bruja.

—¿Quién era Nick Chopper? —preguntó Tip.

—Ese es el nombre de mi amigo el Leñador de Hojalata —respondió Su Majestad—. Y aquí fue donde los Monos Alados nos capturaron y nos ataron, y se alejaron volando con la pequeña Dorothy —continuó, después de que hubieran avanzado un poco más.

—¿Los Monos Alados se comen las calabazas? —preguntó Jack, con un escalofrío de miedo.

—No lo sé; pero tienes poco motivo para preocuparte, pues los Monos Alados son ahora esclavos de Glinda la Buena, que posee el Gorro de Oro que manda sobre sus servicios —dijo el Espantapájaros pensativo.

Luego el monarca relleno se perdió en sus pensamientos, evocando los días de aventuras pasadas. Y el Caballete avanzó balanceándose por los campos cubiertos de flores, llevando a sus jinetes velozmente hacia su destino.

Cayó el crepúsculo, y luego las sombras oscuras de la noche. Así que Tip detuvo al caballo y todos se apearon.

—Estoy rendido —dijo el muchacho, bostezando de cansancio—, y la hierba es suave y fresca. Tumbémonos aquí a dormir hasta mañana por la mañana.

—Yo no puedo dormir —dijo Jack.

—Yo nunca duermo —dijo el Espantapájaros.

—Yo ni siquiera sé lo que es el sueño —dijo el Caballero.

—Sin embargo, debemos tener consideración por este pobre muchacho, que está hecho de carne y hueso y sangre, y se cansa —sugirió el Espantapájaros con su habitual delicadeza—. Recuerdo que era lo mismo con la pequeña Dorothy. Siempre teníamos que pasar la noche sentados mientras ella dormía.

—Lo siento —dijo Tip con humildad—, pero no puedo evitarlo. ¡Y además tengo un hambre espantosa!

—¡He aquí un peligro nuevo! —exclamó Jack con sombría tristeza—. Espero que no seas aficionado a comer calabazas.

—Solo si están guisadas y convertidas en pastel —respondió el muchacho riendo—. Así que no me temas, amigo Jack.

—¡Qué cobarde es ese Cabezadecalabaza! —dijo el Caballero con desprecio.

—Tú también podrías ser cobarde si supieras que corres el riesgo de estropearte —replicó Jack con enojo.

—¡Vamos, vamos! —intervino el Espantapájaros—. No riñamos. Todos tenemos nuestras debilidades, queridos amigos; así que hemos de esforzarnos en ser considerados los unos con los otros. Y ya que este pobre muchacho tiene hambre y no tiene absolutamente nada que comer, quedémonos todos quietos y dejémosle dormir; pues se dice que en el sueño un mortal puede olvidar incluso el hambre.

—¡Gracias! —exclamó Tip con gratitud—. Vuestra Majestad es tan bueno como sabio, ¡y eso ya es decir mucho!

Se tumbó entonces en la hierba y, usando el relleno cuerpo del Espantapájaros como almohada, se quedó dormido enseguida.

XI. UN EMPERADOR CHAPADO EN NÍQUEL

Tip se despertó poco después del amanecer, pero el Espantapájaros ya se había levantado y había cogido, con sus torpes dedos, un buen puñado de bayas maduras de unos arbustos cercanos. El muchacho las devoró con avidez, encontrándolas un desayuno suficiente, y después el pequeño grupo reanudó su marcha.

Al cabo de una hora de camino alcanzaron la cima de una colina desde donde divisaron la Ciudad de los Winkies y distinguieron las altas cúpulas del palacio del Emperador entre los grupos de viviendas más modestas.

El Espantapájaros se animó mucho ante esta vista y exclamó:

—¡Con qué alegría voy a ver de nuevo a mi viejo amigo el Leñador de Hojalata! ¡Espero que haya gobernado a su pueblo con más éxito que yo al mío!

—¿Es el Leñador de Hojalata el Emperador de los Winkies? — preguntó el caballo.

—Sí, en efecto. Lo invitaron a gobernarlos poco después de que se destruyera a la Malvada Bruja; y como Nick Chopper tiene el mejor corazón de todo el mundo, estoy seguro de que ha resultado ser un Emperador excelente y capaz.

—Creía que «Emperador» era el título de quien gobierna un imperio —dijo Tip—, y el País de los Winkies no es más que un Reino.

—¡No menciones eso delante del Leñador de Hojalata! —exclamó el Espantapájaros con urgencia—. Le herirías los sentimientos terriblemente. Es un hombre orgulloso, y con toda la razón, y le complace que le llamen Emperador en lugar de Rey.

—A mí me da lo mismo —respondió el muchacho.

El Caballete se puso entonces a avanzar a un paso tan vivo que sus jinetes tuvieron mucho trabajo para mantenerse en su lomo; de modo que hubo poca conversación hasta que se detuvieron junto a las escaleras del palacio.

Un anciano Winkie, vestido con un uniforme de tela de plata, se adelantó para ayudarles a apearse. El Espantapájaros le dijo:

—Llévenos de inmediato ante vuestro señor, el Emperador.

El hombre miró a uno y otro miembro del grupo con cara de apuro, y finalmente respondió:

—Me temo que tendrán que esperar un momento. El Emperador no recibe esta mañana.

—¿Cómo es eso? —preguntó el Espantapájaros con inquietud—. Espero que no le haya pasado nada.

—Oh, no; nada grave —respondió el hombre—. Pero hoy es el día en que se pule a Su Majestad, y en este momento su augusta presencia está densamente cubierta de pomada abrillantadora.

—¡Ah, ya! —exclamó el Espantapájaros muy tranquilizado—. Mi amigo siempre tuvo inclinación a ser un dandi, y supongo que ahora está más orgulloso que nunca de su aspecto personal.

—Así es, en efecto —dijo el hombre con una reverencia cortés—. Nuestro poderoso Emperador se ha hecho chapar en níquel recientemente.

—¡Dios Santo! —exclamó el Espantapájaros al oír esto—. ¡Si su ingenio tiene el mismo brillo que su exterior, ha de ser deslumbrante! Pero llévenos adentro; estoy seguro de que el Emperador nos recibirá, incluso en su estado actual.

—El estado del Emperador siempre es magnífico —dijo el hombre—. Pero me atreveré a comunicarle su llegada y recibiré sus órdenes al respecto.

Así que el grupo siguió al criado hasta una espléndida antecámara, y el Caballete los siguió torpemente, sin saber que se podría esperar de un caballo que permaneciera fuera.

Los viajeros quedaron al principio algo intimidados por lo que los rodeaba, e incluso el Espantapájaros pareció impresionado al examinar las ricas colgaduras de tela de plata recogidas en nudos y sujetas con pequeñas hachas de plata. Sobre una elegante mesa central había una gran aceitera de plata, ricamente grabada con escenas de las pasadas aventuras del Leñador de Hojalata, Dorothy, el León Cobarde y el Espantapájaros, con las líneas del grabado trazadas sobre la plata en oro amarillo. En las paredes colgaban varios retratos, siendo el del Espantapájaros el más prominente y cuidadosamente ejecutado, mientras que un gran cuadro del famoso Mago de Oz en el acto de entregarle al Leñador de Hojalata un corazón cubría casi todo un extremo de la habitación.

Mientras los visitantes contemplaban estas cosas en silenciosa admiración, oyeron de repente una voz sonora en la habitación de al lado exclamar:

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Qué grata sorpresa!

Y entonces la puerta se abrió de golpe y Nick Chopper irrumpió entre ellos y estrechó al Espantapájaros en un abrazo estrecho y afectuoso que lo arrugó todo por varios lados.

—¡Mi querido viejo amigo! ¡Mi noble camarada! —exclamó el Leñador de Hojalata con alegría—. ¡Qué feliz soy de volverte a ver!

Y luego soltó al Espantapájaros y lo sujetó a distancia de brazos mientras contemplaba los queridos rasgos pintados.

Pero, ¡ay!, la cara del Espantapájaros y muchas partes de su cuerpo lucían grandes manchas de pomada abrillantadora; pues el Leñador de Hojalata, en su entusiasmo por saludar a su amigo,

había olvidado por completo el estado de su aseo y había transferido la gruesa capa de pasta de su propio cuerpo al de su camarada.

—¡Dios mío! —dijo el Espantapájaros con pena—. ¡Mira cómo me has puesto!

—No te preocupes, amigo mío —respondió el Leñador de Hojalata—. Te mandaré a mi Lavandería Imperial, y saldrás como nuevo.

—¿No me pasarán por el rodillo? —preguntó el Espantapájaros.

—¡En absoluto! —fue la respuesta—. Pero cuéntame, ¿cómo ha llegado Vuestra Majestad hasta aquí? ¿Y quiénes son sus acompañantes?

El Espantapájaros, con gran cortesía, presentó a Tip y a Jack Cabezadecalabaza, y este último personaje pareció despertar un gran interés en el Leñador de Hojalata.

—No eres muy sólido, debo reconocerlo —dijo el Emperador—, pero sin duda eres poco corriente, y por ello digno de ser miembro de nuestra selecta compañía.

—Agradezco a Vuestra Majestad —dijo Jack humildemente.

—Espero que goces de buena salud —continuó el Leñador.

—Por ahora, sí —respondió el Cabezadecalabaza con un suspiro—; pero vivo en el temor constante del día en que me estropee.

—¡Tonterías! —dijo el Emperador, pero en un tono amable y comprensivo—. No permitas, te lo ruego, que las lluvias del mañana empañen el sol de hoy. Pues antes de que tu cabeza tenga tiempo de estropearse puedes hacerla conservar en lata, y así puede preservarse indefinidamente.

Tip, durante esta conversación, miraba al Leñador con un asombro sin disimulo, y observó que el célebre Emperador de los Winkies estaba compuesto enteramente de piezas de hojalata, soldadas y remachadas con esmero hasta darles forma de hombre. Tintineaba y crujía un poco al moverse, pero en conjunto parecía estar muy

ingeniosamente construido, y su aspecto solo quedaba deslucido por la gruesa capa de pomada que lo cubría de la cabeza a los pies.

La intensa mirada del muchacho hizo recordar al Leñador de Hojalata que no estaba en las mejores condiciones, de modo que rogó a sus amigos que le disculparan mientras se retiraba a sus aposentos privados para que sus criados le pulieran. Esto se hizo en poco tiempo, y cuando el Emperador regresó su cuerpo chapado en níquel relucía de tal manera que el Espantapájaros lo felicitó de todo corazón por su mejorado aspecto.

—Ese chapado en níquel fue, lo reconozco, una idea feliz —dijo Nick—; y era tanto más necesario cuanto que me había quedado algo rayado durante mis aventurosas experiencias. Observaréis esta estrella grabada en mi pecho izquierdo. No solo indica dónde está mi excelente corazón, sino que cubre con mucho arte el parche que hizo el Maravilloso Mago cuando colocó ese valioso órgano en mi pecho con sus propias hábiles manos.

—¿Es tu corazón, pues, un organillo? —preguntó el Cabezadecalabaza con curiosidad.

—En modo alguno —respondió el Emperador con dignidad—. Estoy convencido de que es un corazón completamente ortodoxo, aunque algo más grande y cálido de lo que posee la mayoría de la gente.

Luego se volvió al Espantapájaros y preguntó:

—¿Son felices y están contentos tus súbditos, querido amigo?

—No puedo decirlo —fue la respuesta—, pues las mujeres de Oz se han alzado en rebeldía y me han expulsado de la Ciudad Esmeralda.

—¡Gran Dios! —exclamó el Leñador de Hojalata—. ¡Qué calamidad! ¿No se quejan acaso de tu sabio y bondadoso gobierno?

—No; pero dicen que no es buen gobierno el que no funciona en los dos sentidos —respondió el Espantapájaros—, y estas mujeres son además de la opinión de que los hombres llevan demasiado

tiempo gobernando el país. Así que han tomado mi ciudad, han saqueado el tesoro de todas sus joyas y están dirigiendo las cosas a su gusto.

—¡Dios mío! ¡Qué idea tan extraordinaria! —exclamó el Emperador, que estaba a la vez escandalizado y sorprendido.

—Y he oído a algunas de ellas decir —dijo Tip— que piensan marchar hasta aquí y apoderarse del castillo y la ciudad del Leñador de Hojalata.

—¡Ah! No debemos darles tiempo para eso —dijo el Emperador con prontitud—. Iremos de inmediato a reconquistar la Ciudad Esmeralda y devolver al Espantapájaros su trono.

—Sabía que me ayudarías —observó el Espantapájaros con voz complacida—. ¿Cuántos hombres puedes reunir?

—No necesitamos un ejército —respondió el Leñador—. Nosotros cuatro, con la ayuda de mi reluciente hacha, somos suficientes para infundir terror en los corazones de las rebeldes.

—Nosotros cinco —corrigió el Cabezadecalabaza.

—¿Cinco? —repitió el Leñador de Hojalata.

—Sí; el Caballete es valiente e intrépido —respondió Jack, olvidando su reciente disputa con el cuadrúpedo.

El Leñador de Hojalata miró a su alrededor con cara perpleja, pues el Caballete había permanecido hasta entonces quieto en un rincón, donde el Emperador no se había fijado en él. Tip lo llamó de inmediato, y la criatura se acercó con tal torpeza que casi volcó la hermosa mesa central y la aceitera grabada.

—Empiezo a pensar —observó el Leñador de Hojalata mientras miraba atentamente al Caballete— que los prodigios no tienen fin. ¿Cómo es que esta criatura está viva?

—Lo hice con un polvo mágico —afirmó el muchacho con modestia—, y el Caballete nos ha sido muy útil.

—Nos permitió escapar de las rebeldes —añadió el Espantapájaros.

—Entonces debemos aceptarlo sin duda como camarada —declaró el Emperador—. Un Caballete vivo es una novedad singular, y debe resultar un estudio interesante. ¿Sabe algo?

—Pues bien, no puedo presumir de gran experiencia en la vida —respondió el Caballete por sí mismo—, pero aprendo muy deprisa, y a menudo me parece que sé más que cualquiera de los que me rodean.

—Puede que así sea —dijo el Emperador—, pues la experiencia no siempre es sinónimo de sabiduría. Pero el tiempo es precioso ahora, así que preparémonos cuanto antes para ponernos en marcha.

El Emperador llamó a su Gran Canciller y le instruyó sobre cómo gobernar el reino durante su ausencia. Mientras tanto, el Espantapájaros fue desmontado y el saco pintado que le servía de cabeza fue cuidadosamente lavado y relleno de nuevo con los sesos que en su día le diera el gran Mago. Su ropa también fue limpiada y planchada por los sastres imperiales, y su corona fue pulida y cosida de nuevo en su cabeza, pues el Leñador de Hojalata insistió en que no debía renunciar a ese emblema de realeza. El Espantapájaros presentaba ahora un aspecto muy respetable, y aunque no era en modo alguno dado a la vanidad estaba bastante satisfecho de sí mismo y caminaba con cierta prosopopeya. Mientras tanto Tip reparó los miembros de madera de Jack Cabezadecalabaza y los dejó más fuertes que antes, y también se inspeccionó al Caballete para comprobar que estaba en buen estado de funcionamiento.

Y entonces, bien temprano a la mañana siguiente, emprendieron el camino de regreso a la Ciudad Esmeralda: el Leñador de Hojalata al frente, con su reluciente hacha al hombro, mientras el Cabezadecalabaza iba montado en el Caballete y Tip y el Espantapájaros caminaban a uno y otro lado para asegurarse de que no se cayera ni sufriera ningún desperfecto.

XII. EL SR. H. M. BICHO-REVUELTO, T. E.

Ahora bien, la General Jinjur —que, como el lector recordará, mandaba el Ejército de la Revuelta— estaba muy inquieta por la escapada del Espantapájaros de la Ciudad Esmeralda. Temía, y con razón, que si Su Majestad y el Leñador de Hojalata unían fuerzas, eso supondría un peligro para ella y para todo su ejército; pues los habitantes de Oz no habían olvidado aún las hazañas de esos famosos héroes, que habían superado con éxito tantas y tan asombrosas aventuras.

Así que Jinjur mandó llamar urgentemente a la vieja Mombi, la bruja, y le prometió grandes recompensas si venía a prestar su ayuda al ejército rebelde.

Mombi estaba furiosa con Tip por la burla que le había jugado, así como por su fuga y el robo del precioso Polvo de Vida; de modo que no necesitó muchos ruegos para decidirse a viajar a la Ciudad Esmeralda y ayudar a Jinjur a derrotar al Espantapájaros y al Leñador de Hojalata, que habían hecho de Tip uno de sus amigos.

Mombi no bien había llegado al palacio real se enteró, por medio de su magia secreta, de que los aventureros habían emprendido el camino hacia la Ciudad Esmeralda; así que se retiró a una pequeña habitación en lo alto de una torre y se encerró en ella mientras practicaba las artes que tenía a su alcance para impedir el regreso del Espantapájaros y sus compañeros.

Por eso el Leñador de Hojalata se detuvo de repente y dijo:

—Algo muy extraño ha ocurrido. Debería conocer de memoria cada paso de este camino, y sin embargo temo que ya nos hemos perdido.

—¡Eso es del todo imposible! —protestó el Espantapájaros—. ¿Por qué crees, querido amigo, que nos hemos extraviado?

—Pues porque ahí delante hay un gran campo de girasoles, y en mi vida había visto este campo antes.

Al oír estas palabras todos miraron a su alrededor y comprobaron que en efecto estaban rodeados por un campo de altos tallos, cada uno de los cuales llevaba en su extremo un girasol gigantesco. Y no solo eran esas flores casi cegadoras por sus vivos colores rojos y dorados, sino que cada una giraba sobre su tallo como un pequeño molinillo, deslumbrando por completo la vista de los espectadores y desorientándolos de tal modo que no sabían adónde volverse.

—¡Es brujería! —exclamó Tip.

Mientras se detenían, indecisos y perplejos, el Leñador de Hojalata lanzó un grito de impaciencia y avanzó blandiendo el hacha para cortar los tallos que tenía ante él. Pero entonces los girasoles de repente dejaron de girar velozmente, y los viajeros vieron claramente aparecer una cara de muchacha en el centro de cada flor. Esas hermosas caras miraban a la atónita comitiva con sonrisas burlonas, y luego estallaron en un coro de alegres carcajadas ante el desconcierto que causaba su aparición.

—¡Para, para! —gritó Tip, sujetando el brazo del Leñador—. ¡Están vivas! ¡Son muchachas!

En ese momento las flores volvieron a ponerse a girar, y las caras se desvanecieron y se perdieron en las rápidas vueltas.

El Leñador de Hojalata dejó caer el hacha y se sentó en el suelo.

—Sería una crueldad cortar esas hermosas criaturas —dijo con abatimiento—, y sin embargo no sé cómo vamos a continuar el camino.

—Se me antojan extrañamente parecidas a las caras del Ejército de la Revuelta —reflexionó el Espantapájaros—. Pero no alcanzo a concebir cómo las muchachas habrán podido seguirnos hasta aquí tan rápidamente.

—Creo que es magia —dijo Tip con convicción—, y que alguien nos está jugando una broma. He visto a la vieja Mombi hacer cosas así antes. Probablemente no es más que una ilusión, y en realidad no hay ningún girasol aquí.

—Entonces cerremos los ojos y caminemos hacia delante —sugirió el Leñador.

—Con el permiso —respondió el Espantapájaros—. Mis ojos no están pintados para cerrarse. Porque tú tengas párpados de hojalata no debes imaginar que todos estamos contruidos igual.

—Y los ojos del Caballete son ojos-nudo —dijo Jack, inclinándose hacia delante para examinarlos.

—No obstante, debes cabalgar rápidamente hacia delante —ordenó Tip—, y nosotros te seguiremos e intentaremos escapar así. Mis ojos ya están tan deslumbrados que apenas puedo ver.

Así que el Cabezadecalabaza cabalgó valientemente hacia delante, Tip se agarró al muñón de cola del Caballete y siguió con los ojos cerrados. El Espantapájaros y el Leñador de Hojalata cerraban la marcha, y antes de que hubieran recorrido varios metros un grito de alegría de Jack anunció que el camino estaba despejado ante ellos.

Entonces todos se detuvieron para mirar atrás, pero no quedaba ni rastro del campo de girasoles.

Con más ánimo prosiguieron su camino; pero la vieja Mombi había cambiado tanto el aspecto del paisaje que sin duda se habrían perdido de no haber llegado el Espantapájaros a la sabia conclusión de orientarse por el sol. Pues ninguna brujería podría alterar el curso del sol, y era por ello una guía segura.

Sin embargo, aún les aguardaban otras dificultades. El Caballete metió una pata en una madriguera de conejo y cayó al suelo. El

Cabezadecalabaza salió disparado por los aires, y su historia habría terminado probablemente en ese preciso momento de no haber recogido el Leñador de Hojalata la calabaza con habilidad al descender, salvándola de un golpe.

Tip se la ajustó de nuevo al cuello enseguida y puso a Jack de pie. Pero el Caballete no salió tan bien parado. Pues cuando se le sacó la pata de la madriguera se comprobó que estaba rota en limpio, y había que reemplazarla o repararla antes de que pudiera dar un solo paso más.

—Esto es bastante grave —dijo el Leñador de Hojalata—. Si hubiera árboles cerca podría fabricarle pronto una nueva pata a este animal; pero no veo ni un arbusto en varios kilómetros a la redonda.

—Y no hay cercas ni casas en esta parte del País de Oz —añadió el Espantapájaros con desánimo.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó el muchacho.

—Supongo que debo poner a trabajar mis sesos —respondió Su Majestad el Espantapájaros—, pues la experiencia me ha enseñado que puedo hacer cualquier cosa si me tomo el tiempo de pensarlo bien.

—Pensemos todos —dijo Tip—, y quizás encontremos la manera de reparar al Caballete.

Así que se sentaron en fila sobre la hierba y se pusieron a pensar, mientras el Caballete se entretenía mirando su pata rota con curiosidad.

—¿Te duele? —preguntó el Leñador de Hojalata con voz suave y compasiva.

—En absoluto —respondió el Caballete—; pero mi orgullo ha quedado herido al comprobar que mi anatomía es tan frágil.

Durante un rato el pequeño grupo permaneció en silencioso cavilar. Al cabo el Leñador de Hojalata levantó la cabeza y miró por los campos.

—¿Qué clase de criatura es esa que se acerca? —preguntó con asombro.

Los demás siguieron su mirada, y descubrieron aproximándose el objeto más extraordinario que jamás habían visto. Avanzaba rápidamente y sin hacer ruido sobre la hierba blanda, y al cabo de unos minutos se plantó ante los aventureros y los contempló con un asombro igual al suyo.

El Espantapájaros mantenía la calma en todas las circunstancias.

—¡Buenos días! —dijo cortésmente.

El desconocido se quitó el sombrero con floreo, hizo una reverencia muy profunda y respondió a continuación:

—Buenos días a todos ustedes. Espero que estén, en conjunto, gozando de excelente salud. Permítanme presentarles mi tarjeta.

Con este cortés discurso extendió una tarjeta hacia el Espantapájaros, quien la aceptó, le dio vueltas y más vueltas, y se la pasó meneando la cabeza a Tip.

El muchacho leyó en voz alta:

«SR. H. M. BICHO-REVUELTO, T. E.»

—¡Dios mío! —exclamó el Cabezadecalabaza, mirando con cierta fijeza.

—¡Qué peculiar! —dijo el Leñador de Hojalata.

Los ojos de Tip eran redondos y llenos de asombro, y el Caballete soltó un suspiro y apartó la cabeza.

—¿Es usted realmente un Bicho-Revuelto? —preguntó el Espantapájaros.

—¡Sin la menor duda, estimado señor! —respondió el desconocido con viveza—. ¿No figura mi nombre en la tarjeta?

—Sí —dijo el Espantapájaros—. Pero ¿podría preguntarle qué significa «H. M.»?

—«H. M.» significa Altamente Magnificado —respondió el Bicho-Revuelto con orgullo.

—Ya veo. —El Espantapájaros examinó al desconocido con ojo crítico—. ¿Y es usted realmente altamente magnificado?

—Señor —dijo el Bicho-Revuelto—, le tengo por un caballero de juicio y discernimiento. ¿No le parece evidente que soy varios miles de veces más grande que cualquier Bicho-Revuelto que usted haya visto antes? Es por lo tanto manifiestamente obvio que estoy Altamente Magnificado, y no hay ningún buen motivo para que usted ponga en duda el hecho.

—Disculpe —respondió el Espantapájaros—. Mis sesos están algo revueltos desde la última vez que me lavaron. ¿Sería impertinente preguntarle también qué significa «T. E.» al final de su nombre?

—Esas letras expresan mi título —respondió el Bicho-Revuelto con una sonrisa condescendiente—. Para ser más explícito, las iniciales significan que estoy Thoroughly Educated, es decir, Cabalmente Instruido.

—¡Ah! —dijo el Espantapájaros, muy aliviado.

Tip no había apartado la vista de ese maravilloso personaje. Lo que veía era un gran cuerpo redondo y parecido al de un insecto, sostenido sobre dos delgadas patas que terminaban en delicados pies con los dedos rizados hacia arriba. El cuerpo del Bicho-Revuelto era bastante plano y, a juzgar por lo que podía verse, de un color marrón oscuro y brillante por la espalda, mientras que por delante lucía franjas alternas de marrón claro y blanco que se difuminaban en los bordes. Sus brazos eran tan delgados como las piernas, y sobre un cuello bastante largo se asentaba su cabeza, no muy diferente de la cabeza de un hombre, salvo que la nariz terminaba en una antena rizada o «palpo», y las orejas llevaban en sus extremos superiores antenas que decoraban los lados de la cabeza como dos pequeñas coletas rizadas en miniatura. Hay que reconocer que los ojos redondos y negros tenían un aspecto algo saltón; pero

la expresión del rostro del Bicho-Revuelto no era en modo alguno desagradable.

En cuanto a su atuendo, el insecto vestía una levita de faldones azul oscuro con forro de seda amarilla y una flor en el ojal; un chaleco de dril blanco que se tensaba apretadamente sobre el ancho cuerpo; calzones cortos de felpa color gacela, abrochados en las rodillas con hebillas doradas; y, posado sobre su pequeña cabeza, un alto sombrero de copa colocado con garbo.

De pie ante nuestros asombrados amigos, el Bicho-Revuelto parecía ser tan alto como el Leñador de Hojalata; y sin duda ningún insecto en todo el País de Oz había alcanzado antes tan enorme tamaño.

—Confieso —dijo el Espantapájaros— que su aparición repentina me ha causado sorpresa, y que sin duda ha sobresaltado a mis compañeros. Espero, sin embargo, que esta circunstancia no le contrarie. Con el tiempo nos acostumbraremos a usted, probablemente.

—¡No se disculpe, se lo ruego! —respondió el Bicho-Revuelto con vehemencia—. Me produce gran placer sorprender a la gente; pues ciertamente no puedo ser clasificado entre los insectos ordinarios y tengo derecho a despertar tanto curiosidad como admiración en quienes me encuentran.

—Así es, en efecto —convino Su Majestad.

—Si me permite tomar asiento en su augusta compañía —continuó el desconocido—, tendré el gusto de relatarles mi historia, para que puedan comprender mejor mi aspecto poco corriente —¿podría yo decir notable?

—Puede usted decir lo que guste —respondió el Leñador de Hojalata brevemente.

Así que el Bicho-Revuelto se sentó en la hierba frente al pequeño grupo de viajeros y les contó la siguiente historia:

XIII. HISTORIA DE UNA MAGNIFICACIÓN

—Es de honradez reconocer al principio de mi relato que nací como un Bicho-Revuelto ordinario —comenzó la criatura en tono franco y cordial—. Sin saber nada mejor, usaba tanto los brazos como las piernas para caminar, y me arrastraba bajo los bordes de las piedras o me escondía entre las raíces de las hierbas sin más pensamiento que encontrar algunos insectos más pequeños que yo de los que alimentarme.

»Las noches frías me dejaban rígido e inmóvil, pues no llevaba ropa, pero cada mañana los cálidos rayos del sol me daban nueva vida y me devolvían la actividad. Una existencia horrible esta, pero hay que recordar que es la existencia reglada y ordenada de los Bichos-Revueltos, así como de muchas otras diminutas criaturas que habitan la tierra.

»¡Pero el Destino me había señalado a mí, aunque humilde, para un fin más grandioso! Un día me arrastré cerca de una escuela rural, y mi curiosidad, excitada por el monótono zumbido de los alumnos que había dentro, me impulsó a atreverme a entrar y deslizarme por una grieta entre dos tablones hasta llegar al extremo más alejado, donde, frente a un hogar de ascuas encendidas, estaba sentado el maestro en su mesa.

»Nadie se fijaba en una criatura tan pequeña como un Bicho-Revuelto, y cuando comprobé que el hogar era aún más cálido y cómodo que el sol, resolví establecer allí mi futura morada. Así que

encontré un encantador nido entre dos ladrillos y me oculté en él durante muchos, muchos meses.

»El Profesor Nuncasupe es, sin duda, el erudito más famoso del País de Oz, y al cabo de unos días empecé a escuchar las lecciones y disertaciones que daba a sus alumnos. Ninguno de ellos era más atento que el humilde e inadvertido Bicho-Revuelto, y adquirí de este modo un caudal de conocimientos que yo mismo reconozco que es sencillamente asombroso. Por eso pongo «C. I.», Cabalmente Instruido, en mis tarjetas; pues mi mayor orgullo reside en el hecho de que el mundo no puede producir otro Bicho-Revuelto con una décima parte de mi propia cultura y erudición.

—No le reprocho a usted —dijo el Espantapájaros—. La instrucción es algo de lo que enorgullecerse. Yo mismo soy un hombre instruido. La colección de sesos que me dio el Gran Mago es considerada por mis amigos como incomparable.

—No obstante —interrumpió el Leñador de Hojalata—, un buen corazón es, en mi opinión, mucho más deseable que la instrucción o los sesos.

—Para mí —dijo el Caballete— una buena pata vale más que las dos cosas juntas.

—¿Podrían las semillas considerarse como sesos? —preguntó el Cabezadecalabaza de repente.

—¡Cállate! —ordenó Tip con severidad.

—Bien, querido padre —respondió el obediente Jack.

El Bicho-Revuelto escuchó estas observaciones con paciencia —e incluso con respeto— y luego reanudó su historia.

—Debo de haber vivido tres años enteros en ese recogido hogar de la escuela —dijo—, bebiendo con sed de la inagotable fuente de límpido conocimiento que tenía ante mí.

—Bastante poético —comentó el Espantapájaros, asintiendo con aprobación.

—Pero un día —continuó el Bicho— ocurrió una circunstancia maravillosa que alteró mi propia existencia y me trajo a la cumbre de grandeza en que me encuentro ahora. El Profesor me descubrió mientras me arrastraba por el hogar, y antes de que pudiera escapar me había atrapado entre el pulgar y el índice.

»—Mis queridos niños —dijo—, he capturado un Bicho-Revuelto, un espécimen muy raro e interesante. ¿Sabe alguno de vosotros lo que es un Bicho-Revuelto?

»—¡No! —gritaron los alumnos a coro.

»—Entonces —dijo el Profesor— sacaré mi famosa lupa y proyectaré el insecto en una pantalla en un estado altamente magnificado, para que todos podáis estudiar cuidadosamente su peculiar constitución y conocer sus hábitos y su modo de vida.

»Sacó entonces de un armario un instrumento curiosísimo, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que había ocurrido me encontré proyectado en una pantalla en un estado altamente magnificado, tal como ustedes me ven ahora.

»Los alumnos se pusieron de pie sobre sus taburetes y estiraron el cuello hacia delante para verme mejor, y dos niñas se subieron al alféizar de una ventana abierta desde donde podían verme con más claridad.

»—¡Contemplad! —gritó el Profesor en voz alta—. ¡Este Bicho-Revuelto altamente magnificado: uno de los insectos más curiosos que existen!

»Siendo Cabalmente Instruido, y sabiendo lo que se requiere de un caballero cultivado, en ese momento me puse en pie y, posando la mano en el pecho, hice una reverencia muy cortés. Mi acción, al ser inesperada, debió de sobresaltarlos, pues una de las niñas encaramadas en el alféizar dio un grito y cayó hacia atrás por la ventana, arrastrando consigo a su compañera al desaparecer.

»El Profesor lanzó un grito de horror y salió corriendo por la puerta para ver si las pobres niñas se habían hecho daño en la

caída. Los alumnos lo siguieron en una turba desconcertada, y me quedé solo en el aula, en un estado Altamente Magnificado y libre de hacer lo que quisiera.

»Al instante se me ocurrió que era una buena oportunidad para escapar. Estaba orgulloso de mi gran tamaño, y comprendí que ahora podía viajar con seguridad por cualquier parte del mundo, mientras que mi superior cultura me convertiría en un digno acompañante para la persona más erudita que pudiera tener la suerte de encontrar.

»Así que, mientras el Profesor recogía del suelo a las niñas —más asustadas que heridas— y los alumnos se agrupaban estrechamente a su alrededor, salí tranquilamente de la escuela, doblé una esquina y escapé sin ser visto hasta una arboleda cercana.

—¡Asombroso! —exclamó el Cabezadecalabaza con admiración.

—En verdad que lo fue —convino el Bicho-Revuelto—. Nunca he dejado de felicitarme por haber escapado cuando estaba Altamente Magnificado; pues incluso mi vastísimo saber habría resultado de poca utilidad si hubiera seguido siendo un insecto diminuto e insignificante.

—Yo no sabía —dijo Tip, mirando al Bicho-Revuelto con expresión perpleja— que los insectos llevaran ropa.

—Ni los llevan, en su estado natural —respondió el desconocido—. Pero en el curso de mis andanzas tuve la buena fortuna de salvar la novena vida de un sastre —los sastres, como los gatos, tienen nueve vidas, como usted probablemente sabe—. El hombre se mostró sumamente agradecido, pues de haber perdido esa novena vida habría sido su fin; así que me rogó que le permitiera proporcionarme el elegante traje que ahora luzco. Me sienta muy bien, ¿verdad? —y el Bicho-Revuelto se puso de pie y giró lentamente sobre sí mismo para que todos pudieran contemplar su persona.

—Debía de ser un buen sastre —dijo el Espantapájaros, con cierta envidia.

—Era, en todo caso, un sastre de buen corazón —observó Nick Chopper.

—Pero ¿adónde iba usted cuando nos encontró? —le preguntó Tip al Bicho-Revuelto.

—A ningún sitio en particular —fue la respuesta—, aunque tengo la intención de visitar pronto la Ciudad Esmeralda y organizar un ciclo de conferencias para públicos selectos sobre «Las Ventajas de la Magnificación».

—Nosotros vamos a la Ciudad Esmeralda ahora mismo —dijo el Leñador de Hojalata—; así que, si le place, está usted invitado a viajar en nuestra compañía.

El Bicho-Revuelto hizo una reverencia de profunda elegancia.

—Será un gran placer para mí —dijo— aceptar su amable invitación; pues en ningún lugar del País de Oz podría esperar encontrar una compañía tan afín.

—Es cierto —reconoció el Cabezadecalabaza—. Somos tan afines como las moscas y la miel.

—Pero —perdonen si parezco curioso— ¿no son todos ustedes más bien... ejem... poco corrientes? —preguntó el Bicho-Revuelto, mirando de uno a otro con un interés sin disimulo.

—No más que usted mismo —respondió el Espantapájaros—. Todo en la vida es insólito hasta que uno se acostumbra a ello.

—¡Qué rara filosofía! —exclamó el Bicho-Revuelto con admiración.

—Sí; hoy mis sesos están funcionando bien —admitió el Espantapájaros con un acento de orgullo en la voz.

—Pues entonces, si están ustedes suficientemente descansados y repuestos, dirijamos nuestros pasos hacia la Ciudad Esmeralda —sugirió el magnificado.

—No podemos —dijo Tip—. El Caballete tiene una pata rota, así que no puede dirigir sus pasos. Y no hay madera cerca para hacerle una pata nueva. Y no podemos dejar al caballo atrás porque el

Cabezadecalabaza tiene las articulaciones tan rígidas que tiene que ir montado.

—¡Qué desafortunado! —exclamó el Bicho-Revuelto. Luego miró al grupo con detenimiento y dijo—: Si el Cabezadecalabaza ha de ir montado, ¿por qué no usar una de sus piernas para hacerle una pata al caballo que lo lleva? Deduzco que ambos están hechos de madera.

—Eso sí que es lo que yo llamo verdadero ingenio —dijo el Espantapájaros con aprobación—. ¡Cómo es que mis sesos no pensaron en eso hace tiempo! Manos a la obra, querido Nick, y adapta la pierna del Cabezadecalabaza al Caballete.

Jack no estaba especialmente complacido con esta idea; pero se sometió a que el Leñador de Hojalata le amputara la pierna izquierda y la rebajara para ajustarla a la pata izquierda del Caballete. Tampoco al Caballete le gustó especialmente la operación; pues refunfuñó bastante quejándose de que lo «carnicereaban», como él lo llamaba, y después declaró que la nueva pata era un deshonor para un respetable Caballete.

—Le ruego que cuide más sus palabras —dijo el Cabezadecalabaza con acritud—. Recuerde, si tiene a bien, que es mi pierna la que está insultando.

—No puedo olvidarlo —replicó el Caballete—, pues es tan endeble como el resto de su persona.

—¿Endeble? ¿Yo endeble? —gritó Jack con rabia—. ¿Cómo se atreve a llamarme endeble?

—Porque está usted construido tan absurdamente como un muñeco de resorte —se mofó el caballo, haciendo girar sus ojos nudosos de manera maliciosa—. Hasta su cabeza no se sostiene derecha, ¡y nunca se sabe si está usted mirando hacia delante o hacia atrás!

—¡Amigos, les suplico que no riñan! —rogó el Leñador de Hojalata con ansiedad—. A decir verdad, ninguno de nosotros está por

encima de la crítica; así que soportemos con paciencia los defectos los unos de los otros.

—Una sugerencia excelente —dijo el Bicho-Revuelto con aprobación—. Usted debe tener un excelente corazón, amigo metálico.

—Lo tengo —respondió Nick complacido—. Mi corazón es sin duda la mejor parte de mí. Pero pongámonos en marcha.

Montaron al Cabezadecalabaza de una sola pierna sobre el Caballete y lo ataron a su asiento con cuerdas para que no pudiera caerse en modo alguno.

Y luego, siguiendo la delantera del Espantapájaros, todos avanzaron en dirección a la Ciudad Esmeralda.

XIV. LA VIEJA MOMPI PRACTICA BRUJERÍA

Pronto descubrieron que el Caballete cojeaba, pues la nueva pata era un poco demasiado larga. Así que tuvieron que detenerse mientras el Leñador de Hojalata la recortaba con el hacha, tras lo cual el corcel de madera avanzó con más comodidad. Pero el Caballete no estaba del todo satisfecho aun así.

—¡Fue una lástima que me rompiera la otra pata! —refunfuñó.

—Al contrario —observó con ligereza el Bicho-Revuelto, que caminaba al lado—, debería usted considerar el accidente muy afortunado. Pues un caballo no vale gran cosa hasta que no lo han domado.

—Con su permiso —dijo Tip, algo contrariado, pues sentía un cálido interés tanto por el Caballete como por su Jack—, permítame decirle que su chiste es malo, y tan viejo como malo.

—Aun así, es un chiste —declaró el Bicho-Revuelto con firmeza—, y un chiste basado en un juego de palabras es considerado entre las personas cultas como sumamente apropiado.

—¿Qué significa eso? —preguntó el Cabezadecalabaza sin entender nada.

—Significa, querido amigo —explicó el Bicho-Revuelto—, que nuestra lengua contiene muchas palabras con doble significado; y que pronunciar un chiste que permite los dos significados de una palabra determinada demuestra que quien lo hace es una persona

de cultura y refinamiento que, además, domina el idioma a la perfección.

—No lo creo —dijo Tip sin rodeos—. Cualquiera puede hacer un juego de palabras.

—No es así —replicó el Bicho-Revuelto con rigidez—. Se requiere una instrucción de alto nivel. ¿Está usted instruido, joven?

—No especialmente —reconoció Tip.

—Entonces no puede usted juzgar el asunto. Yo mismo estoy Cabalmente Instruido, y digo que los juegos de palabras revelan genio. Por ejemplo, si yo montara en este Caballete, no solo sería un animal, sino que se convertiría en un vehículo. Pues entonces sería un caballo-con-bicho.

Ante esto el Espantapájaros soltó una exclamación y el Leñador de Hojalata se detuvo en seco y miró al Bicho-Revuelto con cara de reproche. Al mismo tiempo el Caballete resopló ruidosamente con desdén; e incluso el Cabezadecalabaza se llevó la mano a la cara para ocultar la sonrisa que, por estar tallada en ella, no podía transformar en ceño fruncido.

Pero el Bicho-Revuelto caminaba con la cabeza alta como si hubiera dicho algo brillante, y el Espantapájaros se vio obligado a decir:

—He oído, querido amigo, que una persona puede llegar a estar demasiado instruida; y aunque tengo un gran respeto por los sesos, cualquiera que sea su disposición o clasificación, empiezo a sospechar que los suyos están algo revueltos. En todo caso, le ruego que refrene su superior instrucción mientras esté en nuestra compañía.

—No somos muy exigentes —añadió el Leñador de Hojalata—, y somos extraordinariamente bondadosos. Pero si su superior cultura vuelve a desbordarse... —No terminó la frase, pero hizo girar su reluciente hacha con tal descuido que el Bicho-Revuelto pareció asustarse y se alejó a una distancia prudente.

Los demás siguieron marchando en silencio, y el Altamente Magnificado, tras un período de profunda reflexión, dijo con voz humilde:

—Procuraré contenerme.

—Es todo lo que podemos pedir —respondió el Espantapájaros agradablemente; y como así quedó felizmente restaurada la buena armonía del grupo, siguieron su camino.

Cuando volvieron a detenerse para que Tip descansara —pues el muchacho era el único que parecía cansarse—, el Leñador de Hojalata observó numerosos agujeros pequeños y redondos en el prado herboso.

—Este debe de ser un pueblo de los Ratones del Campo —le dijo al Espantapájaros—. Me pregunto si mi vieja amiga, la Reina de los Ratones, andará por estos parajes.

—Si es así, puede sernos de gran ayuda —respondió el Espantapájaros, al que se le había ocurrido un pensamiento repentino—. Intenta llamarla, querido Nick.

Así que el Leñador de Hojalata hizo sonar una nota aguda en un silbato de plata que llevaba colgado al cuello, y al momento un diminuto ratón gris asomó de un agujero cercano y se acercó a ellos sin miedo. Pues el Leñador de Hojalata le había salvado la vida en otra ocasión, y la Reina de los Ratones del Campo sabía que era de fiar.

—Buenos días, Vuestra Majestad —dijo Nick, saludando cortésmente al ratón—. Espero que goce de buena salud.

—Gracias, estoy perfectamente bien —respondió la Reina con recato, mientras se ponía de pie y mostraba la diminuta corona de oro que llevaba en la cabeza—. ¿Puedo hacer algo para ayudar a mis viejos amigos?

—Sí que puede —respondió el Espantapájaros con eagerness—. Le suplico que me permita llevarme a doce de sus súbditos a la Ciudad Esmeralda.

—¿Sufrirán algún daño? —preguntó la Reina con recelo.

—Creo que no —respondió el Espantapájaros—. Los llevaré escondidos en la paja con que estoy relleno, y cuando les dé la señal desabrochándome la chaqueta, no tendrán más que salir corriendo y volver a casa lo más rápido que puedan. Haciéndolo me ayudarán a recuperar mi trono, que el Ejército de la Revuelta me ha arrebatado.

—En ese caso —dijo la Reina—, no me negaré a su petición. Cuando esté listo, llamaré a doce de mis súbditos más inteligentes.

—Estoy listo ahora —respondió el Espantapájaros. Luego se tumbó en el suelo y se desabrochó la chaqueta, dejando a la vista la masa de paja con que estaba relleno.

La Reina dio una pequeña llamada aguda, e instantáneamente doce bonitos ratones del campo emergieron de sus madrigueras y se colocaron ante su soberana aguardando sus órdenes.

Lo que la Reina les dijo ninguno de nuestros viajeros pudo entenderlo, pues estaba en lengua de ratón; pero los ratones del campo obedecieron sin vacilar, corriendo uno tras otro hasta el Espantapájaros y ocultándose en la paja de su pecho.

Cuando los doce ratones se hubieron escondido así, el Espantapájaros se abrochó la chaqueta con cuidado, se levantó y dio las gracias a la Reina por su amabilidad.

—Una cosa más podría usted hacer para servirnos —sugirió el Leñador de Hojalata—: adelantarse corriendo y mostrarnos el camino a la Ciudad Esmeralda. Pues es evidente que algún enemigo está intentando impedirnos llegar.

—Lo haré con mucho gusto —respondió la Reina—. ¿Están listos?

El Leñador de Hojalata miró a Tip.

—Ya he descansado —dijo el muchacho—. Vamos.

Reanudaron entonces la marcha, con la pequeña Reina gris de los Ratones del Campo corriendo velozmente por delante y

deteniéndose hasta que los viajeros se acercaban, para luego salir disparada de nuevo.

Sin esta guía infalible el Espantapájaros y sus camaradas habrían podido no llegar nunca a la Ciudad Esmeralda; pues muchos fueron los obstáculos que la vieja Mombi puso en su camino con sus artes. Y sin embargo ninguno de esos obstáculos existía realmente: todos eran ilusiones hábilmente construidas. Pues cuando llegaron a la orilla de un río desbordado que amenazaba con cortarles el paso, la pequeña Reina siguió avanzando sin vacilar, cruzando la aparente riada sin mojarse; y nuestros viajeros la siguieron sin encontrar una sola gota de agua.

De nuevo, una alta muralla de granito se alzó sobre sus cabezas oponiéndose a su avance. Pero el ratón gris del Campo pasó a través de ella sin más, y los demás hicieron lo mismo, mientras la muralla se deshacía en niebla al cruzarla.

Después, cuando se habían detenido un momento para que Tip descansara, vieron ante ellos cuarenta caminos que partían en cuarenta direcciones distintas; y pronto esos cuarenta caminos empezaron a girar como una rueda enorme, primero en un sentido y luego en el otro, desorientando por completo su visión.

Pero la Reina les llamó para que la siguieran y salió disparada en línea recta; y cuando habían andado unos pasos los caminos giratorios desaparecieron y no se vieron más.

El último truco de Mombi fue el más terrible de todos. Lanzó una lámina de llamas crepitantes que fue barriendo el prado para devorarlos; y por primera vez el Espantapájaros sintió miedo y se volvió para huir.

—¡Si ese fuego me alcanza, en un instante no quedo nada de mí!
—dijo temblando hasta hacer crujir su paja—. Es lo más peligroso que he encontrado en mi vida.

—¡Yo también me voy! —exclamó el Caballete, dando media vuelta y encabritándose con agitación—. ¡Mi madera está tan seca que ardería como yesca!

—¿El fuego es peligroso para las calabazas? —preguntó Jack con miedo.

—¡Te asarás como un pastelillo, y yo también! —respondió el Bicho-Revuelto, poniéndose a cuatro patas para correr más rápido.

Pero el Leñador de Hojalata, que no tenía ningún miedo al fuego, evitó la estampida con unas palabras sensatas.

—¡Miren al ratón del campo! —gritó—. El fuego no le hace el menor daño. En realidad, no es fuego sino una ilusión.

En efecto, ver a la pequeña Reina avanzar con calma entre las llamas que se acercaban devolvió el valor a todos los miembros del grupo, y la siguieron sin sufrir ni el menor chamusquino.

—Esta es sin duda una aventura de lo más extraordinaria —dijo el Bicho-Revuelto, que estaba muy asombrado—, pues contradice todas las Leyes Naturales que oí enseñar al Profesor Nuncasupe en la escuela.

—Claro que sí —dijo el Espantapájaros con sabiduría—. Toda magia es antinatural, y por ese motivo hay que temerla y evitarla. Pero veo ante nosotros las puertas de la Ciudad Esmeralda, de modo que creo que hemos superado ya todos los obstáculos mágicos que parecían oponerse a nosotros.

En efecto, las murallas de la Ciudad eran claramente visibles, y la Reina de los Ratones del Campo, que los había guiado con tanta fidelidad, se acercó para despedirse.

—Le estamos muy agradecidos a Vuestra Majestad por su amable ayuda —dijo el Leñador de Hojalata, haciendo una reverencia ante la bonita criatura.

—Siempre me complace ser útil a mis amigos —respondió la Reina, y en un abrir y cerrar de ojos había salido disparada de regreso a su casa.

XV. LOS PRISIONEROS DE LA REINA

Al acercarse a la entrada de la Ciudad Esmeralda, los viajeros encontraron la guardia a cargo de dos muchachas del Ejército de la Revuelta, que se opusieron a su entrada sacando las agujas de hacer punto del moño y amenazando con pinchar al primero que se acercara.

Pero el Leñador de Hojalata no tenía miedo.

—En el peor de los casos solo podrán arañar mi hermoso chapado en níquel —dijo—. Pero no habrá «peor caso», pues creo que puedo asustar a estas absurdas soldadas muy fácilmente. ¡Seguidme todos de cerca!

Luego, haciendo girar el hacha en un gran arco a derecha e izquierda ante él, avanzó hacia la puerta, y los demás lo siguieron sin vacilar.

Las muchachas, que no esperaban resistencia alguna, quedaron aterradas por el barrido del hacha reluciente y huyeron chillando hacia el interior de la ciudad; de modo que nuestros viajeros cruzaron la puerta sin contratiempos y marcharon por el pavimento de mármol verde de la amplia calle hacia el palacio real.

—A este paso pronto tendremos de nuevo a Vuestra Majestad en el trono —dijo el Leñador de Hojalata, riendo de su fácil victoria sobre las guardias.

—Gracias, amigo Nick —respondió el Espantapájaros con gratitud—. Nada puede resistir tu buen corazón y tu hacha afilada.

Al pasar por las hileras de casas vieron a través de las puertas abiertas que los hombres barrían, limpiaban el polvo y fregaban los platos, mientras las mujeres estaban sentadas en grupos charlando y riendo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el Espantapájaros a un hombre de aspecto triste, con una barba espesa, que llevaba delantal y empujaba un cochecito de niño por la acera.

—Pues que hemos tenido una revolución, Vuestra Majestad, como bien debería saber —respondió el hombre—; y desde que se marchó, las mujeres llevan las cosas a su manera. Me alegra que haya decidido volver y restablecer el orden, pues hacer las tareas de la casa y cuidar a los niños está agotando las fuerzas de todos los hombres de la Ciudad Esmeralda.

—Hm —dijo el Espantapájaros pensativo—. Si es un trabajo tan duro como dice, ¿cómo se las arreglaban las mujeres para hacerlo con tanta facilidad?

—La verdad es que no lo sé —respondió el hombre con un profundo suspiro—. Quizás las mujeres son de hierro colado.

A su paso por la calle no hubo ningún movimiento para oponerse a su avance. Varias de las mujeres interrumpieron su charla el tiempo suficiente para lanzar miradas curiosas a nuestros amigos, pero enseguida se volvían con una carcajada o un gesto de desdén y reanudaban su cháchara. Y cuando se cruzaron con varias muchachas del Ejército de la Revuelta, esas soldadas, en lugar de alarmarse o parecer sorprendidas, simplemente se apartaron del camino y las dejaron avanzar sin protesta.

Esta actitud inquietó al Espantapájaros.

—Me temo que estamos entrando en una trampa —dijo.

—¡Tonterías! —respondió Nick Chopper con confianza—. ¡Las pobres criaturas ya están conquistadas!

Pero el Espantapájaros sacudió la cabeza de un modo que expresaba duda, y Tip dijo:

—Es demasiado fácil, del todo. Cuidado con los problemas que puedan estar por delante.

—Lo tendré —respondió Su Majestad.

Sin que nadie se lo impidiera llegaron al palacio real y subieron los escalones de mármol, que en otro tiempo habían estado thickly incrustados de esmeraldas pero que ahora presentaban diminutos agujeros donde las joyas habían sido arrancadas sin piedad de sus engastes por el Ejército de la Revuelta. Y hasta ese momento ninguna rebelde les había cerrado el paso.

Por los arcos de los pasillos y hasta la magnífica sala del trono marcharon el Leñador de Hojalata y sus seguidores, y aquí, cuando las cortinas de seda verde cayeron tras ellos, contemplaron un espectáculo curioso.

Sentada en el trono reluciente estaba la General Jinjur, con la segunda corona de repuesto del Espantapájaros en la cabeza y el cetro real en la mano derecha. Una caja de caramelos, de la que estaba comiendo, reposaba en su regazo, y la muchacha parecía estar del todo a sus anchas en aquel entorno real.

El Espantapájaros se adelantó y se plantó ante ella, mientras el Leñador de Hojalata se apoyaba en el hacha y los demás formaban un semicírculo a espaldas de Su Majestad.

—¿Cómo te atreves a sentarte en mi trono? —preguntó el Espantapájaros, mirando con severidad a la intrusa—. ¿No sabes que eres culpable de traición, y que hay una ley contra la traición?

—El trono pertenece a quien es capaz de tomarlo —respondió Jinjur mientras se comía otro caramelo despacio—. Yo lo he tomado, como puedes ver; así que ahora mismo yo soy la Reina, y todos los que se me opongan son culpables de traición y deben ser castigados por la ley que acabas de mencionar.

Este punto de vista desconcertó al Espantapájaros.

—¿Qué te parece, amigo Nick? —preguntó, volviéndose hacia el Leñador de Hojalata.

—Pues en lo que respecta a la Ley, no tengo nada que decir —respondió ese personaje—, pues las leyes nunca fueron hechas para ser entendidas, y es una tontería intentarlo.

—¿Entonces qué haremos? —preguntó el Espantapájaros consternado.

—¿Por qué no te casas con la Reina? Así los dos podéis gobernar —sugirió el Bicho-Revuelto.

Jinjur miró al insecto con ferocidad.

—¿Por qué no la mandáis de vuelta con su madre, que es donde debe estar? —preguntó Jack Cabezadecalabaza.

Jinjur frunció el ceño.

—¿Por qué no la encerráis en un armario hasta que se comporte y prometa ser buena? —preguntó Tip.

Los labios de Jinjur se curvaron con desdén.

—¡O dale un buen zarandeo! —añadió el Caballete.

—No —dijo el Leñador de Hojalata—. Debemos tratar a la pobrecilla con delicadeza. Démosle todas las joyas que pueda llevarse y mandémosla contenta y satisfecha.

Ante esto la Reina Jinjur se echó a reír, y al momento siguiente juntó sus bonitas manos tres veces, como dando una señal.

—Son ustedes unas criaturas muy absurdas —dijo—; pero estoy cansada de sus tonterías y no tengo tiempo de seguir perdiéndolo con ustedes.

Mientras el monarca y sus amigos escuchaban atónitos ese insolente discurso, algo sorprendente ocurrió. El hacha del Leñador de Hojalata fue arrancada de su mano por alguien que estaba detrás, y se encontró desarmado e indefenso. En ese mismo instante una carcajada resonó en los oídos del fiel grupo, y al volverse para ver de dónde venía se encontraron rodeados por el Ejército de la Revuelta, con las muchachas llevando en cada mano sus relucientes agujas de hacer punto. La sala del trono parecía estar

completamente llena de rebeldes, y el Espantapájaros y sus camaradas comprendieron que eran prisioneros.

—Ya ven lo tonto que es oponerse al ingenio de una mujer —dijo Jinjur alegremente—; y este acontecimiento prueba solo que estoy más capacitada para gobernar la Ciudad Esmeralda que un espantapájaros. No les guardo ningún rencor, se lo aseguro; pero para que no resulten un estorbo para mí en el futuro ordenaré que los destruyan a todos. Es decir, a todos menos al muchacho, que pertenece a la vieja Mombi y debe ser devuelto a su custodia. Los demás no son humanos, y por lo tanto no será malo destruirlos. El Caballete y el cuerpo del Cabezadecalabaza los haré trocear para leña; y la calabaza la convertirán en pasteles. El Espantapájaros servirá perfectamente para encender una hoguera, y el hombre de hojalata puede cortarse en trocitos y dárselos a las cabras. En cuanto a este enorme Bicho-Revuelto...

—Altamente Magnificado, si no le importa —interrumpió el insecto.

—Creo que le pediré al cocinero que haga sopa de tortuga verde con usted —continuó la Reina pensativa.

El Bicho-Revuelto se estremeció.

—O, si eso no sirve, podríamos usarle para un goulash húngaro, estofado y muy especiado —añadió ella con crueldad.

Ese programa de exterminio era tan terrible que los prisioneros se miraron unos a otros presa del pánico. Solo el Espantapájaros no se rindió a la desesperación. Se quedó de pie tranquilamente ante la Reina con el ceño fruncido en profunda reflexión mientras intentaba hallar algún modo de escapar.

Mientras así se afanaba sintió que la paja dentro de su pecho se movía suavemente. Al instante su expresión cambió de tristeza a alegría, y levantando la mano se desabrochó rápidamente la delantera de la chaqueta.

Esta acción no pasó inadvertida para la multitud de muchachas agolpadas a su alrededor, pero ninguna sospechó lo que estaba

haciendo hasta que un diminuto ratón gris saltó de su pecho al suelo y salió corriendo entre los pies del Ejército de la Revuelta. Otro ratón lo siguió enseguida; luego otro y otro, en rápida sucesión. Y de repente se oyó un grito de terror tan grande procedente del Ejército que habría llenado de consternación al corazón más valiente. La huida que siguió se convirtió en estampida, y la estampida en pánico.

Pues mientras los ratones asustados corrían como locos por la sala, el Espantapájaros solo tuvo tiempo de percibir un remolino de faldas y un centelleo de pies al desaparecer las muchachas del palacio, empujándose y apretujándose en su loca carrera por escapar.

La Reina, ante la primera alarma, se puso de pie sobre los cojines del trono y empezó a bailar frenéticamente de puntillas. Luego un ratón trepó por los cojines, y con un salto aterrorizado la pobre Jinjur saltó por encima de la cabeza del Espantapájaros y escapó por un arco, sin detenerse en su desenfrenada carrera hasta llegar a las puertas de la ciudad.

Así, en menos tiempo del que me llevaría explicarlo, la sala del trono quedó desierta de todos salvo el Espantapájaros y sus amigos, y el Bicho-Revuelto lanzó un profundo suspiro de alivio al exclamar:

—¡Gracias a Dios, estamos salvados!

—Por ahora, sí —respondió el Leñador de Hojalata—. Pero me temo que el enemigo no tardará en volver.

—¡Atranchemos todas las entradas del palacio! —dijo el Espantapájaros—. Así tendremos tiempo de pensar qué es lo más conveniente hacer.

De modo que todos, excepto Jack Cabezadecalabaza, que seguía atado al Caballete, corrieron a las distintas entradas del palacio real y cerraron las pesadas puertas, echando cerrojos y pasando llaves. Luego, sabiendo que el Ejército de la Revuelta no podría derribar esas barreras en varios días, los aventureros se reunieron de nuevo en la sala del trono para un consejo de guerra.

XVI. EL ESPANTAPÁJAROS SE TOMA TIEMPO PARA PENSAR

—Me parece —comenzó el Espantapájaros cuando todos estuvieron de nuevo reunidos en la sala del trono— que la muchacha Jinjur tiene bastante razón al proclamarse Reina. Y si ella tiene razón, entonces yo me equivoco, y no tenemos ningún derecho a ocupar su palacio.

—Pero tú eras el Rey hasta que ella llegó —dijo el Bicho-Revuelto, pavoneándose con las manos en los bolsillos—; de modo que me parece que la intrusa es ella y no tú.

—Sobre todo teniendo en cuenta que acabamos de conquistarla y ponerla en fuga —añadió el Cabezadecalabaza mientras levantaba las manos para volver su cara hacia el Espantapájaros.

—¿La hemos conquistado realmente? —preguntó el Espantapájaros con calma—. Mira por la ventana y dime lo que ves.

Tip corrió a la ventana y miró afuera.

—El palacio está rodeado por una doble fila de soldadas —anunció.

—Ya me lo imaginaba —respondió el Espantapájaros—. Somos sus prisioneros con tanta certeza como antes de que los ratones las asustaran del palacio.

—Mi amigo tiene razón —dijo Nick Chopper, que había estado sacando brillo a su pecho con un trozo de gamuza—. Jinjur sigue

siendo la Reina, y nosotros sus prisioneros.

—Pero espero que no pueda alcanzarnos —exclamó el Cabezadecalabaza con un escalofrío de miedo—. Me amenazó con convertirme en pasteles, ya sabes.

—No te preocupes —dijo el Leñador de Hojalata—. En todo caso no importará mucho. Si te quedas encerrado aquí te estropearás con el tiempo de todas formas. Un buen pastel es mucho más admirable que un intelecto en descomposición.

—Muy cierto —asintió el Espantapájaros.

—¡Ay de mí! —gimió Jack—. ¡Qué suerte tan desgraciada la mía! ¿Por qué, querido padre, no me hiciste de hojalata, o al menos de paja, para que pudiera durar indefinidamente?

—¡Vamos ya! —respondió Tip con indignación—. Deberías estar agradecido de que te hiciera. —Luego añadió reflexivamente—: Todo tiene que acabarse algún día.

—Pero me permito recordarles —intervino el Bicho-Revuelto, que tenía una expresión de angustia en sus saltones ojos redondos— que esa terrible Reina Jinjur sugirió hacer un goulash conmigo. ¡Conmigo! ¡El único Bicho-Revuelto Altamente Magnificado y Cabalmente Instruido en todo el vasto mundo!

—Me parece una idea brillante —observó el Espantapájaros con aprobación.

—¿No crees que saldría mejor una sopa? —preguntó el Leñador de Hojalata, volviéndose hacia su amigo.

—Bueno, quizás —reconoció el Espantapájaros.

El Bicho-Revuelto gimió.

—Puedo ver con el ojo de mi mente —dijo con tristeza— a las cabras comiéndose los trocitos de mi querido camarada el Leñador de Hojalata, mientras cuecen mi sopa en una hoguera hecha con el Caballete y el cuerpo de Jack Cabezadecalabaza, ¡y la Reina Jinjur

me vigila hervir mientras alimenta las llamas con mi amigo el Espantapájaros!

Este mórbido cuadro sumió al grupo entero en la melancolía, dejándolos inquietos y ansiosos.

—Aún tardará un tiempo en suceder —dijo el Leñador de Hojalata, esforzándose por hablar con alegría—; pues seremos capaces de mantener a Jinjur fuera del palacio hasta que consiga echar las puertas abajo.

—Y mientras tanto yo puedo morir de hambre, y el Bicho-Revuelto también —anunció Tip.

—En cuanto a mí —dijo el Bicho-Revuelto—, creo que podría vivir algún tiempo del Cabezadecalabaza. No es que prefiera las calabazas como alimento; pero creo que son bastante nutritivas, y la cabeza de Jack es grande y rolliza.

—¡Qué falta de corazón! —exclamó el Leñador de Hojalata, muy escandalizado—. ¿Somos caníbales, me pregunto? ¿O somos amigos leales?

—Veo muy claramente que no podemos quedarnos encerrados en este palacio —dijo el Espantapájaros con decisión—. Así que pongamos fin a esta triste conversación e intentemos descubrir un modo de escapar.

Ante esta sugerencia todos se agruparon ansiosamente alrededor del trono donde estaba sentado el Espantapájaros, y al sentarse Tip en un taburete se le cayó del bolsillo un bote de pimienta, que rodó por el suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó Nick Chopper, recogiendo el bote.

—¡Con cuidado! —exclamó el muchacho—. Eso es mi Polvo de Vida. No lo derrames, que queda muy poco.

—¿Y qué es el Polvo de Vida? —preguntó el Espantapájaros mientras Tip guardaba el bote cuidadosamente en el bolsillo.

—Es una cosa mágica que la vieja Mombi consiguió de un hechicero torcido —explicó el muchacho—. Con él le dio vida a Jack, y después yo lo usé para darle vida al Caballete. Creo que hará vivir cualquier cosa que se rocíe con él; pero solo queda una dosis más o menos.

—Entonces es muy valioso —dijo el Leñador de Hojalata.

—En efecto —asintió el Espantapájaros—. Puede que sea nuestro mejor medio de escapar de nuestras dificultades. Creo que voy a pensar un poco; así que te agradecería, amigo Tip, que sacaras tu navaja y arrancaras esta pesada corona de mi frente.

Tip cortó pronto los puntos que sujetaban la corona a la cabeza del Espantapájaros, y el que fuera monarca de la Ciudad Esmeralda se la quitó con un suspiro de alivio y la colgó en un gancho junto al trono.

—Este es mi último recuerdo de la realeza —dijo—, y me alegra deshacerme de él. El anterior Rey de esta Ciudad, que se llamaba Pastoria, perdió la corona ante el Maravilloso Mago, quien me la pasó a mí. Ahora la reclama la muchacha Jinjur, y de verdad espero que no le produzca jaqueca.

—Un pensamiento bondadoso que admiro mucho —dijo el Leñador de Hojalata, asintiendo con aprobación.

—Y ahora me voy a entregar a una tranquila reflexión —continuó el Espantapájaros, recostándose en el trono.

Los demás permanecieron tan callados e inmóviles como pudieron para no interrumpirle; pues todos tenían gran confianza en los extraordinarios sesos del Espantapájaros.

Y tras lo que pareció un tiempo muy largo a los ansiosos espectadores, el pensador se incorporó, miró a sus amigos con su expresión más caprichosa y dijo:

—Mis sesos funcionan a la perfección hoy. Estoy muy orgulloso de ellos. ¡Escuchad ahora! Si intentamos escapar por las puertas del palacio, nos capturarán sin duda. Y como no podemos escapar a

través del suelo, solo hay una cosa más que hacer. ¡Debemos escapar por el aire!

Hizo una pausa para observar el efecto de esas palabras; pero todos los presentes parecían perplejos y poco convencidos.

—El Maravilloso Mago escapó en globo —continuó—. Nosotros no sabemos hacer un globo, claro está; pero cualquier artilugio que pueda volar por el aire nos transportará fácilmente. Por eso sugiero que mi amigo el Leñador de Hojalata, que es un mecánico hábil, construya algún tipo de máquina con alas resistentes para llevarnos; y luego nuestro amigo Tip puede darle vida a la Cosa con su polvo mágico.

—¡Bravo! —exclamó Nick Chopper.

—¡Qué sesos tan magníficos! —murmuró Jack.

—¡Realmente muy ingenioso! —dijo el Instruido Bicho-Revuelto.

—Creo que puede hacerse —declaró Tip—; es decir, si el Leñador de Hojalata está a la altura de construir la Cosa.

—Haré lo que pueda —dijo Nick con ánimo—; y a decir verdad, no suelo fallar en lo que me propongo. Pero la Cosa tendrá que construirse en el tejado del palacio para que pueda elevarse cómodamente en el aire.

—Claro —dijo el Espantapájaros.

—Entonces registremos el palacio —continuó el Leñador de Hojalata—, y llevemos al tejado todo el material que encontremos, donde empezaré mi trabajo.

—Antes, sin embargo —dijo el Cabezadecalabaza—, les ruego que me liberen de este caballo y me hagan una nueva pierna con la que caminar. Pues en mi estado actual no le sirvo de nada a nadie ni a mí mismo.

Así que el Leñador de Hojalata destrozó con el hacha una mesa de centro de caoba y ajustó una de las patas, que estaba bellamente

tallada, al cuerpo de Jack Cabezadecalabaza, quien se sintió muy orgulloso de la adquisición.

—Es curioso —dijo mientras miraba trabajar al Leñador de Hojalata— que mi pierna izquierda sea la parte más elegante y sólida de todo mi ser.

—Eso demuestra que eres poco corriente —respondió el Espantapájaros—, y estoy convencido de que las únicas personas dignas de consideración en este mundo son las poco corrientes. Pues las gentes vulgares son como las hojas de un árbol: nacen y mueren sin que nadie se fije en ellas.

—¡Palabras de filósofo! —exclamó el Bicho-Revuelto, mientras ayudaba al Leñador de Hojalata a poner a Jack en pie.

—¿Cómo te encuentras ahora? —preguntó Tip, mirando al Cabezadecalabaza dar sus primeros pasos a trompicones para probar la nueva pierna.

—¡Como nuevo! —respondió Jack con alegría—, y completamente dispuesto a ayudarlos a todos a escapar.

—Pues manos a la obra —dijo el Espantapájaros en tono decidido.

Así que, contentos de tener algo que hacer que pudiera acercarlos al fin de su cautiverio, los amigos se dispersaron por el palacio en busca del material adecuado para construir su máquina aérea.

XVII. EL ASOMBROSO VUELO DEL GUMP

Cuando los aventureros se reunieron de nuevo en el tejado, resultó que se había reunido una colección de lo más extraña de artículos, escogidos por los distintos miembros del grupo. Nadie parecía tener una idea muy clara de lo que se necesitaba, pero todos habían traído algo.

El Bicho-Revuelto había bajado de su sitio sobre la repisa de la gran entrada la cabeza de un Gump, adornada con unos amplios cuernos ramificados; y esta, con gran cuidado y mayor dificultad, el insecto la había subido por las escaleras hasta el tejado. Esta cabeza de Gump se parecía a la de un alce, solo que la nariz se curvaba hacia arriba con aire descarado y tenía bigotes en el mentón, como los de un macho cabrío. Por qué el Bicho-Revuelto escogió ese artículo no habría podido explicarlo, excepto que había despertado su curiosidad.

Tip, con la ayuda del Caballete, había subido al tejado un gran sofá tapizado. Era una pieza de mobiliario a la antigua, con respaldo y laterales altos, y era tan pesada que incluso apoyando el mayor peso en el lomo del Caballete, el muchacho se quedó sin aliento cuando al fin el torpe sofá fue depositado en el tejado.

El Cabezadecalabaza había traído una escoba, que fue lo primero que vio. El Espantapájaros llegó con un rollo de tendedores y cuerdas que había cogido del patio, y en su subida por las escaleras se había enredado de tal modo en los extremos sueltos de las cuerdas que tanto él como su carga cayeron en un montón sobre el

tejado y habrían podido rodar y caer al vacío de no haberlo rescatado Tip.

El Leñador de Hojalata apareció el último. También había ido al patio, donde había cortado cuatro grandes hojas extendidas de una enorme palmera que era el orgullo de todos los habitantes de la Ciudad Esmeralda.

—¡Querido Nick! —exclamó el Espantapájaros al ver lo que había hecho su amigo—. Has cometido el mayor crimen que puede cometer nadie en la Ciudad Esmeralda. Si mal no recuerdo, la pena por cortar hojas de la palmera real es morir siete veces y luego ser encarcelado de por vida.

—No tiene remedio —respondió el Leñador de Hojalata, arrojando las grandes hojas sobre el tejado—. Pero puede ser una razón más para que sea necesario escapar. Y ahora veamos con qué material me habéis provisto para trabajar.

Muchas fueron las miradas de duda que se lanzaron sobre el montón de materiales dispares que ahora abarrotaba el tejado, y al fin el Espantapájaros sacudió la cabeza y observó:

—Pues bien, si el amigo Nick puede fabricar con este revoltijo de trastos un Artilugio que vuele por el aire y nos lleve a un lugar seguro, reconoceré que es mejor mecánico de lo que sospechaba.

Pero el Leñador de Hojalata al principio no parecía nada seguro de sus capacidades, y solo después de frotarse la frente con vigor con la gamuza se decidió a acometer la tarea.

—Lo primero que se necesita para la máquina —dijo— es un cuerpo bastante grande para llevar a todo el grupo. Este sofá es lo más grande que tenemos y podría usarse de cuerpo. Pero si la máquina se inclinara hacia un lado, todos nos resbalaríamos y caeríamos al suelo.

—¿Por qué no usar dos sofás? —preguntó Tip—. Hay otro igual abajo.

—Esa es una sugerencia muy sensata —exclamó el Leñador de Hojalata—. Tenéis que traer el otro sofá enseguida.

Así que Tip y el Caballete se las arreglaron, con mucho esfuerzo, para subir el segundo sofá al tejado; y cuando los dos quedaron colocados juntos, borde con borde, los respaldos y los laterales formaron un parapeto protector alrededor de los asientos.

—¡Magnífico! —exclamó el Espantapájaros—. Podremos viajar dentro de este acogedor nido con toda comodidad.

Los dos sofás fueron entonces atados firmemente con cuerdas y tendedores, y luego Nick Chopper sujetó la cabeza del Gump a un extremo.

—Así se sabrá cuál es el extremo delantero del Artilugio —dijo muy complacido con la idea—. Y la verdad es que, si se examina con atención, la cabeza del Gump queda muy bien como mascarón de proa. Estas grandes hojas de palmera, por las que he arriesgado la vida siete veces, deben servirnos de alas.

—¿Son suficientemente resistentes? —preguntó el muchacho.

—Son tan resistentes como cualquier cosa que podamos conseguir —respondió el Leñador—; y aunque no están en proporción con el cuerpo del Artilugio, no estamos en posición de ser muy exigentes.

Así que fijó las hojas de palmera a los sofás, dos a cada lado.

Dijo el Bicho-Revuelto con considerable admiración:

—El Artilugio está ya completo, y solo necesita ser traído a la vida.

—¡Un momento! —exclamó Jack—. ¿No vais a usar mi escoba?

—¿Para qué? —preguntó el Espantapájaros.

—Pues se puede fijar al extremo trasero como cola —respondió el Cabezadecalabaza—. Seguro que no podéis llamar completo al Artilugio sin cola.

—Hm —dijo el Leñador de Hojalata—. No veo la utilidad de una cola. No estamos intentando copiar a una bestia, ni a un pez, ni a un

pájaro. Todo lo que le pedimos al Artilugio es que nos lleve por el aire.

—Quizás, una vez que el Artilugio cobre vida, puede usar la cola para dirigirse —sugirió el Espantapájaros—. Pues si vuela por el aire no será muy diferente de un pájaro, y he observado que todos los pájaros tienen cola, que usan como timón mientras vuelan.

—Bien —respondió Nick—, la escoba servirá de cola —y la fijó firmemente al extremo trasero del cuerpo de sofá.

Tip sacó el bote de pimienta del bolsillo.

—El Artilugio parece muy grande —dijo con inquietud—, y no estoy seguro de que quede polvo suficiente para darle vida a todo. Pero lo haré cundir todo lo que pueda.

—Pon la mayor parte en las alas —dijo Nick Chopper—, pues deben quedar lo más fuertes posible.

—¡Y no te olvides de la cabeza! —exclamó el Bicho-Revuelto.

—¡Ni de la cola! —añadió Jack Cabezadecalabaza.

—Estad quietos —dijo Tip nerviosamente—; tenéis que dejarme hacer el encantamiento mágico de la manera apropiada.

Con mucho cuidado empezó a espolvorear el Artilugio con el precioso polvo. Cada una de las cuatro alas fue primero cubierta ligeramente con una capa; luego se rociaron los sofás, y la escoba recibió una pequeña porción.

—¡La cabeza! ¡La cabeza! ¡No te olvides, te lo ruego, de la cabeza! —gritó el Bicho-Revuelto con agitación.

—Solo queda un poco de polvo —anunció Tip, mirando dentro del bote—. Y me parece más importante dar vida a las patas de los sofás que a la cabeza.

—No es así —decidió el Espantapájaros—. Todo necesita una cabeza que lo dirija; y como esta criatura va a volar y no a caminar, en realidad no importa mucho si sus patas están vivas o no.

Así que Tip acató esta decisión y roció la cabeza del Gump con el resto del polvo.

—Ahora —dijo—, aguardad silencio mientras hago el encantamiento!

Habiendo oído a la vieja Mombi pronunciar las palabras mágicas, y habiendo logrado ya dar vida al Caballete, Tip no vaciló ni un instante en pronunciar las tres palabras cabalísticas, cada una acompañada por el peculiar gesto de las manos.

Fue una ceremonia solemne e imponente.

Al terminar el conjuro el Artilugio se estremeció en toda su enorme mole, el Gump lanzó el grito estridente que es familiar a esos animales, y luego las cuatro alas comenzaron a batir furiosamente.

Tip logró aferrarse a una chimenea, o de lo contrario el terrible viento levantado por las alas lo habría volado del tejado. El Espantapájaros, que pesaba poco, fue cogido bodily y arrastrado por el aire hasta que Tip lo sujetó por suerte de una pierna y lo retuvo. El Bicho-Revuelto se tumbó boca abajo sobre el tejado y así evitó el daño, y el Leñador de Hojalata, cuyo peso de hojalata lo anclaba firmemente, rodeó a Jack Cabezadecalabaza con los dos brazos y consiguió salvarlo. El Caballete volcó y quedó boca arriba con las patas agitándose inútilmente en el aire.

Y ahora, mientras todos luchaban por recuperarse, el Artilugio se elevó lentamente del tejado y fue ganando altura.

—¡Eh! ¡Vuelve! —gritó Tip con voz asustada, aferrado a la chimenea con una mano y al Espantapájaros con la otra—. ¡Vuelve de inmediato, te lo ordeno!

Fue entonces cuando quedó demostrada más allá de toda duda la sabiduría del Espantapájaros al haber dado vida a la cabeza del Artilugio en lugar de a las patas. Pues el Gump, ya alto en el aire, giró la cabeza ante la orden de Tip y fue dando círculos gradualmente hasta poder ver el tejado del palacio.

—¡Vuelve! —gritó de nuevo el muchacho.

Y el Gump obedeció, batiendo sus cuatro alas en el aire lenta y graciosamente hasta que el Artilugio se posó de nuevo en el tejado y quedó quieto.

XVIII. EN EL NIDO DE LOS GRÁJIDOS

—Esta —dijo el Gump con una voz chillona nada proporcionada al tamaño de su enorme cuerpo— es la experiencia más singular de que jamás he oído hablar. Lo último que recuerdo claramente es que caminaba por el bosque y oí un ruido fuerte. Algo me mató probablemente entonces, y sin duda debería haber sido mi fin. Y sin embargo aquí estoy, vivo de nuevo, con cuatro alas monstruosas y un cuerpo que, me atrevería a decir, haría llorar de vergüenza a cualquier animal o ave respetable con solo verlo. ¿Qué significa todo esto? ¿Soy un Gump o soy un juggernaut?

La criatura, al hablar, meneó los bigotes del mentón de un modo muy cómico.

—Eres solo un Artilugio —respondió Tip—, con una cabeza de Gump encima. Te hemos fabricado y traído a la vida para que nos lleves por el aire adonde queramos ir.

—¡Muy bien! —dijo el Artilugio—. Como no soy un Gump, no puedo tener el orgullo ni el espíritu independiente de un Gump. Así que bien puedo convertirme en vuestro servidor como en cualquier otra cosa. Mi único consuelo es que no parezco tener una constitución muy robusta, y es poco probable que viva mucho tiempo en estado de esclavitud.

—¡No digas eso, te lo ruego! —exclamó el Leñador de Hojalata, cuyo excelente corazón se vio muy afectado por ese triste discurso—. ¿No te encuentras bien hoy?

—En cuanto a eso —respondió el Gump—, es mi primer día de existencia, así que no puedo juzgar si me encuentro bien o mal. —Y agitó su cola de escoba de un lado a otro con aire pensativo.

—¡Vamos, vamos! —dijo el Espantapájaros con amabilidad—. Intenta ser más alegre y tómate la vida como viene. Seremos buenos amigos y nos esforzaremos en hacer tu existencia lo más agradable posible. ¿Estás dispuesto a llevarnos por el aire adonde queramos ir?

—Por supuesto —respondió el Gump—. Prefiero con mucho navegar por el aire. Pues si viajara por tierra y me encontrara con alguno de mi propia especie, mi vergüenza sería terrible.

—Lo comprendo —dijo el Leñador de Hojalata con simpatía.

—Y sin embargo —continuó el Artilugio—, cuando os examino detenidamente, amigos míos, ninguno de vosotros parece estar construido mucho más artísticamente que yo.

—Las apariencias engañan —dijo el Bicho-Revuelto con vehemencia—. Yo estoy tanto Altamente Magnificado como Cabalmente Instruido.

—¡Vaya! —murmuró el Gump con indiferencia.

—Y mis sesos son considerados unos especímenes extraordinariamente raros —añadió el Espantapájaros con orgullo.

—¡Qué curioso! —observó el Gump.

—Aunque soy de hojalata —dijo el Leñador—, poseo un corazón que es con mucho el más cálido y admirable del mundo entero.

—Me alegra saberlo —respondió el Gump con una ligera tos.

—Mi sonrisa —dijo Jack Cabezadecalabaza— merece vuestra mejor atención. Es siempre la misma.

—Semper idem —explicó el Bicho-Revuelto con pomposidad; y el Gump se volvió a mirarlo.

—Y yo —declaró el Caballete, llenando un incómodo silencio—, solo soy notable porque no puedo evitarlo.

—Me siento orgulloso de veras de tener unos amos tan excepcionales —dijo el Gump con tono despreocupado—. Si pudiera conseguir una presentación igualmente completa de mí mismo, quedaría más que satisfecho.

—Eso llegará con el tiempo —observó el Espantapájaros—. «Conócete a ti mismo» se considera un logro bastante considerable, que a nosotros, que somos tus mayores, nos ha costado meses perfeccionar. Pero ahora —añadió, volviéndose a los demás— embarquemos y pongámonos en camino.

—¿Adónde iremos? —preguntó Tip mientras trepaba a un asiento en los sofás y ayudaba al Cabezadecalabaza a seguirle.

—En el País del Sur gobierna una Reina muy encantadora llamada Glinda la Buena, quien estoy seguro nos recibirá con agrado —dijo el Espantapájaros, subiendo torpe al Artilugio—. Vayamos a verla y pidámosle consejo.

—Está muy bien pensado —declaró Nick Chopper, dando un empujón al Bicho-Revuelto y luego volcando al Caballete en el extremo trasero de los asientos acolchados—. Conozco a Glinda la Buena, y creo que resultará una verdadera amiga.

—¿Estamos todos listos? —preguntó el muchacho.

—Sí —anunció el Leñador de Hojalata, sentándose junto al Espantapájaros.

—Entonces —dijo Tip, dirigiéndose al Gump—, ten la amabilidad de llevarnos volando hacia el Sur; y no subas más de lo necesario para evitar casas y árboles, pues a tanta altura me da vértigo.

—Está bien —respondió el Gump brevemente.

Batió sus cuatro enormes alas y se elevó lentamente en el aire; y luego, mientras nuestro pequeño grupo de aventureros se aferraba a

los respaldos y laterales de los sofás, el Gump se volvió hacia el Sur y se alejó veloz y majestuoso.

—El efecto panorámico, desde esta altitud, es maravilloso — comentó el instruido Bicho-Revuelto mientras volaban.

—Olvídate del paisaje —dijo el Espantapájaros—. Agárrate fuerte, o puedes tener una caída. El Artilugio parece balancearse bastante.

—Pronto oscurecerá —dijo Tip, observando que el sol estaba bajo en el horizonte—. Quizás deberíamos haber esperado hasta la mañana. Me pregunto si el Gump puede volar de noche.

—Yo también me lo he estado preguntando —respondió el Gump con calma—. Ya veis, esta es una experiencia nueva para mí. Antes tenía patas que me llevaban velozmente por el suelo. Pero ahora siento las patas como si estuvieran dormidas.

—Lo están —dijo Tip—. No les dimos vida.

—Se supone que tienes que volar —explicó el Espantapájaros—. No caminar.

—Nosotros ya caminamos solos —dijo el Bicho-Revuelto.

—Empiezo a entender lo que se espera de mí —observó el Gump —; así que haré lo que pueda por complaceros —y voló durante un rato en silencio.

Al poco Jack Cabezadecalabaza empezó a inquietarse.

—Me pregunto si volar por el aire puede estropear las calabazas — dijo.

—Solo si descuidadamente se te cae la cabeza por un lado — respondió el Bicho-Revuelto—. En ese caso tu cabeza ya no sería una calabaza, pues se convertiría en una calabaza aplastada.

—¿No te he pedido que te abstengas de esos chistes despiadados? —preguntó Tip, mirando al Bicho-Revuelto con expresión severa.

—Me lo has pedido; y me he abstenido de bastantes —respondió el insecto—. Pero hay oportunidades para tantos excelentes juegos de palabras en nuestro idioma que, para una persona instruida como yo, la tentación de expresarlos es casi irresistible.

—Personas con más o menos instrucción descubrieron esos juegos de palabras hace siglos —dijo Tip.

—¿Estás seguro? —preguntó el Bicho-Revuelto con cara sorprendida.

—Claro que sí —respondió el muchacho—. Un Bicho-Revuelto instruido puede ser cosa nueva; pero la instrucción de un Bicho-Revuelto es tan vieja como las colinas, a juzgar por el despliegue que haces de ella.

El insecto pareció muy impresionado por esta observación, y durante un tiempo guardó un silencio humilde.

El Espantapájaros, al cambiar de postura, vio sobre los cojines el bote de pimienta que Tip había dejado a un lado, y empezó a examinarlo.

—Tíralo por la borda —dijo el muchacho—; está completamente vacío y no hay razón para guardarlo.

—¿Está realmente vacío? —preguntó el Espantapájaros, mirando curioso dentro del bote.

—Claro que sí —respondió Tip—. Sacudí hasta el último grano de polvo.

—Entonces el bote tiene doble fondo —anunció el Espantapájaros—, pues el fondo de dentro está a casi tres centímetros del fondo de fuera.

—Déjame ver —dijo el Leñador de Hojalata, tomando el bote de manos de su amigo—. Sí —declaró después de examinarlo—, la cosa tiene sin duda un fondo falso. ¿Para qué sirve eso?

—¿No podéis separarlo y averiguarlo? —preguntó Tip, ya muy interesado en el misterio.

—Pues sí; el fondo inferior se desenrosca —dijo el Leñador de Hojalata—. Mis dedos están algo rígidos; intenta abrirlo tú.

Le pasó el bote de pimienta a Tip, quien sin dificultad desenroscó el fondo. Y en la cavidad de debajo había tres píldoras de plata, con un papel cuidadosamente doblado debajo.

El muchacho procedió a desdoblar ese papel, con cuidado de no derramar las píldoras, y encontró varias líneas escritas claramente en tinta roja.

—Léelo en voz alta —dijo el Espantapájaros; así que Tip leyó lo siguiente:

«CÉLEBRES PÍLDORAS DESEADORAS DEL DR. NIKIDIK.

»Instrucciones de uso: Tragar una píldora; contar hasta diecisiete de dos en dos; luego formular un Deseo. El Deseo será concedido de inmediato.

»PRECAUCIÓN: Guardar en lugar seco y oscuro.»

—¡Vaya, este es un descubrimiento muy valioso! —exclamó el Espantapájaros.

—En efecto —respondió Tip con gravedad—. Estas píldoras pueden sernos de gran utilidad. Me pregunto si la vieja Mombi sabía que estaban en el fondo del bote de pimienta. Recuerdo haberla oído decir que obtuvo el Polvo de Vida de ese mismo Nikidik.

—¡Debe de ser un poderoso hechicero! —exclamó el Leñador de Hojalata—; y ya que el polvo demostró ser eficaz, deberíamos tener confianza en las píldoras.

—Pero ¿cómo —preguntó el Espantapájaros— puede alguien contar hasta diecisiete de dos en dos? Diecisiete es un número impar.

—Eso es cierto —respondió Tip muy decepcionado—. Nadie puede contar hasta diecisiete de dos en dos.

—Entonces las píldoras no nos sirven de nada —gimió el Cabezadecalabaza—, y este hecho me abrumba de pena. Pues yo

tenía la intención de desear que mi cabeza nunca se estropeará.

—¡Tonterías! —dijo el Espantapájaros con brusquedad—. Si pudiéramos usar las píldoras, formularíamos deseos mucho mejores que ese.

—No veo cómo podría haber nada mejor —protestó el pobre Jack—. Si estuvieras en riesgo de estropearte en cualquier momento, comprenderías mi angustia.

—Por mi parte —dijo el Leñador de Hojalata—, te compadezco en todo. Pero como no podemos contar hasta diecisiete de dos en dos, la compasión es todo lo que es probable que obtengas.

Para entonces ya había oscurecido bastante, y los viajeros encontraron sobre ellos un cielo cubierto de nubes a través del cual no podían penetrar los rayos de la luna.

El Gump siguió volando sin pausa, y por algún motivo el enorme cuerpo de sofá se balanceó más y más vertiginosamente a cada hora que pasaba.

El Bicho-Revuelto declaró que estaba mareado; y Tip estaba también pálido y algo indispuerto. Pero los demás se aferraban a los respaldos de los sofás y no parecían importarles el movimiento mientras no los volcara.

La noche fue oscureciendo más y más, y el Gump siguió adelante a través de los cielos negros. Los viajeros no podían ni verse unos a otros, y un silencio opresivo se instaló sobre ellos.

Después de mucho tiempo Tip, que había estado pensando profundamente, habló.

—¿Cómo vamos a saber cuándo lleguemos al palacio de Glinda la Buena? —preguntó.

—El palacio de Glinda está muy lejos —respondió el Leñador—; yo he hecho ese camino.

—Pero ¿cómo vamos a saber a qué velocidad vuela el Gump? —insistió el muchacho—. No podemos ver nada abajo en la tierra, y

antes del amanecer podemos haber sobrepasado con mucho el lugar al que queremos llegar.

—Todo eso es cierto —respondió el Espantapájaros, algo inquieto—. Pero no veo cómo podemos detenernos ahora; pues podríamos posarnos en un río, o en lo alto de un campanario; y eso sería un gran desastre.

Así que dejaron que el Gump siguiera volando, con regulares batidos de sus grandes alas, y esperaron pacientemente la mañana.

Entonces los temores de Tip demostraron estar bien fundados; pues con los primeros trazos grises del alba miraron por los costados de los sofás y descubrieron llanuras onduladas salpicadas de extraños pueblos, donde las casas, en lugar de tener forma de cúpula —como tienen todas en el País de Oz—, tenían tejados inclinados que se alzaban hasta un pico en el centro. También había animales de aspecto raro moviéndose por las llanuras abiertas, y el paisaje era desconocido tanto para el Leñador de Hojalata como para el Espantapájaros, que anteriormente habían visitado el dominio de Glinda la Buena y lo conocían bien.

—¡Estamos perdidos! —dijo el Espantapájaros con pena—. El Gump debe de habernos llevado completamente fuera del País de Oz, cruzando los desiertos de arena y hacia el terrible mundo exterior del que nos habló Dorothy.

—Debemos volver —exclamó el Leñador de Hojalata con urgencia—. ¡Debemos volver cuanto antes!

—¡Date la vuelta! —le gritó Tip al Gump—. ¡Date la vuelta lo más rápido que puedas!

—Si lo hago me volcaré —respondió el Gump—. No estoy nada acostumbrado a volar, y lo mejor sería que aterrizara en algún sitio; así podré darme la vuelta y empezar de nuevo.

En ese momento, sin embargo, no parecía haber ningún lugar apropiado donde posarse. Sobrevolaron un pueblo tan grande que el Bicho-Revuelto declaró que era una ciudad, y luego llegaron a una

cordillera de altas montañas con numerosas gargantas profundas y escarpados riscos bien visibles.

—Ahora es nuestra oportunidad de detenernos —dijo el muchacho, al ver que estaban muy cerca de las cumbres—. Entonces le dijo al Gump—: ¡Para en el primer sitio llano que veas!

—Muy bien —respondió el Gump, y se posó sobre una mesa de roca que había entre dos riscos.

Pero al no tener experiencia en esas cosas, el Gump no calculó bien su velocidad; y en lugar de detenerse sobre la roca plana, la erró por la mitad del ancho de su cuerpo, rompiendo las dos alas derechas contra el filo afilado de la roca y cayendo luego rodando por el precipicio.

Nuestros amigos se aferraron a los sofás todo lo que pudieron, pero cuando el Gump chocó con una roca saliente el Artilugio se detuvo de repente —boca abajo— y todos fueron proyectados al vacío de inmediato.

Por fortuna cayeron solo unos pocos pies, pues debajo había un nido enorme, construido por una colonia de grájidos en un saliente hueco de la roca; de modo que ninguno de ellos —ni siquiera el Cabezadecalabaza— resultó herido en la caída. Pues Jack encontró su preciosa cabeza apoyada sobre el blando pecho del Espantapájaros, que hacía un excelente cojín; y Tip cayó sobre una masa de hojas y papeles, que lo salvaron de hacerse daño. El Bicho-Revuelto se había dado un golpe en su cabeza redonda con el Caballete, pero sin causarse más que un momento de molestia.

El Leñador de Hojalata al principio se alarmó bastante; pero al comprobar que había escapado sin ni siquiera un rasguño en su hermoso chapado en níquel, recuperó de inmediato su habitual buen humor y se volvió para dirigirse a sus camaradas.

—Nuestro viaje ha terminado de manera bastante brusca —dijo—; y no podemos culpar con justicia a nuestro amigo el Gump por el accidente, porque hizo lo que pudo en las circunstancias. Pero cómo

vamos a escapar de este nido debo dejarlo a alguien con mejores sesos que los que yo poseo.

Aquí miró al Espantapájaros, que se arrastró hasta el borde del nido y miró hacia abajo. Debajo había un precipicio vertical de varios cientos de pies de profundidad. Encima había un risco liso interrumpido solo por la punta de roca donde el cuerpo destrozado del Gump seguía colgado del extremo de uno de los sofás. Realmente no parecía haber ningún modo de escapar, y al percatarse de su situación desesperada el pequeño grupo de aventureros dio rienda suelta a su desconcierto.

—Esta es una prisión peor que el palacio —observó tristemente el Bicho-Revuelto.

—Ojalá nos hubiéramos quedado allí —gimió Jack—. Me temo que el aire de montaña no le sienta bien a las calabazas.

—No le sentará, cuando vuelvan los grájidos —gruñó el Caballete, que seguía tumbado boca arriba con las patas agitándose inútilmente en el aire—. Los grájidos son especialmente aficionados a las calabazas.

—¿Crees que los pájaros vendrán aquí? —preguntó Jack muy angustiado.

—Claro que vendrán —dijo Tip—, pues este es su nido. Y deben de ser cientos de ellos —continuó—, imirad la cantidad de cosas que han traído aquí!

En efecto, el nido estaba medio lleno de la colección más curiosa de pequeños objetos imaginable, artículos para los que los pájaros no tenían ningún uso, pero que los grájidos ladrones habían robado durante muchos años de las casas de los hombres. Y como el nido estaba escondido de manera segura donde ningún ser humano podía alcanzarlo, esa propiedad perdida nunca sería recuperada.

El Bicho-Revuelto, hurgando entre los trastos —pues los grájidos robaban tanto cosas inútiles como valiosas—, dio con el pie con un hermoso collar de diamantes. Este fue tan admirado por el Leñador

de Hojalata que el Bicho-Revuelto se lo regaló con un discurso elegante, tras lo cual el Leñador se lo colgó al cuello con mucho orgullo, regocijándose enormemente cuando los grandes diamantes relucieron bajo los rayos del sol.

Pero entonces oyeron un gran alboroto y batir de alas, y como el sonido se fue acercando a ellos, Tip exclamó:

—¡Los grájidos vienen! ¡Y si nos encuentran aquí seguramente nos matarán con su furia!

—¡Temía que esto ocurriera! —gimió el Cabezadecalabaza—. ¡Ha llegado mi hora!

—¡Y la mía también! —dijo el Bicho-Revuelto—; ¡pues los grájidos son los mayores enemigos de mi especie!

Los demás no tenían ningún miedo; pero el Espantapájaros decidió enseguida salvar a los miembros del grupo que podían resultar heridos por los furiosos pájaros. Así que ordenó a Tip que le quitara la cabeza a Jack y se tumbara con ella en el fondo del nido, y cuando esto se hizo ordenó al Bicho-Revuelto que se tumbara junto a Tip. Nick Chopper, que por experiencia previa sabía exactamente lo que había que hacer, desmontó entonces al Espantapájaros —todo excepto la cabeza— y esparció la paja sobre Tip y el Bicho-Revuelto, cubriéndoles los cuerpos por completo.

Apenas se había logrado esto cuando la bandada de grájidos llegó. Al ver a los intrusos en su nido los pájaros se lanzaron sobre ellos con chillidos de rabia.

XIX. LAS FAMOSAS PÍLDORAS DESEADORAS DEL DR. NIKIDIK

El Leñador de Hojalata era habitualmente un hombre pacífico, pero cuando la ocasión lo requería podía luchar con tanta fiereza como un gladiador romano. Así que, cuando los grájidos casi lo derribaron en su embestida de alas y sus afilados picos y garras amenazaban con dañar su brillante chapado, el Leñador cogió el hacha y la hizo girar velozmente alrededor de su cabeza.

Pero aunque muchos fueron ahuyentados de este modo, los pájaros eran tan numerosos y tan valientes que siguieron atacando con la misma furia que antes. Algunos picotearon los ojos del Gump, que colgaba sobre el nido en estado indefenso; pero los ojos del Gump eran de cristal y no podían dañarse. Otros de los grájidos se lanzaron contra el Caballete; pero ese animal, que seguía boca arriba, sacudía las patas de madera con tal violencia que repelía a tantos atacantes como el hacha del Leñador.

Encontrando esa resistencia, los pájaros cayeron sobre la paja del Espantapájaros, que estaba en el centro del nido cubriendo a Tip, al Bicho-Revuelto y a la cabeza de calabaza de Jack, y empezaron a arrancarla y llevársela en vuelo, para dejarla caer, paja a paja, en el gran abismo que se abría debajo.

La cabeza del Espantapájaros, contemplando con consternación esa destrucción gratuita de su interior, le gritó al Leñador de Hojalata que lo salvara; y ese buen amigo respondió con energías renovadas. Su hacha relampagueó entre los grájidos, y por fortuna

el Gump empezó a batir furiosamente las dos alas que le quedaban en el lado izquierdo del cuerpo. El batir de esas grandes alas llenó a los grájididos de terror, y cuando el Gump con sus esfuerzos se soltó de la punta de roca en que colgaba y cayó aleteando al nido, el pánico de los pájaros no tuvo límites y huyeron chillando por encima de las montañas.

Cuando el último enemigo había desaparecido, Tip salió de debajo de los sofás y ayudó al Bicho-Revuelto a seguirle.

—¡Estamos salvados! —gritó el muchacho con alegría.

—¡En efecto! —respondió el Instruido Insecto, abrazando casi con entusiasmo la rígida cabeza del Gump—. ¡Y se lo debemos todo al batir de alas del Artilugio y al buen hacha del Leñador!

—Si estoy salvado, ¡sacadme de aquí! —llamó Jack, cuya cabeza seguía debajo de los sofás; y Tip logró sacar la calabaza rodando y volvérsela a colocar en el cuello. También puso al Caballete en pie y le dijo:

—Te debemos mucho por la valiente pelea que hiciste.

—Realmente creo que hemos escapado muy bien —observó el Leñador de Hojalata con aire de orgullo.

—¡No es así! —exclamó una voz hueca.

Al oírla todos se volvieron con sorpresa a mirar la cabeza del Espantapájaros, que yacía en el fondo del nido.

—¡Estoy completamente arruinado! —declaró el Espantapájaros al notar su asombro—. ¡Pues dónde está la paja que rellena mi cuerpo!

La terrible pregunta los dejó a todos estupefactos. Miraron el nido con horror, pues no quedaba ni rastro de paja. Los grájididos se la habían llevado hasta el último mechón y la habían arrojado toda al abismo que se abría cientos de pies más abajo.

—¡Pobre amigo mío! —dijo el Leñador de Hojalata, tomando la cabeza del Espantapájaros y acariciándola con ternura—. ¿Quién podría haber imaginado que ibas a llegar a este fin tan prematuro?

—Lo hice para salvar a mis amigos —respondió la cabeza—, y me alegra haber perecido de un modo tan noble y desinteresado.

—Pero ¿por qué estáis todos tan desanimados? —preguntó el Bicho-Revuelto—. La ropa del Espantapájaros sigue intacta.

—Sí —respondió el Leñador de Hojalata—; pero la ropa de nuestro amigo no sirve de nada sin relleno.

—¿Por qué no rellenarlo con dinero? —sugirió Tip.

—¿Con dinero? —exclamaron todos a coro, asombrados.

—Claro —dijo el muchacho—. En el fondo del nido hay miles de billetes de dólar, y billetes de dos dólares, y de cinco dólares, y de diez, y de veinte, y de cincuenta. Hay suficientes para rellenar una docena de espantapájaros. ¿Por qué no usar el dinero?

El Leñador de Hojalata empezó a revolver los trastos con el mango del hacha; y en efecto, lo que primero habían creído papeles sin valor resultaron ser billetes de diversas denominaciones que los traviesos grájidos llevaban años robando de los pueblos y ciudades que visitaban.

Había una fortuna inmensa en ese nido inaccesible; y la sugerencia de Tip fue, con el consentimiento del Espantapájaros, puesta en práctica de inmediato.

Escogieron todos los billetes más nuevos y limpios y los clasificaron en varios montones. La pierna izquierda del Espantapájaros y su bota se rellenaron con billetes de cinco dólares; la pierna derecha se rellenó con billetes de diez dólares, y su cuerpo quedó tan apretadamente lleno de billetes de cincuenta, cien y mil que apenas podía abotonarse la chaqueta con comodidad.

—Ahora —dijo el Bicho-Revuelto con solemnidad, cuando se hubo completado la tarea— eres el miembro más valioso de nuestro grupo; y como estás entre amigos leales, hay poco peligro de que te gasten.

—Muchas gracias —respondió el Espantapájaros agradecido—. Me siento como un hombre nuevo; y aunque a primera vista podría confundírseme con una Caja de Caudales, os ruego que recordéis que mis Sesos siguen compuestos del mismo material de siempre. Y estas son las posesiones que siempre me han hecho una persona con quien se puede contar en una emergencia.

—Pues la emergencia está aquí —observó Tip—; y a menos que tus sesos nos saquen de ella, nos veremos obligados a pasar el resto de nuestras vidas en este nido.

—¿Y las píldoras deseadoras? —preguntó el Espantapájaros, sacando el bote del bolsillo de la chaqueta—. ¿No podemos usarlas para escapar?

—No, a menos que podamos contar hasta diecisiete de dos en dos —respondió el Leñador de Hojalata—. Pero nuestro amigo el Bicho-Revuelto afirma estar muy bien instruido, así que debería poder resolver fácilmente cómo se hace eso.

—No es una cuestión de instrucción —respondió el Insecto—; es simplemente una cuestión de matemáticas. He visto al profesor trabajar muchas sumas en la pizarra, y afirmaba que todo podía hacerse con emes y uves y aes, y cosas así, mezclándolas con muchos más, menos e iguales, etcétera. Pero nunca dijo nada, que yo recuerde, sobre contar hasta el número impar de diecisiete con los números pares de dos en dos.

—¡Para, para! —exclamó el Cabezadecalabaza—. Me estás poniendo dolor de cabeza.

—Y a mí también —añadió el Espantapájaros—. Vuestras matemáticas me parecen muy parecidas a un frasco de encurtidos mezclados: cuanto más buscas lo que quieres, menos posibilidades tienes de encontrarlo. Estoy seguro de que si la cosa puede hacerse, es de una manera muy sencilla.

—Sí —dijo Tip—. La vieja Mombi no podía usar emes ni menos, pues nunca fue a la escuela.

—¿Por qué no empezar a contar desde la mitad de uno? — preguntó el Caballete de repente—. Así cualquiera puede contar hasta diecisiete de dos en dos muy fácilmente.

Se miraron unos a otros sorprendidos, pues el Caballete era considerado el más torpe de todo el grupo.

—Me avergüenzas —dijo el Espantapájaros, haciendo una profunda reverencia al Caballete.

—No obstante, la criatura tiene razón —declaró el Bicho-Revuelto —; pues dos veces la mitad de uno es uno, y si llegas a uno es fácil contar desde uno hasta diecisiete de dos en dos.

—Cómo es que yo no pensé en eso —dijo el Cabezadecalabaza.

—No me sorprende —respondió el Espantapájaros—. No eres más sabio que el resto de nosotros, ¿verdad? Pero hagamos un deseo de inmediato. ¿Quién se tragará la primera píldora?

—Hazlo tú —sugirió Tip.

—No puedo —dijo el Espantapájaros.

—¿Por qué no? ¿Acaso no tienes boca? —preguntó el muchacho.

—Sí; pero mi boca está pintada, y no hay tragadero conectado a ella —respondió el Espantapájaros—. De hecho —continuó, mirando a uno y otro con ojo crítico—, creo que el muchacho y el Bicho-Revuelto son los únicos de nuestro grupo capaces de tragar.

Observando la verdad de esta observación, Tip dijo:

—Entonces me encargaré yo de formular el primer deseo. Dadme una de las Píldoras de Plata.

El Espantapájaros intentó hacerlo; pero sus guantes acolchados eran demasiado torpes para agarrar un objeto tan pequeño, y sostuvo el bote hacia el muchacho mientras Tip escogía una de las píldoras y se la tragaba.

—¡Contad! —exclamó el Espantapájaros.

—Un medio, uno, tres, cinco, siete, nueve, once —contó Tip—, trece, quince, diecisiete.

—¡Ahora desea! —dijo el Leñador de Hojalata con ansiedad.

Pero justo entonces el muchacho empezó a sufrir unos dolores tan espantosos que se alarmó.

—¡La píldora me ha envenenado! —jadeó—. ¡Ay, ay, ay! ¡Auxilio! ¡Fuego! ¡Oh! —y se puso a rodar por el fondo del nido retorciéndose de tal modo que los asustó a todos.

—¿Qué podemos hacer? ¡Habla, te lo suplico! —imploró el Leñador de Hojalata, con lágrimas de compasión resbalando por sus mejillas de níquel.

—¡No lo sé! —respondió Tip—. ¡Ojalá no me hubiera tragado esa píldora!

Al instante cesó el dolor, y el muchacho se puso de pie y encontró al Espantapájaros mirando con asombro el extremo del bote de pimienta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el muchacho, algo avergonzado de su reciente exhibición.

—Pues que las tres píldoras están de nuevo en el bote —dijo el Espantapájaros.

—Claro que sí —declaró el Bicho-Revuelto—. ¿Acaso no deseó Tip no haberse tragado ninguna? Pues bien, el deseo se cumplió, y no se tragó ninguna. Así que claro que las tres siguen en el bote.

—Puede que sea así; pero la píldora me produjo un dolor espantoso de todas formas —dijo el muchacho.

—¡Imposible! —declaró el Bicho-Revuelto—. Si nunca te la tragaste, la píldora no pudo causarte dolor. Y como tu deseo, al ser concedido, prueba que no te la tragaste, queda igualmente claro que no sufriste ningún dolor.

—Pues entonces fue una imitación espléndida de un dolor —replicó Tip con enojo—. A ver si lo intentas tú con la siguiente

píldora. Ya hemos desperdiciado un deseo.

—¡Oh, no, no lo hemos desperdiciado! —protestó el Espantapájaros—. Aquí hay todavía tres píldoras en el bote, y cada píldora sirve para un deseo.

—Ahora me estás poniendo dolor de cabeza a mí —dijo Tip—. No entiendo la cosa en absoluto. Pero no me tragaré otra píldora, ¡ios lo prometo! —y con esta observación se retiró con mal humor al fondo del nido.

—Bien —dijo el Bicho-Revuelto—, me corresponde a mí salvarnos de la manera más Altamente Magnificada y Cabalmente Instruida que soy capaz; pues parece que soy el único capaz y dispuesto a formular un deseo. Dadme una de las píldoras.

Se la tragó sin vacilar, y todos se quedaron admirando su valor mientras el Insecto contaba hasta diecisiete de dos en dos del mismo modo que había hecho Tip. Y por alguna razón —quizás porque los Bichos-Revueltos tienen el estómago más resistente que los niños—, la píldora de plata no le produjo ningún dolor.

—¡Deseo que las alas rotas del Gump se arreglen y queden como nuevas! —dijo el Bicho-Revuelto en voz lenta y solemne.

Todos se volvieron a mirar al Artilugio, y tan rápidamente se había concedido el deseo que el Gump estaba ante ellos en perfecto estado, tan capaz de volar por el aire como cuando fue traído a la vida por primera vez en el tejado del palacio.

XX. EL ESPANTAPÁJAROS RECURRE A GLINDA LA BUENA

—¡Hurra! —exclamó el Espantapájaros con alegría—. ¡Ahora podemos abandonar este miserable nido de grájidos cuando queramos!

—Pero ya casi oscurece —dijo el Leñador de Hojalata—; y a menos que esperemos hasta la mañana para emprender el vuelo, podemos meternos en más problemas. Estos viajes nocturnos no me gustan nada, pues nunca se sabe lo que puede pasar.

Así que se decidió esperar hasta el amanecer, y los aventureros se entretuvieron en el crepúsculo buscando tesoros en el nido de los grájidos.

El Bicho-Revuelto encontró dos hermosas pulseras de oro trabajado, que le sentaban muy bien en sus delgados brazos. El Espantapájaros tomó afición a los anillos, de los que había muchos en el nido. Al poco ya llevaba un anillo en cada dedo de los guantes acolchados, y no contento con esa muestra añadió uno más en cada pulgar. Como eligió cuidadosamente los engastados con piedras brillantes —rubíes, amatistas y zafiros—, las manos del Espantapájaros presentaban ahora un aspecto de lo más deslumbrante.

—Este nido sería una mina para la Reina Jinjur —dijo pensativo—, pues por lo que puedo deducir ella y sus muchachas me conquistaron simplemente para robar las esmeraldas de mi ciudad.

El Leñador de Hojalata se conformó con su collar de diamantes y se negó a aceptar ningún adorno adicional; pero Tip consiguió un bonito reloj de oro sujeto a una gruesa leontina, que se guardó en el bolsillo con mucho orgullo. También prendió varios broches enjorados en el chaleco rojo de Jack Cabezadecalabaza, y ató un impertinente, con una cadena fina, al cuello del Caballete.

—Es muy bonito —dijo la criatura, contemplando el impertinente con aprobación—; ¿pero para qué sirve?

Ninguno de ellos pudo responder a esta pregunta; así que el Caballete decidió que era algún adorno raro y se encariñó mucho con él.

Para que nadie del grupo quedara olvidado, acabaron colocando varios grandes anillos de sello en los puntos de los cuernos del Gump, aunque ese extraño personaje no parecía en modo alguno agradecido por la atención.

La oscuridad cayó pronto sobre ellos, y Tip y el Bicho-Revuelto se durmieron mientras los demás se sentaban a esperar pacientemente el día.

A la mañana siguiente tuvieron razones para felicitarse por el buen estado del Gump; pues con el amanecer una gran bandada de grájidos se acercó dispuesta a entablar una batalla más por la posesión del nido.

Pero nuestros aventureros no esperaron el ataque. Se acomodaron en los asientos acolchados de los sofás lo más rápido posible, y Tip le dio al Gump la orden de partir.

Al instante se elevó en el aire, batiendo con fuerza y regularidad las grandes alas, y en pocos momentos estaban tan lejos del nido que los grájidos chillones tomaron posesión de él sin ningún intento de persecución.

El Artilugio voló directamente hacia el Norte, en la misma dirección de donde había venido. Al menos esa era la opinión del Espantapájaros, y los demás coincidían en que el Espantapájaros era

el mejor juez de orientación. Tras sobrevolar varias ciudades y pueblos, el Gump los llevó por encima de una llanura amplia donde las casas se fueron haciendo cada vez más dispersas hasta desaparecer del todo. Luego vino el ancho desierto de arena que separaba el resto del mundo del País de Oz, y antes del mediodía vieron las casas en forma de cúpula que demostraban que estaban de nuevo dentro de las fronteras de su tierra natal.

—Pero las casas y las vallas son azules —dijo el Leñador de Hojalata—, y eso indica que estamos en el País de los Munchkins, y por lo tanto muy lejos de Glinda la Buena.

—¿Qué haremos? —preguntó el muchacho, volviéndose hacia su guía.

—No lo sé —respondió el Espantapájaros con franqueza—. Si estuviéramos en la Ciudad Esmeralda podríamos entonces avanzar directamente hacia el Sur y alcanzar así nuestro destino. Pero no nos atrevemos a ir a la Ciudad Esmeralda, y el Gump probablemente nos está llevando cada vez más en la dirección equivocada con cada batido de alas.

—Entonces el Bicho-Revuelto tiene que tragarse otra píldora —dijo Tip con decisión—, y desear que nos orientemos en la dirección correcta.

—Muy bien —respondió el Altamente Magnificado—; no me importa.

Pero cuando el Espantapájaros buscó en su bolsillo el bote de pimienta que contenía las dos Píldoras Deseadoras de plata restantes, no lo encontró. Llenos de ansiedad, los viajeros buscaron por todos los rincones del Artilugio; pero el bote había desaparecido del todo.

Y el Gump seguía volando, llevándolos a un destino desconocido.

—Debo de haberme dejado el bote de pimienta en el nido de los grájidos —dijo al fin el Espantapájaros.

—Es una gran desgracia —declaró el Leñador de Hojalata—. Pero no estamos peor que antes de descubrir las Píldoras Deseadoras.

—Estamos mejor —respondió Tip—, pues la única píldora que usamos nos permitió escapar de ese horrible nido.

—Y aun así la pérdida de las otras dos es grave, y merezco una buena reprimenda por mi descuido —replicó el Espantapájaros con arrepentimiento—. Pues en un grupo tan singular como el nuestro los accidentes pueden ocurrir en cualquier momento, e incluso ahora puede que nos acerquemos a un nuevo peligro.

Nadie se atrevió a contradecir esto, y siguió un silencio sombrío.

El Gump voló sin pausa.

De repente Tip lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Debemos de haber llegado al País del Sur —gritó—, pues abajo todo es rojo!

Al instante todos se inclinaron sobre los respaldos de los sofás para mirar —todos excepto Jack, que era demasiado cuidadoso con su cabeza de calabaza para arriesgarse a que se le resbalara del cuello—. Efectivamente, las casas, las vallas y los árboles rojos indicaban que estaban en el dominio de Glinda la Buena; y pronto, mientras planeaban rápidamente, el Leñador de Hojalata reconoció los caminos y edificios que iban pasando, y alteró ligeramente el vuelo del Gump para poder llegar al palacio de la célebre Hechicera.

—¡Bien! —exclamó el Espantapájaros con alegría—. Ya no necesitamos las Píldoras Deseadoras perdidas, pues hemos llegado a nuestro destino.

Gradualmente el Artilugio fue bajando hasta acercarse al suelo y al fin se posó en los hermosos jardines de Glinda, aterrizando en un velvety céspede verde junto a una fuente que lanzaba al aire chorros de gemas relucientes —en lugar de agua—, que caían con un suave tintineo en la cuenca de mármol tallado dispuesta para recibirlos.

Todo era muy magnífico en los jardines de Glinda, y mientras nuestros viajeros miraban a su alrededor con ojos admirados apareció silenciosamente una compañía de soldadas que los rodeó. Pero esas soldadas de la gran Hechicera eran completamente diferentes de las del Ejército de la Revuelta de Jinjur, aunque también eran mujeres. Pues las soldadas de Glinda vestían uniformes de buen corte y llevaban espadas y lanzas; y marchaban con una habilidad y precisión que demostraban que habían sido bien entrenadas en las artes de la guerra.

La Capitana que mandaba esa tropa —que era la Guardia Personal de Glinda— reconoció al Espantapájaros y al Leñador de Hojalata de inmediato, y los saludó con respetuosas saluciones.

—¡Buenos días! —dijo el Espantapájaros, quitándose galantemente el sombrero, mientras el Leñador hacía un saludo militar—. Hemos venido a solicitar una audiencia con vuestra ilustre Gobernante.

—Glinda está ahora en su palacio aguardándoos —respondió la Capitana—, pues os vio venir mucho antes de que llegarais.

—¡Qué extraño! —dijo Tip con asombro.

—En absoluto —respondió el Espantapájaros—; pues Glinda la Buena es una poderosa Hechicera, y nada de lo que ocurre en el País de Oz escapa a su atención. Supongo que sabe tan bien como nosotros mismos a qué hemos venido.

—Entonces ¿de qué sirvió venir? —preguntó Jack con torpeza.

—¡Para demostrar que eres un Cabezadecalabaza! —replicó el Espantapájaros—. Pero si la Hechicera nos espera, no debemos hacerla esperar.

Así que todos se bajaron del Artilugio y siguieron a la Capitana hacia el palacio —incluso el Caballete tomando su lugar en la extraña procesión.

Sentada en su trono de oro primorosamente labrado estaba Glinda, y a duras penas reprimió una sonrisa al ver entrar y hacer

reverencias ante ella a sus peculiares visitantes. Al Espantapájaros y al Leñador de Hojalata los conocía y apreciaba; pero el torpe Cabezadecalabaza y el Bicho-Revuelto Altamente Magnificado eran criaturas que nunca había visto, y parecían aún más curiosas que los demás. En cuanto al Caballete, no parecía ser más que un pedazo de madera animado; y hizo una reverencia tan rígida que su cabeza chocó contra el suelo, provocando una carcajada entre las soldadas en la que Glinda se unió francamente.

—Me permito anunciar a vuestra gloriosa alteza —comenzó el Espantapájaros con voz solemne— que mi Ciudad Esmeralda ha sido invadida por una multitud de impertinentes muchachas con agujas de hacer punto, que han esclavizado a todos los hombres, robado las joyas de las calles y edificios públicos y usurpado mi trono.

—Lo sé —dijo Glinda.

—También amenazaron con destruirme, así como a todos los buenos amigos y aliados que veis ante vos —continuó el Espantapájaros—; y de no haber logrado escapar de sus garras, nuestros días habrían terminado hace tiempo.

—Lo sé —repitió Glinda.

—Por eso he venido a pedir os ayuda —prosiguió el Espantapájaros—, pues creo que siempre estáis dispuesta a socorrer a los desafortunados y oprimidos.

—Eso es cierto —respondió la Hechicera despacio—. Pero la Ciudad Esmeralda está ahora gobernada por la General Jinjur, que se ha hecho proclamar Reina. ¿Qué derecho tengo yo a oponerme a ella?

—Pues que me robó el trono —dijo el Espantapájaros.

—¿Y cómo llegaste tú a poseer el trono? —preguntó Glinda.

—Me lo dio el Mago de Oz, y con la aprobación del pueblo —respondió el Espantapájaros, algo incómodo ante esas preguntas.

—¿Y dónde lo obtuvo el Mago? —continuó ella con gravedad.

—Me han dicho que se lo quitó a Pastoria, el anterior Rey —dijo el Espantapájaros, poniéndose confuso bajo la mirada penetrante de la Hechicera.

—Entonces —declaró Glinda— el trono de la Ciudad Esmeralda no pertenece ni a ti ni a Jinjur, sino a ese Pastoria a quien el Mago se lo arrebató.

—Es verdad —reconoció el Espantapájaros humildemente—; pero Pastoria ya murió, y alguien tiene que gobernar en su lugar.

—Pastoria tenía una hija, que es la heredera legítima al trono de la Ciudad Esmeralda. ¿Lo sabías? —preguntó la Hechicera.

—No —respondió el Espantapájaros—. Pero si la muchacha sigue viva no me pondré en su camino. Me satisfará igual que echen a Jinjur como impostora que recuperar el trono yo mismo. De hecho, ser Rey no es muy divertido, especialmente si uno tiene buenos sesos. Hace tiempo que sé que estoy destinado a ocupar una posición mucho más elevada. Pero ¿dónde está la muchacha que es dueña del trono, y cómo se llama?

—Se llama Ozma —respondió Glinda—. Pero dónde está, he intentado descubrirlo en vano. Pues el Mago de Oz, cuando usurpó el trono al padre de Ozma, escondió a la niña en algún lugar secreto; y mediante un truco mágico con el que no estoy familiarizada consiguió también impedir que fuera descubierta, incluso por una Hechicera tan experimentada como yo.

—Es extraño —interrumpió el Bicho-Revuelto con pomposidad—. Tengo entendido que el Maravilloso Mago de Oz no era más que un farsante.

—¡Tonterías! —exclamó el Espantapájaros, muy molesto con esas palabras—. ¿Acaso no me dio un magnífico conjunto de sesos?

—No hay nada de farsa en mi corazón —declaró el Leñador de Hojalata, mirando al Bicho-Revuelto con indignación.

—Quizás estaba mal informado —balbuceó el Insecto encogiéndose—; nunca traté al Mago personalmente.

—Pues nosotros sí —replicó el Espantapájaros—, y era un Mago muy grande, os lo aseguro. Es cierto que fue culpable de algunos pequeños engaños, pero a menos que fuera un gran Mago ¿cómo — si se me permite preguntar— pudo haber escondido a esa niña Ozma de modo tan seguro que nadie pueda encontrarla?

—¡Me rindo! —respondió el Bicho-Revuelto con humildad.

—Es la observación más sensata que has hecho —dijo el Leñador de Hojalata.

—Debo hacer un nuevo esfuerzo para descubrir dónde está escondida esa niña —dijo la Hechicera pensativa—. Tengo en mi biblioteca un libro en el que está inscrita cada acción del Mago mientras estuvo en nuestro País de Oz —o al menos, cada acción que pudieron observar mis espías—. Esta noche leeré ese libro con detenimiento e intentaré identificar las acciones que puedan guiarnos para descubrir a la desaparecida Ozma. Mientras tanto, os ruego que os divirtáis en mi palacio y que mandéis a mis sirvientes como si fueran los vuestros. Os concederé otra audiencia mañana.

Con este gracioso discurso Glinda despidió a los aventureros, que se fueron a pasear por los hermosos jardines, donde pasaron varias horas disfrutando de todas las delicias con que la Reina de las Tierras del Sur había rodeado su palacio real.

A la mañana siguiente se presentaron de nuevo ante Glinda, quien les dijo:

—He examinado con cuidado los registros de las acciones del Mago, y entre ellas solo encuentro tres que parezcan sospechosas. Comía las alubias con cuchillo, hizo tres visitas secretas a la vieja Mombi, y cojeaba ligeramente de la pierna izquierda.

—¡Ah! ¡Eso último es sin duda sospechoso! —exclamó el Cabezadecalabaza.

—No necesariamente —dijo el Espantapájaros—. Puede que tuviera callosidades. A mí me parece que lo de comer alubias con cuchillo es más sospechoso.

—Puede que sea una costumbre cortés en Omaha, de cuyo gran país procedía originalmente el Mago —sugirió el Leñador de Hojalata.

—Es posible —admitió el Espantapájaros.

—Pero ¿por qué —preguntó Glinda— hizo tres visitas secretas a la vieja Mombi?

—¡Ah! ¿Por qué, en efecto? —repitió el Bicho-Revuelto con énfasis.

—Sabemos que el Mago enseñó a la anciana muchos de sus trucos de magia —continuó Glinda—; y esto no lo habría hecho de no haberlo ella ayudado de algún modo. Así que podemos sospechar con buenas razones que Mombi le ayudó a esconder a la niña Ozma, que era la heredera legítima al trono de la Ciudad Esmeralda y un peligro constante para el usurpador. Pues si la gente supiera que vivía, pronto la haría su Reina y la restituiría a su legítima posición.

—¡Un argumento magistral! —exclamó el Espantapájaros—. No tengo ninguna duda de que Mombi estuvo mezclada en ese malvado asunto. Pero ¿en qué nos ayuda ese conocimiento?

—Tenemos que encontrar a Mombi —respondió Glinda—, y obligarla a decir dónde está escondida la niña.

—Mombi está ahora con la Reina Jinjur, en la Ciudad Esmeralda —dijo Tip—. Fue ella quien nos puso tantos obstáculos en el camino, y la que hizo que Jinjur amenazara con destruir a mis amigos y devolverme a la custodia de la vieja bruja.

—Entonces —decidió Glinda—, marcharé con mi ejército a la Ciudad Esmeralda y tomaré a Mombi prisionera. Después podremos quizás obligarla a decir la verdad sobre Ozma.

—¡Es una mujer terrible! —observó Tip con un escalofrío al pensar en el puchero negro de Mombi—. ¡Y muy testaruda!

—Yo también soy bastante testaruda —respondió la Hechicera con una dulce sonrisa—, de modo que no le tengo el menor miedo a

Mombi. Hoy haré todos los preparativos necesarios, y mañana al amanecer marcharemos sobre la Ciudad Esmeralda.

XXI. EL LEÑADOR DE HOJALATA ARRANCA UNA ROSA

El Ejército de Glinda la Buena tenía un aspecto muy grandioso e imponente cuando se formó al amanecer ante las puertas del palacio. Los uniformes de las soldadas eran bonitos y de colores alegres, y sus lanzas con punta de plata eran brillantes y relucientes, con los largos astiles incrustados de nácar. Todas las oficiales llevaban espadas afiladas y relucientes, y escudos bordeados de plumas de pavo real; y en verdad parecía que ningún enemigo podría posiblemente derrotar a un ejército tan brillante.

La Hechicera viajaba en una hermosa litera que era como el cuerpo de un carruaje, con puertas y ventanas de cortinas de seda; pero en lugar de ruedas, que tiene un carruaje, la litera reposaba sobre dos largos palos horizontales, soportados sobre los hombros de doce sirvientes.

El Espantapájaros y sus camaradas decidieron viajar en el Gump para poder seguir el ritmo veloz del ejército; así que, en cuanto Glinda se puso en marcha y sus soldadas comenzaron la marcha al ritmo inspirador de la música de la banda real, nuestros amigos treparon a los sofás y los siguieron. El Gump voló lentamente a una altura directamente sobre la litera donde viajaba la Hechicera.

—Ten cuidado —le dijo el Leñador de Hojalata al Espantapájaros, que se inclinaba mucho sobre un lado para ver el ejército que marchaba abajo—. Puedes caerte.

—No importaría —observó el instruido Bicho-Revuelto—. No puede romperse mientras esté relleno de dinero.

—¿No te pedí que...? —comenzó Tip en tono de reproche.

—¡Sí! —dijo el Bicho-Revuelto prontamente—. Y te pido perdón. De verdad intentaré contenerme.

—Será mejor que lo hagas —declaró el muchacho—. Es decir, si deseas viajar en nuestra compañía.

—¡Ah! No podría soportar separarme de vosotros ahora — murmuró el Insecto con sentimiento; así que Tip dejó caer el asunto.

El ejército avanzó sin pausa, pero había caído la noche antes de que llegaran a las murallas de la Ciudad Esmeralda. A la tenue luz de la luna nueva, sin embargo, las fuerzas de Glinda rodearon silenciosamente la ciudad y plantaron sus tiendas de seda escarlata en el prado verde. La tienda de la Hechicera era más grande que las demás, y estaba compuesta de seda blanca pura con estandartes escarlata ondeando sobre ella. También se plantó una tienda para el grupo del Espantapájaros; y cuando estos preparativos se hubieron hecho, con precisión y rapidez militares, el ejército se retiró a descansar.

Grande fue el asombro de la Reina Jinjur a la mañana siguiente cuando sus soldadas corrieron a informarle del vasto ejército que las rodeaba. Subió de inmediato a una alta torre del palacio real y vio estandartes ondeando en todas direcciones y la gran tienda blanca de Glinda plantada directamente ante las puertas.

—¡Estamos perdidas sin duda! —exclamó Jinjur con desesperación—. ¡Pues cómo van a poder nuestras agujas de hacer punto contra las largas lanzas y las terribles espadas de nuestros enemigos!

—Lo mejor que podemos hacer —dijo una de las muchachas— es rendirnos lo antes posible, antes de que nos hagan daño.

—No es así —respondió Jinjur con más valor—. El enemigo sigue fuera de las murallas, así que debemos intentar ganar tiempo tratando con ellos mediante parlamentos. Id vos con bandera de

tregua a ver a Glinda y preguntadle por qué se ha atrevido a invadir mis dominios y cuáles son sus exigencias.

Así que la muchacha pasó por las puertas con una bandera blanca para mostrar que venía en misión de paz, y llegó a la tienda de Glinda.

—Dile a tu Reina —dijo la Hechicera a la muchacha— que debe entregarme a la vieja Mombi para que sea mi prisionera. Si esto se hace, no la molestaré más.

Cuando este mensaje fue entregado a la Reina la llenó de consternación, pues Mombi era su principal consejera, y Jinjur le tenía un miedo terrible a la vieja bruja. Pero mandó llamar a Mombi y le comunicó lo que había dicho Glinda.

—Veo que se nos avecina un problema —murmuró la vieja bruja, después de echar un vistazo a un espejo mágico que llevaba en el bolsillo—. Pero aún podemos escapar engañando a esta hechicera, por muy lista que se crea.

—¿No creéis que sería más prudente que os entregara a ella? —preguntó Jinjur nerviosamente.

—¡Si lo haces, te costará el trono de la Ciudad Esmeralda! —respondió la bruja con decisión—. Pero si me dejas hacer a mi manera, puedo salvarnos a las dos muy fácilmente.

—Entonces haz lo que quieras —respondió Jinjur—, pues es tan aristocrático ser Reina que no deseo verme obligada a volver a casa a hacer camas y lavar platos para mi madre.

Así que Mombi llamó a Jellia Jamb y realizó con ella un cierto rito mágico del que tenía conocimiento. Como resultado del encantamiento, Jellia adoptó la forma y los rasgos de Mombi, mientras que la vieja bruja pasó a parecerse tanto a la muchacha que parecía imposible que nadie pudiera adivinar el engaño.

—Ahora —le dijo la vieja Mombi a la Reina—, deja que tus soldadas entreguen a esta muchacha a Glinda. Creerá que tiene a la

verdadera Mombi en su poder, y así volverá de inmediato a su propio país del Sur.

Por eso Jellia, cojeando como una anciana, fue sacada de las puertas de la ciudad y llevada ante Glinda.

—Aquí está la persona que exigisteis —dijo uno de los guardias—, y nuestra Reina os ruega ahora que os marchéis como prometisteis y nos dejéis en paz.

—Así lo haré sin duda —respondió Glinda muy complacida—, si esta es realmente la persona que parece ser.

—Es sin duda la vieja Mombi —dijo el guardia, que creía decir la verdad; y luego las soldadas de Jinjur volvieron tras las puertas de la ciudad.

La Hechicera llamó rápidamente al Espantapájaros y sus amigos a su tienda, y empezó a interrogar a la supuesta Mombi sobre la desaparecida niña Ozma. Pero Jellia no sabía nada de ese asunto, y al poco se puso tan nerviosa bajo el interrogatorio que cedió y empezó a llorar, para gran asombro de Glinda.

—¡Aquí hay algún engaño estúpido! —dijo la Hechicera, con los ojos brillando de ira—. ¡Esta no es Mombi en absoluto, sino alguna otra persona a quien han hecho parecerse a ella! Dime —exigió, volviéndose a la temblorosa muchacha—, ¿cuál es tu nombre?

Jellia no se atrevió a decirlo, pues la bruja la había amenazado de muerte si confesaba el fraude. Pero Glinda, dulce y hermosa como era, entendía la magia mejor que nadie en el País de Oz. Así que, pronunciando unas pocas palabras potentes y haciendo un gesto peculiar, transformó rápidamente a la muchacha en su forma propia, mientras que al mismo tiempo la vieja Mombi, lejos de allí en el palacio de Jinjur, recuperó de repente su forma torcida y sus facciones malignas.

—¡Pero si es Jellia Jamb! —exclamó el Espantapájaros, reconociendo en la muchacha a una de sus viejas amigas.

—¡Es nuestra intérprete! —dijo el Cabezadecalabaza sonriendo agradablemente.

Entonces Jellia fue obligada a contar el truco que Mombi le había jugado, y también rogó la protección de Glinda, que la Hechicera le concedió de buen grado. Pero Glinda estaba ahora realmente enojada, y mandó recado a Jinjur de que el fraude había sido descubierto y que debía entregarle a la verdadera Mombi o sufrir terribles consecuencias. Jinjur estaba preparada para ese mensaje, pues la bruja bien había entendido, cuando su forma natural le fue impuesta, que Glinda había descubierto su engaño. Pero la malvada vieja ya había ideado un nuevo embuste, y había hecho prometer a Jinjur que lo llevaría a cabo. Así que la Reina respondió al mensajero de Glinda:

—Dile a tu señora que no puedo encontrar a Mombi en ninguna parte, pero que Glinda es bienvenida a entrar en la ciudad y buscarla ella misma. Puede traer a sus amigos consigo si quiere; pero si no encuentra a Mombi antes de la puesta del sol, la Hechicera deberá prometerse a marcharse pacíficamente y no molestarnos más.

Glinda aceptó estas condiciones, sabiendo bien que Mombi estaba en algún lugar dentro de las murallas de la ciudad. Así que Jinjur mandó abrir las puertas, y Glinda entró al frente de una compañía de soldadas, seguida por el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata, mientras Jack Cabezadecalabaza iba a caballo sobre el Caballete, y el Bicho-Revuelto Instruido y Altamente Magnificado caminaba detrás con paso solemne. Tip caminaba al lado de la Hechicera, pues Glinda había concebido un gran cariño por el muchacho.

Claro está que la vieja Mombi no tenía ninguna intención de ser encontrada por Glinda; así que, mientras sus enemigos avanzaban por la calle, la bruja se transformó en una rosa roja que crecía en un rosal del jardín del palacio. Era una idea ingeniosa, y un truco que Glinda no sospechaba; así que se pasaron varias horas preciosas en una búsqueda infructuosa de Mombi.

Al acercarse la puesta de sol la Hechicera comprendió que había sido derrotada por la superior astucia de la vieja bruja; así que dio la orden a los suyos de salir de la ciudad y volver a las tiendas.

El Espantapájaros y sus camaradas estaban precisamente buscando en el jardín del palacio en ese momento, y se volvieron con decepción para obedecer la orden de Glinda. Pero antes de dejar el jardín, el Leñador de Hojalata, que era aficionado a las flores, vio por casualidad una gran rosa roja creciendo en un rosal; así que la cortó y la sujetó en el ojal de hojalata de su pecho de hojalata.

Al hacerlo le pareció oír un gemido sordo procedente de la rosa; pero no prestó atención al sonido, y así Mombi fue sacada de la ciudad y llevada al campamento de Glinda sin que nadie sospechara que habían tenido éxito en su búsqueda.

XXII. LA TRANSFORMACIÓN DE LA VIEJA MOMBI

Al principio la Bruja se asustó al verse capturada por el enemigo; pero pronto decidió que estaba exactamente tan segura en el ojal del Leñador de Hojalata como creciendo en el rosal. Pues nadie sabía que la rosa y Mombi eran la misma cosa, y ahora que estaba fuera de las puertas de la Ciudad sus posibilidades de escapar definitivamente de Glinda habían mejorado mucho.

«Pero no hay prisa», pensó Mombi. «Esperaré un rato y disfrutaré de la humillación de esta Hechicera cuando descubra que la he superado en astucia.»

Así que durante toda la noche la rosa reposó tranquilamente en el pecho del Leñador, y por la mañana, cuando Glinda convocó a nuestros amigos a una consulta, Nick Chopper llevó consigo su bonita flor a la tienda de seda blanca.

—Por algún motivo —dijo Glinda—, no hemos conseguido encontrar a esta astuta vieja Mombi; así que me temo que nuestra expedición resultará un fracaso. Y eso me apena, porque sin nuestra ayuda la pequeña Ozma nunca será rescatada y restituida en su legítima posición de Reina de la Ciudad Esmeralda.

—No nos rindamos tan fácilmente —dijo el Cabezadecalabaza—. Hagamos alguna otra cosa.

—Algo más hay que hacer realmente —respondió Glinda con una sonrisa—. Y sin embargo no entiendo cómo he sido derrotada tan

fácilmente por una vieja Bruja que sabe mucho menos de magia que yo.

—Mientras estamos aquí sobre el terreno, creo que sería prudente conquistar la Ciudad Esmeralda en nombre de la Princesa Ozma y encontrar a la niña después —dijo el Espantapájaros—. Y mientras la niña permanezca escondida, yo gobernaré gustosamente en su lugar, pues entiendo el oficio de gobernar mucho mejor que Jinjur.

—Pero he prometido no molestar a Jinjur —objetó Glinda.

—¿No podrían volver todos conmigo a mi reino —o Imperio, mejor dicho? —dijo el Leñador de Hojalata, incluyendo cortésmente a todo el grupo con un gesto real de su brazo—. Me daría gran placer alojaros en mi castillo, donde hay sitio de sobra. Y si alguno de vosotros desea ser chapado en níquel, mi ayuda de cámara lo hará sin coste alguno.

Mientras el Leñador hablaba, los ojos de Glinda habían estado observando la rosa en su ojal, y ahora le pareció ver temblar ligeramente los grandes pétalos rojos de la flor. Esto despertó de inmediato sus sospechas, y al momento siguiente la Hechicera había decidido que la aparente rosa no era otra cosa que una transformación de la vieja Mombi. En el mismo instante Mombi supo que la habían descubierto y que tenía que idear de prisa una escapatoria, y como las transformaciones le eran fáciles adoptó de inmediato la forma de una Sombra y se deslizó por la pared de la tienda hacia la entrada, pensando así desaparecer.

Pero Glinda tenía no solo igual astucia, sino mucha más experiencia que la Bruja. Así que la Hechicera llegó a la abertura de la tienda antes que la Sombra, y con un movimiento de la mano cerró la entrada tan herméticamente que Mombi no pudo encontrar ni una grieta por la que colarse. El Espantapájaros y sus amigos quedaron muy sorprendidos por las acciones de Glinda, pues ninguno de ellos había visto la Sombra. Pero la Hechicera les dijo:

—¡Quedaos todos completamente quietos! Pues la vieja Bruja está ahora mismo con nosotros en esta tienda, y espero capturarla.

Estas palabras alarmaron tanto a Mombi que se transformó rápidamente de sombra en una Hormiga Negra, con cuya forma se arrastró por el suelo buscando una grieta o rendija donde esconder su diminuto cuerpo.

Por fortuna, el suelo donde se había plantado la tienda, justo ante las puertas de la ciudad, era duro y liso; y mientras la Hormiga seguía arrastrándose, Glinda la descubrió y avanzó rápidamente para capturarla. Pero justo cuando su mano iba a descender, la Bruja, ya francamente enloquecida de miedo, realizó su última transformación, y en forma de un enorme Grifo se lanzó a través de la pared de la tienda —rasgando la seda en su precipitación— y al momento había salido disparada con la velocidad de un torbellino.

Glinda no vaciló en seguirla. Saltó sobre el lomo del Caballete y gritó:

—¡Ahora demostrarás que tienes derecho a estar vivo! ¡Corre, corre, corre!

El Caballete corrió. Como un relámpago siguió al Grifo, sus patas de madera moviéndose tan rápido que centelleaban como los rayos de una estrella. Antes de que nuestros amigos pudieran reponerse de su sorpresa, tanto el Grifo como el Caballete habían desaparecido de la vista.

—¡Vamos! ¡Sigámosles! —exclamó el Espantapájaros.

Corrieron hasta donde yacía el Gump y se acomodaron rápidamente a bordo.

—¡Vuela! —ordenó Tip con urgencia.

—¿Adónde? —preguntó el Gump con su voz tranquila.

—No lo sé —respondió Tip, muy nervioso por el retraso—; pero si subes al aire creo que podremos descubrir hacia dónde ha ido Glinda.

—Muy bien —respondió el Gump con calma; y extendió sus grandes alas y se elevó alto en el aire.

Muy lejos, al otro lado de los prados, podían ver ahora dos diminutas manchas que avanzaban una tras la otra; y supieron que esas manchas debían de ser el Grifo y el Caballete. Así que Tip llamó la atención del Gump hacia ellas y le ordenó a la criatura que intentara alcanzar a la Bruja y a la Hechicera. Pero, por veloz que fuera el vuelo del Gump, la perseguida y la perseguidora se movían aún más velozmente, y en pocos momentos quedaron borradas en el horizonte lejano.

—Sigámoslas de todos modos —dijo el Espantapájaros—, pues el País de Oz no es muy extenso, y tarde o temprano ambas tienen que detenerse.

La vieja Mombi se había creído muy lista al escoger la forma de un Grifo, pues sus patas eran extraordinariamente veloces y su resistencia mayor que la de otros animales. Pero no había contado con la energía infatigable del Caballete, cuyas patas de madera podían correr días enteros sin aflojar la marcha. Así que, después de una hora de carrera intensa, la respiración del Grifo empezó a fallar, y jadeó y resopló penosamente, y fue avanzando cada vez más despacio. Luego llegó al borde del desierto y empezó a cruzar las profundas arenas. Pero sus pies cansados se hundían mucho en la arena, y al cabo de unos minutos el Grifo cayó de bruces, completamente agotado, y quedó inmóvil sobre el yermo desierto.

Glinda llegó un momento después, montando el todavía vigoroso Caballete; y habiendo desenrollado un delgado hilo de oro de su cinturón, la Hechicera lo lanzó sobre la cabeza del Grifo jadeante e indefenso, destruyendo así el poder mágico de la transformación de Mombi.

Pues el animal, con un violento estremecimiento, desapareció de la vista, y en su lugar quedó al descubierto la figura de la vieja Bruja, mirando con ferocidad salvaje la serena y hermosa cara de la Hechicera.

XXIII. LA PRINCESA OZMA DE OZ

—Sois mi prisionera, y ya es inútil que sigáis resistiéndooos —dijo Glinda con su voz suave y dulce—. Quedaos quieta un momento y descansad, y luego os llevaré de vuelta a mi tienda.

—¿Por qué me buscáis? —preguntó Mombi, que aún apenas podía hablar claramente por falta de aliento—. ¿Qué os he hecho yo, para que me persigáis de este modo?

—No me habéis hecho nada —respondió la dulce Hechicera—; pero sospecho que sois culpable de varias acciones malvadas; y si compruebo que es cierto que habéis abusado así de vuestro conocimiento de la magia, tengo intención de castigaros severamente.

—¡Os desafío! —graznó la vieja bruja—. ¡No os atrevéis a hacerme daño!

En ese momento el Gump voló hasta ellas y se posó sobre las arenas del desierto junto a Glinda. Nuestros amigos se alegraron mucho de que Mombi hubiera sido por fin capturada, y después de una apresurada consulta se decidió que todos volvieran al campamento en el Gump. Así que el Caballete fue izado a bordo, y luego Glinda, sosteniendo aún un extremo del hilo de oro que rodeaba el cuello de Mombi, obligó a su prisionera a subir a los sofás. Los demás siguieron, y Tip le dio al Gump la orden de volver.

El viaje se hizo sin contratiempos, con Mombi sentada en su sitio con cara hosca y sombría; pues la vieja bruja estaba absolutamente

indefensa mientras el hilo mágico rodeara su garganta. El ejército saludó el regreso de Glinda con fuertes vítores, y el grupo de amigos se reunió pronto de nuevo en la tienda real, que había sido cuidadosamente reparada durante su ausencia.

—Ahora —le dijo la Hechicera a Mombi—, quiero que nos contéis por qué el Maravilloso Mago de Oz os hizo tres visitas, y qué fue de la niña Ozma, que desapareció de un modo tan misterioso.

La Bruja miró a Glinda con desafío, pero no dijo ni una palabra.

—¡Responded! —ordenó la Hechicera.

Pero Mombi siguió en silencio.

—Quizás no lo sabe —observó Jack.

—Te ruego que te calles —dijo Tip—. Podrías estropear todo con tus simplezas.

—¡Muy bien, querido padre! —respondió el Cabezadecalabaza con mansedumbre.

—¡Qué contento estoy de ser un Bicho-Revuelto! —murmuró el Altamente Magnificado Insecto en voz baja—. Nadie puede esperar sabiduría de una calabaza.

—Bueno —dijo el Espantapájaros—, ¿qué haremos para que Mombi hable? A menos que nos diga lo que queremos saber, su captura no nos servirá de nada.

—Propongo que intentemos la bondad —sugirió el Leñador de Hojalata—. He oído que a cualquiera se le puede conquistar con bondad, por muy antipático que sea.

Ante esto la Bruja se volvió a mirarle con tal ferocidad que el Leñador de Hojalata se echó atrás azarado.

Glinda había estado pensando detenidamente qué hacer, y ahora se volvió a Mombi y dijo:

—No ganaréis nada, os lo aseguro, con desafiarme así. Pues estoy decidida a averiguar la verdad sobre la niña Ozma, y a menos que

me digáis todo lo que sabéis, os mandaré ejecutar sin más.

—¡Oh, no! ¡No hagáis eso! —exclamó el Leñador de Hojalata—. ¡Sería algo horrible matar a alguien, incluso a la vieja Mombi!

—Pero es solo una amenaza —respondió Glinda—. No ejecutaré a Mombi, porque ella preferirá decirme la verdad.

—¡Ah, ya entiendo! —dijo el hombre de hojalata muy aliviado.

—Supongamos que os digo todo lo que queréis saber —dijo Mombi de repente, sobresaltándoles a todos—. ¿Qué haréis conmigo entonces?

—En ese caso —respondió Glinda—, solo os pediré que bebáis un poderoso brebaje que os hará olvidar toda la magia que hayáis aprendido.

—¡Entonces me quedaría como una anciana indefensa!

—Pero seguiríais viva —sugirió el Cabezadecalabaza en tono consolador.

—¡Intenta callarte! —dijo Tip nerviosamente.

—Lo intentaré —respondió Jack—; pero reconocerás que es bueno estar viva.

—Especialmente si resulta que una está Cabalmente Instruida —añadió el Bicho-Revuelto asintiendo con aprobación.

—Podéis elegir —le dijo Glinda a la vieja Mombi— entre la muerte si guardáis silencio, y la pérdida de vuestros poderes mágicos si me decís la verdad. Pero creo que preferiréis vivir.

Mombi lanzó una mirada inquieta a la Hechicera, y vio que hablaba en serio y no era de las que se dejaban engañar. Así que respondió lentamente:

—Responderé a vuestras preguntas.

—Era lo que esperaba —dijo Glinda agradablemente—. Habéis elegido con sabiduría, os lo aseguro.

Luego hizo una seña a una de sus Capitanas, que le trajo un hermoso cofrecillo de oro. De él la Hechicera sacó una enorme perla blanca unida a una fina cadena que se colocó alrededor del cuello de modo que la perla descansara sobre su pecho, directamente sobre el corazón.

—Ahora —dijo—, os haré mi primera pregunta: ¿Por qué el Mago os hizo tres visitas?

—Porque yo no quería ir a verle —respondió Mombi.

—Eso no es una respuesta —dijo Glinda con severidad—. Decid la verdad.

—Bien —respondió Mombi con los ojos bajos—, me visitaba para aprender la manera en que hago mis bollos de té.

—¡Miradme! —ordenó la Hechicera.

Mombi obedeció.

—¿De qué color es mi perla? —preguntó Glinda.

—Pues... ¡es negra! —respondió la vieja Bruja con voz sorprendida.

—¡Entonces me habéis dicho una mentira! —exclamó Glinda con enojo—. Solo cuando se dice la verdad mi perla mágica conserva su color blanco puro.

Mombi vio ahora lo inútil que era intentar engañar a la Hechicera; así que dijo, frunciendo el ceño ante su derrota:

—El Mago me trajo a la niña Ozma, que entonces no era más que un bebé, y me rogó que ocultara a la criatura.

—Era lo que pensaba —declaró Glinda con calma—. ¿Qué os dio a cambio de ese servicio?

—Me enseñó todos los trucos de magia que él sabía. Algunos eran buenos trucos, y otros no eran más que engaños; pero he cumplido mi promesa fielmente.

—¿Qué hicisteis con la niña? —preguntó Glinda; y ante esta pregunta todos se inclinaron hacia delante y escucharon ansiosamente la respuesta.

—La encanté —respondió Mombi.

—¿De qué manera?

—La transformé en... en...

—¿En qué? —exigió Glinda cuando la Bruja vaciló.

—¡En un niño! —dijo Mombi en voz baja.

—¿En un niño? —repitieron todas las voces; y entonces, como todos sabían que esa anciana había criado a Tip desde pequeño, todas las miradas se volvieron hacia donde estaba el muchacho.

—Sí —dijo la vieja Bruja asintiendo con la cabeza—. Esa es la Princesa Ozma, la criatura que el Mago me trajo después de robarle el trono a su padre. ¡Esa es la legítima gobernante de la Ciudad Esmeralda! —y señaló con su largo dedo huesudo directamente al muchacho.

—¿Yo? —exclamó Tip con asombro—. Pero si yo no soy ninguna Princesa Ozma... ¡yo no soy una niña!

Glinda sonrió, y acercándose a Tip tomó su pequeña mano morena entre la suya blanca y delicada.

—Ahora mismo no eres una niña —dijo con dulzura—, porque Mombi te transformó en un niño. Pero naciste niña, y además Princesa; así que debes recuperar tu forma propia para poder convertirte en Reina de la Ciudad Esmeralda.

—¡Que sea Reina Jinjur! —exclamó Tip, a punto de llorar—. Yo quiero seguir siendo un niño y viajar con el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata, y el Bicho-Revuelto, y Jack... ¡sí! y con mi amigo el Caballete, y el Gump. ¡No quiero ser una niña!

—No te preocupes, muchacho —dijo el Leñador de Hojalata en tono de consuelo—; dicen que no duele ser una niña; y todos seguiremos siendo tus fieles amigos igual que antes. Y para ser

honesto, siempre he considerado que las niñas son más agradables que los niños.

—Son igual de agradables, en todo caso —añadió el Espantapájaros, dándole a Tip un cariñoso golpecito en la cabeza.

—Y son igual de buenas estudiantes —proclamó el Bicho-Revuelto—. Me gustaría convertirme en tu tutor cuando vuelvas a ser una niña.

—Pero... ¡esperad! —dijo Jack Cabezadecalabaza con un jadeo—. ¡Si te conviertes en niña, ya no podrás ser mi querido padre!

—No —respondió Tip riendo a pesar de su angustia—. Y no me pesará escapar de esa relación. —Luego añadió dubitativo, volviéndose a Glinda—: Podría intentarlo por un tiempo, solo para ver cómo se siente, ya que estamos. Pero si no me gusta ser una niña, tenéis que prometerme que me volvéis a convertir en un niño.

—La verdad —dijo la Hechicera— es que eso está más allá de mi magia. Yo nunca hago transformaciones, pues no son honestas, y ninguna hechicera respetable gusta de hacer que las cosas parezcan lo que no son. Solo las brujas sin escrúpulos usan ese arte, y por eso debo pedirle a Mombi que os libere de su encantamiento y os restituya a vuestra forma propia. Será la última oportunidad que tenga de practicar la magia.

Ahora que la verdad sobre la Princesa Ozma había sido descubierta, a Mombi le daba lo mismo lo que le ocurriera a Tip; pero temía la ira de Glinda, y el muchacho prometió generosamente mantener a Mombi en su vejez si llegaba a ser gobernante de la Ciudad Esmeralda. Así que la Bruja consintió en efectuar la transformación, y de inmediato se hicieron los preparativos para el acontecimiento.

Glinda mandó colocar su propio lecho real en el centro de la tienda. Estaba cubierto de almohadones con funda de seda color rosa, y de una barandilla dorada que había encima colgaban muchos pliegues de gasa rosa que ocultaban completamente el interior.

El primer acto de la Bruja fue hacer beber al muchacho una poción que lo sumió rápidamente en un sueño profundo y sin sueños. Luego el Leñador de Hojalata y el Bicho-Revuelto lo llevaron con delicadeza al lecho, lo tendieron sobre los blandos almohadones y corrieron las cortinas de gasa para ocultarlo de toda vista terrena.

La Bruja se acuclilló en el suelo y encendió un pequeño fuego de hierbas secas que sacó del pecho. Cuando la llama brotó y ardió con claridad, la vieja Mombi esparció un puñado de polvo mágico sobre el fuego, que enseguida desprendió un rico vapor violeta que llenó toda la tienda con su fragancia y obligó al Caballete a estornudar, aunque le habían advertido que guardara silencio.

Luego, mientras los demás la miraban con curiosidad, la bruja entonó unos versos rítmicos en palabras que nadie entendió, y dobló su enjuto cuerpo siete veces hacia delante y hacia atrás sobre el fuego. Y el conjuro parecía haberse completado, pues la Bruja se puso de pie y gritó la única palabra «¡Yeowa!» en voz alta.

El vapor se disipó; la atmósfera volvió a clarificarse; una bocanada de aire fresco llenó la tienda, y las cortinas rosas del lecho temblaron levemente, como si algo se agitara dentro.

Glinda fue hasta el dosel y apartó las cortinas de seda. Luego se inclinó sobre los almohadones, extendió la mano, y del lecho surgió la figura de una joven, fresca y hermosa como una mañana de mayo. Sus ojos brillaban como dos diamantes, y sus labios tenían el tono de una turmalina. Por toda la espalda le caían guedejas de oro rojizo, sujetas en la frente por una delgada diadema enjoyada. Sus ropas de gasa de seda flotaban a su alrededor como una nube, y unos delicados escarpines de raso calzaban sus pies.

Ante esa exquisita visión los viejos compañeros de Tip se quedaron mirando con asombro durante un minuto entero, y luego todas las cabezas se inclinaron con sincera admiración ante la encantadora Princesa Ozma. La propia muchacha dirigió una mirada a la cara radiante de Glinda, que resplandecía de placer y

satisfacción, y luego se volvió a los demás. Pronunciando las palabras con dulce timidez, dijo:

—Espero que ninguno de vosotros me quiera menos que antes. Soy el mismo Tip, ya lo sabéis; solo que... solo que...

—¡Solo que eres diferente! —dijo el Cabezadecalabaza; y todos pensaron que era la observación más sabia que había hecho en su vida.

XXIV. LA RIQUEZA DEL CONTENTAMIENTO

Cuando la maravillosa noticia llegó a oídos de la Reina Jinjur —cómo Mombi la Bruja había sido capturada; cómo había confesado su crimen ante Glinda; y cómo la desaparecida Princesa Ozma había sido descubierta en nada menos que en el propio muchacho Tip—, derramó lágrimas verdaderas de pena y desesperación.

—¡Pensar —gimió— que después de haber reinado como Reina y vivido en un palacio, tendré que volver a fregar suelos y batir mantequilla! ¡Es demasiado horrible para pensarlo! ¡Nunca lo consentiré!

Así que cuando sus soldadas, que pasaban la mayor parte del tiempo haciendo caramelos en las cocinas del palacio, aconsejaron a Jinjur que resistiera, ella escuchó sus necias palabras y envió un desafío cortante a Glinda la Buena y a la Princesa Ozma. El resultado fue una declaración de guerra, y al día siguiente Glinda marchó sobre la Ciudad Esmeralda con gallardetes ondeando y bandas tocando, y una selva de lanzas relucientes que brillaban bajo los rayos del sol.

Pero al llegar a las murallas esa valiente formación se detuvo bruscamente; pues Jinjur había cerrado y trancado todas las puertas, y las murallas de la Ciudad Esmeralda estaban construidas con gran altura y grosor de muchos bloques de mármol verde. Viendo su avance detenido de ese modo, Glinda frunció el ceño en profunda reflexión, mientras el Bicho-Revuelto decía con su tono más categórico:

—Debemos sitiar la ciudad y obligarla a rendirse por hambre. Es lo único que podemos hacer.

—No es así —respondió el Espantapájaros—. Seguimos teniendo el Gump, y el Gump puede seguir volando.

La Hechicera se volvió rápidamente ante esas palabras, y su cara lucía ahora una amplia sonrisa.

—Tenéis razón —exclamó—, y desde luego tenéis motivos para estar orgulloso de vuestros sesos. ¡Vamos al Gump de inmediato!

Así que atravesaron las filas del ejército hasta llegar al lugar, cerca de la tienda del Espantapájaros, donde yacía el Gump. Glinda y la Princesa Ozma subieron las primeras y tomaron asiento en los sofás. Luego el Espantapájaros y sus amigos treparon a bordo, y todavía quedó sitio para una Capitana y tres soldadas, lo que Glinda consideró escolta suficiente.

Ahora, a una palabra de la Princesa, el extraño Artilugio que habían llamado el Gump batió sus alas de hoja de palma y se elevó en el aire, llevando al grupo de aventureros por encima de las murallas. Sobrevolaron el palacio, y pronto divisaron a Jinjur recostada en una hamaca en el patio, donde leía cómodamente una novela de tapa verde y comía bombones verdes, confiando en que las murallas la protegerían de sus enemigos. Obedeciendo una orden rápida, el Gump aterrizó sin contratiempos en ese mismo patio, y antes de que Jinjur tuviera tiempo de hacer más que gritar, la Capitana y las tres soldadas saltaron y tomaron prisionera a la que había sido Reina, cerrando fuertes cadenas en torno a sus dos muñecas.

Ese acto puso realmente fin a la guerra, pues el Ejército de la Revuelta se rindió en cuanto supo que Jinjur era prisionera, y la Capitana marchó sin contratiempos por las calles hasta las puertas de la ciudad, que abrió de par en par. Luego las bandas tocaron su música más arrebatadora mientras el ejército de Glinda entraba en la ciudad, y los heraldos proclamaron la conquista de la audaz Jinjur y

la accesión de la hermosa Princesa Ozma al trono de sus reales antepasados.

Al instante los hombres de la Ciudad Esmeralda se quitaron los delantales. Y se dice que las mujeres estaban tan cansadas de comer la cocina de sus maridos que todas acogieron la conquista de Jinjur con alegría. Lo cierto es que, yendo todas de inmediato a las cocinas de sus casas, las buenas esposas prepararon un festín tan delicioso para los cansados hombres que la armonía fue restituida de inmediato en todas las familias.

El primer acto de Ozma fue obligar al Ejército de la Revuelta a devolver todas las esmeraldas y demás gemas robadas de las calles y edificios públicos; y tan grande fue el número de piedras preciosas arrancadas de sus engastes por esas vanidosas muchachas, que todos los joyeros reales trabajaron sin descanso durante más de un mes para volver a colocarlas.

Mientras tanto el Ejército de la Revuelta fue disuelto y las muchachas enviadas a casa con sus madres. Jinjur fue asimismo puesta en libertad previo compromiso de buena conducta.

Ozma resultó ser la Reina más encantadora que había conocido jamás la Ciudad Esmeralda; y, aunque era tan joven e inexperta, gobernó a su pueblo con sabiduría y justicia. Pues Glinda le daba buenos consejos en toda ocasión; y el Bicho-Revuelto, que fue nombrado para el importante cargo de Educador Público, fue de gran ayuda para Ozma cuando sus deberes reales se hacían complicados.

La muchacha, en agradecimiento al Gump por sus servicios, ofreció a la criatura cualquier recompensa que quisiera pedir.

—Entonces —respondió el Gump—, os ruego que me desmontéis. No quería ser traído a la vida, y me avergüenzo mucho de mi personalidad de amalgama. En otro tiempo fui un monarca del bosque, como mis cuernos prueban claramente; pero ahora, en mi actual condición tapizada de servidumbre, me veo obligado a volar

por el aire, siendo mis patas completamente inútiles para mí. Por eso os ruego que me disperséis.

Así que Ozma ordenó que desmontaran el Gump. La cabeza con cuernos fue colgada de nuevo sobre la repisa del vestíbulo, y los sofás fueron desatados y colocados en las salas de recepción. La cola-escoba reanudó sus habituales tareas en la cocina, y finalmente el Espantapájaros volvió a colgar todos los tendederos y cuerdas en las clavijas de donde los había tomado en el memorable día en que se construyó el Artilugio.

Quizás se piense que ese fue el fin del Gump; y así fue, como máquina voladora. Pero la cabeza sobre la repisa siguió hablando cuando se le antojaba hacerlo, y con frecuencia sobresaltaba con sus abruptas preguntas a las personas que aguardaban en el vestíbulo para una audiencia con la Reina.

El Caballete, siendo propiedad personal de Ozma, fue cuidado con ternura; y a menudo ella montaba a la extraña criatura por las calles de la Ciudad Esmeralda. Le hizo herrar las patas de madera con oro para que no se gastaran, y el tintinear de esas herraduras de oro sobre el pavimento siempre llenaba de asombro a los súbditos de la Reina al pensar en esa prueba de sus poderes mágicos.

—El Maravilloso Mago nunca fue tan maravilloso como la Reina Ozma —se decía la gente unos a otros en susurros—, pues él afirmaba hacer muchas cosas que no podía hacer; mientras que nuestra nueva Reina hace muchas cosas que nadie esperaría jamás que lograra.

Jack Cabezadecalabaza se quedó con Ozma hasta el fin de sus días; y no se estropeó tan pronto como había temido, aunque siempre siguió siendo tan torpe como antes. El Bicho-Revuelto intentó enseñarle varias artes y ciencias; pero Jack era tan mal estudiante que pronto se abandonó cualquier intento de educarlo.

Después de que el ejército de Glinda hubiera marchado de vuelta a su país, y la paz fuera restaurada en la Ciudad Esmeralda, el

Leñador de Hojalata anunció su intención de regresar a su propio Reino de los Winkies.

—No es un Reino muy grande —le dijo a Ozma—, pero precisamente por eso es más fácil de gobernar; y me he llamado a mí mismo Emperador porque soy un Monarca Absoluto, y nadie interfiere en modo alguno en mi conducta de los asuntos públicos o personales. Cuando llegue a casa me mandaré dar un nuevo chapado de níquel, pues me he abollado y arañado últimamente; y entonces me alegraré de que vengas a visitarme.

—Gracias —respondió Ozma—. Algún día quizás acepte la invitación. Pero ¿qué será del Espantapájaros?

—Volveré con mi amigo el Leñador de Hojalata —dijo el de paja con seriedad—. Hemos decidido no separarnos nunca en el futuro.

—Y he nombrado al Espantapájaros mi Tesorero Real —explicó el Leñador de Hojalata—. Pues se me ha ocurrido que es bueno tener un Tesorero Real que esté hecho de dinero. ¿Qué os parece?

—Me parece —dijo la pequeña Reina con una sonrisa— que vuestro amigo debe de ser el hombre más rico de todo el mundo.

—Lo soy —respondió el Espantapájaros—. Pero no por mi dinero. Pues considero que los sesos son muy superiores al dinero en todos los sentidos. Habréis notado que si uno tiene dinero sin sesos, no puede aprovecharlo; pero si uno tiene sesos sin dinero, le permitirán vivir cómodamente hasta el fin de sus días.

—Al mismo tiempo —declaró el Leñador de Hojalata—, debéis reconocer que un buen corazón es algo que los sesos no pueden crear, y que el dinero no puede comprar. Quizás, después de todo, soy yo quien soy el hombre más rico del mundo entero.

—Sois ricos los dos, amigos míos —dijo Ozma con dulzura—; y vuestras riquezas son las únicas que valen la pena: las riquezas del contentamiento!

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB